

BOLETIN OSAR
AÑO 15 NÚMERO 28 – 2009

**ENCUENTRO NACIONAL
DE FORMADORES - 2 al 6
de febrero de 2009**

***“La Palabra de Dios en la
formación sacerdotal en
orden al ministerio”***

Presentación

“La Palabra de Dios en la formación sacerdotal en orden al ministerio”

– 2 al 6 de febrero de 2009 –

SEMINARIO MAYOR SAN JOSÉ ARQUIDIÓCESIS DE LA PLATA

Con gran alegría, convocados por la OSAR, realizamos el Encuentro Nacional de Formadores de los Seminarios, del 2 al 6 de febrero, en el Seminario Mayor San José de la Arquidiócesis de La Plata, teniendo por tema “La Palabra de Dios en la formación sacerdotal en orden al ministerio”.

Asumiendo así, el sentir de toda la Iglesia expresado en el reciente Sínodo sobre “La Palabra de Dios en la vida y la misión de la Iglesia” y lo expresado por el S.S. Benedicto XVI en el Discurso Inaugural de Aparecida: “Al iniciar la nueva etapa que la Iglesia misionera de América Latina y El Caribe se dispone a emprender (...), es condición indispensable el conocimiento profundo y vivencial de la Palabra de Dios”, y urgente la necesidad de “fundamentar nuestro compromiso misionero y toda nuestra vida en la roca de la Palabra de Dios” (DA 247).

Iniciamos el encuentro con una mañana de retiro predicado por Mons. Franzini quién nos desafió a los formadores a ser “facilitadores del encuentro de los seminaristas con la Palabra de Dios, siendo más testigos y mistagogos que maestros”.

El tema del encuentro, estuvo a cargo del Pbro. Jorge Blunda, a quien agradecemos su presencia y todos los valiosos aportes realizados; los cuales están contenidos en el presente Boletín OSAR, órgano de comunicación entre todos los Seminarios del país.

Concluimos el encuentro con la asamblea de la OSAR, en la que se presentó el informe del caminar del último trienio, se eligió el tema del próximo encuentro “La formación inicial en orden a la permanente”, a sus expositores: Obispos Giaquinta y Santiago, y como lugar el Seminario Mayor Nuestra Señora de la Merced – Tucumán-. También se realizó la elección de la nueva Comisión de la OSAR para el próximo trienio.

Agradecemos al Pbro. Roberto Casasola su servicio de Presidente de la OSAR, en el trienio que ha finalizado y en él, a los demás presbíteros que lo acompañaron en la Comisión.

Agradecemos también la cordial acogida de la Iglesia de La Plata, del Arzobispo, Mons. Aguer y de su Auxiliar Mons. Marino; del Rector del Seminario Pbro. Gabriel Delgado y el Equipo de Formadores; y de manera muy especial el servicio alegre y evangélico de los seminaristas.

Con la confianza en la intercesión de la Virgen María, continuamos la tarea de acompañar la formación de los futuros pastores, llamados a configurarse con el corazón del único Buen Pastor, para que nuestros pueblos en Él tengan vida.

El don que el Señor hizo a la Iglesia que peregrina en América Latina y el Caribe en *Aparecida*, ha recibido una preciosa acogida en nuestra Iglesia en Argentina, en la OSAR y en nuestros Seminarios; acogida que ya preparábamos, cuando en febrero de 2007, acordando el tema de reflexión para el Encuentro Nacional de Formadores, indicábamos “a la luz de *Aparecida*”.

Con cada Boletín OSAR queremos favorecer la comunicación entre todos los Seminarios del país, elemento importantísimo para caminar en la comunión que nos proponemos y que el Señor realiza. La mayor parte de este nuevo número está dedicada a ofrecer los textos de las exposiciones de nuestro Encuentro Anual de Formadores, celebrado en

el Seminario Arquidiocesano “Nuestra Señora del Cenáculo”, de Paraná, del 28 de enero al 1º de febrero del corriente año. Iniciamos la semana con el habitual retiro, predicado por Mons. Hugo Santiago, obispo de Santo Tomé e integrante de la CEMIN, a quien le agradecemos su presencia y servicio. Con sus palabras nos introdujo en el tema central de la semana proponiéndonos para la meditación: **“discípulos misioneros en una Iglesia misterio de comunión y misión”**. El tema de reflexión, al que dedicamos tres mañanas y tres tardes, fue: **“El itinerario de la formación pastoral a la luz de la Vª Conferencia General del Episcopado Latinoamericano”**, cuyas exposiciones estuvieron a cargo del Pbro. Víctor Fernández, a quien le agradecemos sinceramente su valioso servicio. La mañana del viernes realizamos la asamblea de la OSAR, en la cual, la Comisión Directiva presentó el informe 2007, acordamos tema, lugar y fecha del Encuentro 2009 y participamos de un rico diálogo abierto a partir de lo reflexionado en la semana.

Agradecemos la generosa acogida de Iglesia de Paraná, de su arzobispo, Mons Mario Maulión y de su obispo auxiliar, Mons Daniel Fernández; la atención, el trabajo y el servicio de los hermanos del Seminario de Paraná, seminaristas y formadores: sabemos de todo lo que implica sostener la realización de estos encuentros. Valoramos y agradecemos la presencia de los obispos que nos acompañaron fraternalmente durante el Encuentro, del padre Carlos Silva Guillama, del Seminario Mayor de Montevideo y del padre costarricense Alexis Rodríguez Vargas, enviado de la OSLAM. Además, el miércoles por la tarde nos recibió Iglesia de Santa Fe en su Seminario nuevo, en la Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe y en la antigua edificación del Seminario: nuestro agradecimiento a ella, a la comunidad del Seminario y a su arzobispo Mons. José María Arancedo.

Que la Santísima Virgen nos sostenga en la tarea de formar pastores, discípulos y misioneros, según el Corazón de Jesús, para el mundo de hoy.

Comisión Directiva OSAR

Retiro de Inicio¹

Mons. Carlos María Franzini, obispo de Rafaela
Lunes 2 de febrero de 2009, por la mañana.

1. Me han encomendado proponerles algunas reflexiones que ayuden a favorecer un clima espiritual adecuado para compartir los días del Encuentro Anual de Formadores dedicado este año a estudiar el tema de *“La Palabra de Dios en la formación sacerdotal, en orden al ministerio”*. Para ello he pensado que sería conveniente volver a algunas ideas básicas que, no por conocidas, dejan de ser esenciales para nuestra propia vida y ministerio, como formadores.
2. Por ello me parece necesario comenzar recordando que el cristianismo es ante todo encuentro con una Persona: *“...No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva...”* (DCE 1). Y recordar que nuestro ministerio apunta ante todo a hacer de nosotros y de quienes nos son encomendados antes que nada buenos cristianos. Es decir, a procurar que en nuestra vida y ministerio y en la vida y el futuro ministerio de los seminaristas todo parta de esta experiencia de encuentro con el Señor.
3. Así se explica lo que Juan Pablo II nos proponía al inicio del nuevo milenio como programa pastoral para toda la Iglesia: *“...No se trata, pues, de inventar un nuevo programa. El programa ya existe. Es el de siempre, recogido por el Evangelio y la Tradición viva. Se centra, en definitiva, en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en él la vida trinitaria y transformar con él la historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celeste. Es un programa que no cambia al variar los tiempos y las culturas, aunque tiene cuenta del tiempo y de la cultura para un verdadero diálogo y una comunicación eficaz...”* (NMI 29). Este también debería ser el “programa básico” de todo seminario, de toda propuesta de formación inicial y permanente.
4. Se trata de una idea medular de la más genuina tradición espiritual cristiana que han trabajado tantos maestros espirituales a lo largo de los siglos. Por citar uno muy cercano a nosotros: Romano Guardini en *“La esencia del cristianismo”*. Me parece que este librito debería ser “texto obligatorio” en todos nuestros seminarios... Muchas veces me cuestiono si efectivamente nuestros seminaristas (y también nuestros curas) viven esta honda experiencia de encuentro con el Señor que transforma absolutamente la vida y le da un nuevo horizonte y una orientación decisiva.
5. Me ha provocado a proponerles este tema para nuestra oración de esta mañana el tema elegido para el encuentro de formadores de este año. Queremos dedicar estos días a reflexionar sobre la Palabra de Dios en la formación sacerdotal, en orden al ministerio y no sólo el estudio “científico” de la Palabra (cfr. inquietud de Giaquinta en Paraná: no sólo conocer sino saber comunicar y, para esto, interiorizar ya que nadie da lo que no tiene...). Y es interesante constatar que, aún sin citar la expresión “encuentro”, también el Concilio plantea en Dei Verbum 2 la Revelación bajo esta misma categoría de diálogo y encuentro interpersonal: *“...Quiso Dios, con su bondad y sabiduría, revelarse a Sí mismo y manifestar el misterio de su voluntad: por Cristo, la Palabra hecha carne, y con el Espíritu Santo, pueden los hombres llegar hasta el Padre y participar de la naturaleza divina. En esta revelación, Dios invisible, movido de amor, habla a los hombres como amigos y trata con ellos para invitarlos y recibirlos en su compañía...”*
6. En continuidad con el encuentro de formadores del año pasado, que nos planteaba la formación pastoral, podríamos decir que el encuentro de este año quiere ayudarnos a profundizar en cómo hacer para que la Palabra de Dios en la formación de nuestros seminarios procure que los seminaristas no sólo conozcan científicamente la Palabra, sino que además hagan una honda experiencia de encuentro con el Señor en ella, se hagan sus amigos, intimen y se familiaricen con ella para poder así –como los Apóstoles– hablar de lo que han “visto y oído”. En definitiva se trata de entender el ministerio presbiteral como fruto del encuentro con el Señor y expresión necesaria del mismo (“ay de mí si no evangelizara”, 1 Cor 9,16).
7. Pero esta concepción del ministerio supone una concepción correspondiente del Seminario como comunidad que forma a los futuros ministros desde esta perspectiva. En otras palabras, el Seminario como lugar privilegiado de encuentro con el Señor, donde los muchachos de verdad perciban que *“Dios se torna alguien real”* (Uriarte) y que Jesucristo es el Viviente que acompaña de manera cotidiana y evidente el camino formativo, como nos enseña el icono de los discípulos de Emaús (cfr. Lc 24, 13-35). Por cierto que se trata de un proceso pedagógico

¹ Se trata de los **apuntes** de Mons Franzini a partir de los cuales dio la charla, y que generosamente los comparte para nuestro Boletín.

progresivo pero nunca deberíamos perder de vista este objetivo ya que de él se siguen innumerables consecuencias espirituales y pastorales.

8. El seminario es un lugar privilegiado de encuentro con el Señor. No sólo porque es la comunidad de quienes – suponemos- han tenido una experiencia de encuentro que motivó el discernimiento vocacional y el pedido de ingreso, sino porque debería ser una comunidad en la que ese encuentro se afianza y profundiza día a día (como todo encuentro interpersonal verdadero). En este sentido el seminario debería promover el aprecio y la búsqueda cotidiana de la Palabra en los seminaristas. Vale también acá lo que decía el Papa en la homilía de la misa de clausura del sínodo sobre la Palabra: *“...El concilio Vaticano II afirma que “los fieles han de tener fácil acceso a la Sagrada Escritura” (Dei Verbum, 22) para que las personas, cuando encuentren la verdad, puedan crecer en el amor auténtico. Se trata de un requisito que hoy es indispensable para la evangelización. Y, ya que el encuentro con la Escritura a menudo corre el riesgo de no ser “un hecho” de Iglesia, sino que está expuesto al subjetivismo y a la arbitrariedad, resulta indispensable una promoción pastoral intensa y creíble del conocimiento de la Sagrada Escritura, para anunciar, celebrar y vivir la Palabra en la comunidad cristiana, dialogando con las culturas de nuestro tiempo, poniéndose al servicio de la verdad y no de las ideologías del momento e incrementando el diálogo que Dios quiere tener con todos los hombres (cf. ib., 21)...”*
9. Este planteo que venimos haciendo “toca” necesariamente a los formadores. En efecto, entendemos su servicio como “facilitadores” del encuentro, para usar un lenguaje hoy en boga, o bien –con un lenguaje más coherente con la tradición espiritual de la Iglesia- como testimonio antes que como magisterio. Se ha hablado y escrito mucho sobre el servicio formativo, queriendo superar la perspectiva meramente disciplinar o académica en el formador. En este sentido la clásica distinción de fueros no nos ha ayudado a una captación más integral de la identidad del formador. No es éste nuestro tema ahora, pero querría recordar que del formador hay que esperar ante todo esta experiencia de encuentro de la que venimos reflexionando (el formador como “mistagogo” de su comunidad). Vale acá lo que decía Pablo VI para todo evangelizador en *Evangelii nuntiandi*: el mundo de hoy escucha más a los testigos que a los maestros o, en todo caso, escucha a los maestros que dan testimonio con su vida de aquello que enseñan. Por todo esto me parece que sería muy provechoso disponernos a reflexionar sobre *la Palabra de Dios en la formación sacerdotal* dedicando esta mañana a rezar sobre la Palabra de Dios en mi vida de formador. Cabe acá lo dicho por el Papa en la homilía de clausura del Sínodo: *“... Mucha gente está buscando, a veces incluso sin darse cuenta, el encuentro con Cristo y con su Evangelio; muchos sienten la necesidad de encontrar en él el sentido de su vida. Por tanto, dar un testimonio claro y compartido de una vida según la Palabra de Dios, atestiguada por Jesús, se convierte en un criterio indispensable de verificación de la misión de la Iglesia....”* Los seminaristas son parte de esta gente que está buscando y deben encontrar este testimonio ante todo en nosotros, sus formadores.
10. Nuestro servicio como formadores debería ser expresión natural y viva del encuentro con el Señor. De algún modo, la Palabra *hecha carne* en nosotros es lo que tenemos para dar a los seminaristas, antes que técnicas, normas, proyectos o contenidos abstractos. En este sentido nos ayudará recordar el sentido análogo de la Palabra de Dios y la necesidad de favorecer el encuentro con el Señor en una intensa vida de oración personal y comunitaria (recordar el lugar central de la Lectio en nuestra vida espiritual), en una disposición permanente al servicio (sobre todo a los más pequeños y menos atractivos humanamente hablando) y en una intensa vida eucarística, como testimonian la beata Teresa de Calcuta y el beato Pier Giorgio Frassati. Ellos no sólo servían al hermano por el hermano sino que allí encontraban al Señor, a quien habían celebrado y adorado en la Eucaristía. Nuestro ministerio vivido como encuentro con el Señor en los que servimos...
11. Nuevamente el Papa nos enseña la dimensión eclesial de todo encuentro con el Señor y su Palabra: *“...Se podrían añadir otras muchas reflexiones, pero me limito, por último, a destacar que el lugar privilegiado en el que resuena la Palabra de Dios, que edifica la Iglesia, como se dijo en el Sínodo, es sin duda la liturgia. En la liturgia se pone de manifiesto que la Biblia es el libro de un pueblo y para un pueblo; una herencia, un testamento entregado a los lectores, para que actualicen en su vida la historia de la salvación testimoniada en lo escrito. Existe, por tanto, una relación de recíproca y vital dependencia entre pueblo y Libro: la Biblia es un Libro vivo con el pueblo, su sujeto, que lo lee; el pueblo no subsiste sin el Libro, porque en él encuentra su razón de ser, su vocación, su identidad. Esta mutua dependencia entre pueblo y Sagrada Escritura se celebra en cada asamblea litúrgica, la cual, gracias al Espíritu Santo, escucha a Cristo, ya que es él quien habla cuando en la Iglesia se lee la Escritura y se acoge la alianza que Dios renueva con su pueblo. Así pues, Escritura y liturgia convergen en el único fin de llevar al pueblo al diálogo con el Señor y a la obediencia a su voluntad. La Palabra que sale de la boca de Dios y que testimonian las Escrituras regresa a él en forma de respuesta orante, de respuesta vivida, de respuesta*

que brota del amor (cf. Is 55, 10-11)...” La Palabra celebrada en la liturgia como luz y orientación cotidiana de la vida del Seminario y de la tarea formativa.

12. En este año paulino nos ayudará el testimonio de San Pablo, “tomado”, “alcanzado”, “transformado” por su encuentro con el Señor, que comenzó en el camino de Damasco pero se siguió afianzando hasta el final de su carrera. Creo que la propuesta de este año tiene algo que ver con la cita de DCE 1, que dio origen a esta charla y marca el pontificado de Benedicto: San Pablo es un icono paradigmático del cristianismo entendido como encuentro. Por tanto les propongo algunos textos paulinos que nos ayuden a contemplar el encuentro de Pablo con el Señor y su apasionada búsqueda de afianzarlo:
 1. Fundacional: la aparición el camino de Damasco (Hch 9, 1-19; 22, 4-21; 26, 9-18). Siempre vuelve a referirlo.
 2. En la misión: encuentros que lo orientan y la animan (Hch 20, 17-37: testamento pastoral). Vivir el ministerio en clave de encuentro.
 3. Subordinado a la misión: 2ª Cor 5,1-9 (estar junto al Señor o no estarlo, depende de la misión...); Flp 1,21-25.
 4. Fuerte en la debilidad: 2ª Cor 12, 1-10; Flp 4, 12-13.
 5. En la Iglesia, a través de los Apóstoles y de toda la comunidad (Hch 9, 26-30; Hch 15: “concilio” de Jerusalén; Gal 2,1-10).
 6. Sólo culmina con la muerte: Flp 3, 7-14.

I. Exposición inicial

Lunes 2 – Tarde. 16.00–17.00 (1)

A pesar de las dificultades que tenía para poder acompañarlos en esta semana, me entusiasmaba la idea y me parecía que había que hacer un esfuerzo para participar, porque se trataba de una buena oportunidad para reflexionar entre todos sobre un tema eje en todo el itinerario formativo. Y no solamente de los futuros de los curas, sino también de todos los cristianos. Entonces, con mucho gusto los acompaño, con el deseo de compartir lo que el Señor le ha entregado a cada uno para el servicio de los demás.

Los seminaristas de secretaría les han entregado copias del primer esquema, de esta presentación. Me gustaría que, antes de comenzar, escucháramos un texto de la Palabra de Dios que nos pudiera guiar en el resto de este camino. Es un texto que está siendo leído con bastante frecuencia en estos últimos tiempos. Tanto en el documento de Aparecida como en otros documentos, aparece el texto de esta escena del Evangelio, que hemos meditado y predicado también hace algunas semanas en la liturgia.

Del evangelio según San Juan (1,29-42): «Al día siguiente, Juan vio a Jesús que se acercaba a él y le dijo: «Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. A éste me refería yo cuando dije: “Detrás de mí viene uno que es superior a mí, porque existía antes que yo”. Yo mismo no lo conocía, pero la razón por la cual yo bautizo con agua es para creer que manifieste en Israel». Al día siguiente, Juan se encontraba en aquel mismo lugar con dos de sus discípulos. De pronto vio a Jesús que pasaba por allí, y dijo: “Éste es el Cordero de Dios”. Los dos discípulos le oyeron decir esto, y comenzaron a seguir a Jesús. Jesús dio media vuelta y, viendo que lo seguían, les preguntó: “¿Qué buscan?”. Ellos contestaron: “Maestro, ¿dónde vives?”. Él les respondió: “Vengan y lo verán”. Se fueron con él, vieron dónde vivía y pasaron aquel día con él. Eran como las cuatro de la tarde. Uno de los dos discípulos que siguieron a Jesús por el testimonio de Juan era Andrés, el hermano de Simón Pedro. Andrés encontró en primer lugar a su propio hermano Simón y le dijo: “Hemos encontrado al Mesías” (que quiere decir Cristo). Y lo llevó a Jesús. Jesús, mirándolo, le dijo: “Tú eres Simón, hijo de Juan; en adelante te llamarás Cefas, (es decir, Pedro)»». Palabra del Señor.

Me gustaría que este texto pudiese guiarnos en las reflexiones que vamos a hacer juntos durante estos días, que fuese un punto de referencia al que pudiéramos volver constantemente. Y en esta misma línea quisiera proponerles esta introducción de ahora.

I.1. Contexto cultural y eclesial

En primer lugar, tendríamos que situarnos un poco en el *contexto cultural* y eclesial en que nos encontramos, y que puede hacer oportuna la elección del tema de esta semana y la reflexión que vamos tener juntos en estos días. Recordaremos simplemente dos o tres elementos de este *contexto eclesial*.

I.1.1. El camino de LPNE a NMA: una Iglesia en estado de misión

Ante todo deberíamos tener presente *el camino que venimos haciendo en nuestra Iglesia argentina*, este recorrido de la pastoral orgánica de todas las diócesis de nuestro país. Por lo menos, el camino que parte del año 90, con la elaboración de las *Líneas pastorales para la nueva evangelización*, y que se ha retomando en el año 2003 con el documento que se denominado *Navega mar adentro*, retomando la propuesta que el Papa hace de esta frase como inspiradora de un nuevo impulso pastoral para la Iglesia Universal. Veremos entonces, que estamos insertos una Iglesia que es más amplia que nuestro grupito de la parroquia, del seminario o de la Diócesis, mucho más amplio.

Si revisamos el camino que se ha hecho desde el Concilio hasta ahora, veremos que ha habido un enriquecimiento mutuo en la reflexión y en las propuestas pastorales, entre los diversos niveles: entre el nivel universal, continental, nacional e incluso diocesano. Este proceso se dio como en “oleadas” sucesivas, desde el Concilio (1965): (a) inmediatamente después vino ese “aterrizaje” del concilio en América Latina que fue Medellín (1968) y la elaboración de las propuestas

pastorales en la Argentina con el documento de San Miguel (1969). (b) Después, vino un nuevo impulso con la *Evangelii Nuntiandi* (1975) a nivel universal, Puebla (1979) a nivel continental, y acá en la Argentina *Iglesia y Comunidad Nacional* (1981).

(c) Una tercera “oleada” la impulsó el llamado a la “nueva evangelización” que lanzó el Papa en Haití (1983), porque motivó el proceso –participativo y orgánico– de elaboración de las Líneas Pastorales (1990) y se reflejó en las contribuciones que se hicieron a Santo Domingo (1992). Y así también, a partir de aquella llamada del Papa, se da un curso de nuevo en nuestra patria, con la renovación del diseño pastoral, que ha llevado a un trabajo interesante de renovación y a un esfuerzo de labor conjunta en nuestras diócesis. Aparte del resultado que el trabajo pueda producir como documento o como lineamientos, lo interesante también entonces, es que significó una experiencia eclesial rica, profunda y que marcó para el futuro el modo de trabajar en nuestra Iglesia.

(d) Finalmente la convocatoria del Papa a la celebración del Jubileo (1994) avivó el entusiasmo pastoral en las diócesis – que se había desvanecido un poco– desembocó en el proyecto de renovar las líneas pastorales apenas terminado el Jubileo. El proyecto dio su fruto en la propuesta de *Navega mar adentro* (2003), en el plano nacional, y en la Quinta Conferencia del CELAM que dio a luz el documento de Aparecida (2007).

Si uno quisiera sintetizar el llamado de esta propuesta pastoral nacional diría que es un llamado a poner a la Iglesia “en estado de misión”. Sacarnos de esa especie de comodidad, de rutina –como la llama el Papa– que nos amenaza, y hacer el esfuerzo por ponernos en un estado de misión. Se trata de pasar desde una pastoral de *mantener* las cosas como están, a una misión que nos *remueve* en muchos sentidos.

Tenemos así un primer marco en el contexto en el que nosotros querríamos situar nuestra reflexión de esta semana: *una Iglesia en estado de misión*.

I.1.2. La conferencia de Aparecida: los discípulos-misioneros y la misión continental

En segundo lugar, la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano en Aparecida es también un hito fundamental en este camino. Porque significa también un punto de llegada y un punto de partida para el camino de nuestra Iglesia y que, coincidentemente, inspira una consigna muy similar, centrada como está en la formación de “discípulos y misioneros” y en la propuesta de una “misión continental”. Esta idea de los *discípulos-misioneros* constituye entonces un eje del que nosotros no podremos desentendernos, a la hora de reflexionar sobre la formación de nuestros futuros pastores, futuros ministros.

Ya *Ecclesia in America* –la exhortación apostólica post-sinodal del sínodo de America– tenía una propuesta similar. Nos ponía frente a la invitación de provocar, de servir, de ponernos al servicio del *encuentro con Jesucristo* de todas las personas de nuestro continente. Daba la idea, la imagen central de un encuentro con Jesucristo, como el que se nos mostraba en el texto que hemos recordado al comienzo (Jn 1,31-39).

I.1.3. La invitación del Papa y el último sínodo

Y el tercer dato que quería traer a colación en este momento es la invitación a *una particular escucha de la Palabra de Dios*, realizada por el Papa Benito y por el último Sínodo. En estos últimos tiempos, hay una insistencia particular en la enseñanza del Papa, en la necesidad de apoyarnos en la “roca sólida” de la Palabra de Dios, centrarnos en la Buena noticia del Evangelio, poner como eje de nuestra vida la contemplación de la Palabra de Dios. Lo viene diciendo de distintas maneras. Lo había dicho en Aparecida y lo ha retomado en el discurso inaugural del sínodo o en la homilía que tuvo al comienzo de la hora tercia: todas las cosas cambian, pasan; en cambio, uno se puede apoyar con toda confianza, se puede afirmar en la Roca firme, que es la Palabra de Dios.

Estos textos vienen a constituir para nosotros un estímulo y una inspiración para este encuentro que queremos tener a lo largo de estos días. El contexto estaría formado por estas indicaciones sobre la misión y esta necesidad de partir ineludiblemente de la Palabra de Dios para esta misión.

I.2. Experiencia personal

Además querría hablarles simplemente de mi experiencia personal. Porque creo que es interesante saber con quien trata uno, quién es el que tiene delante. Yo reconozco el papel que ha tenido la Palabra de Dios en mi experiencia cristiana y de cura, a la hora de configurar mi manera de pensar o de hacer en mi vida cristiana y en mi ministerio. Entonces también ésta presencia mía entre ustedes esta semana— es una forma de agradecer y de compartir lo que el Señor a través de su Palabra ha ido haciendo en mi vida.

El itinerario espiritual tiene que ver también con la formación académica. Cuando a uno lo mandan a estudiar algo, no es simplemente una experiencia académica. No pasa sin dejar huellas. Ponerse en serio a estudiar la Palabra de Dios también te deja sus cicatrices, no sólo por el esfuerzo y el sacrificio, sino porque te cambia la manera de pensar, de ver y de sentir. Es un don que hay que agradecer, que yo tengo que agradecer especialmente y que me gustaría poder compartir.

La capacitación profesional que te dan, cuando te hacen estudiar en una universidad de Roma esta cuestión de la Biblia, también te sitúa de una manera particular frente a la vida, frente a la Iglesia y frente a la propia identidad de ministro de la Palabra, de pastor, en medio de una comunidad cristiana.

Vengo enseñando en el seminario desde hace veintidós años. Quizás la experiencia más bonita en ese contacto con los seminaristas, se da precisamente cuando ellos se “enganchan” con la Palabra de Dios en la Biblia y empiezan a caminar solos metiéndose en esos terrenos de la Palabra y navegando solos en este océano de la interpretación. También en la parroquia, en el ministerio pastoral parroquial, se da una experiencia similar cuando tenés la posibilidad de compartir con la gente, en los grupos bíblicos o las escuelas de la palabra, todo lo que despierta, remueve e impulsa en la vida de la gente este itinerario de encuentro con la Biblia.

Estas tres cosas son las que a mí me disponen positivamente a este encuentro. He visto bien clarito lo que el contacto con la Palabra de Dios hace en la vida de la gente, desde lo más sencillos hasta los “ricos y famosos”.

I.3. Los encuentros de la OSAR

Estamos, sin embargo, en un encuentro de la OSAR. Y yo les preguntaría: ¿Cuál es la forma como la OSAR elige el tema de cada año?

I.3.1. Respuesta a los problemas del clero: ¿fisuras en la formación?

Como en la mayoría de los casos, la elección de los temas o de los objetivos, suele ser más bien una respuesta a los problemas con los que nos encontramos. Entonces, a veces, viendo los problemas del clero (sufrimientos, dificultades, decepciones, tantas cosas que podemos sufrir como cura, que sufren los hermanos curas), miramos para atrás y decimos “Bueno, esto se deberá a algunas fisuras en la formación”. Entonces intentamos responder a esos problemas previniéndolos o corrigiéndolos desde el origen, lo que nosotros pensamos es el origen: en la formación. A veces elegimos los temas de esta manera. Que se yo: todos hemos sufrido las consecuencias de la inmadurez afectiva, entonces vamos a hablar de la madurez afectiva. ¿Quizás nos propongamos hoy también este tema para responder alguna falencia en la formación? Puede que sí.

I.3.2. Formación de los “formadores”

¿Y qué hay de los formadores? Nosotros nos ponemos al frente de una comunidad cristiana de chicos que aspiran al sacerdocio. Nos ponen, el Obispo nos llama a esta tarea, nos encarga esta tarea. ¿Pero cómo nos encontramos nosotros frente a esta misma realidad? Porque nosotros no venimos de Marte, salimos de la misma realidad de donde salen los candidatos al sacerdocio, años antes, años después, con sus diferencias pero venimos de un mismo origen. ¿Cómo nos encontramos nosotros? ¿Y cuáles son las capacidades y las falencias que nosotros podemos también tener a la hora de encarar esta tarea formativa? Cuando estamos tratando específicamente el tema de la Palabra de Dios, tendríamos que preguntarnos un poco esto durante estos días.

I.3.3. Qué Iglesia? → ¿Qué pastores? → ¿Qué formación?

Pero más que responder a los problemas o intentar tapar los agujeros con algún parche, cuando nos planteamos el tema de la formación, deberíamos ser más positivos. En primer lugar, pensar *qué Iglesia quiere Jesús* que nosotros vivamos, y qué Iglesia queremos nosotros vivir. A partir de eso, preguntarse *qué pastores hacen falta* para concretar una Iglesia tal como Jesús la quiere y, desde ahí, pensar entonces *qué formación sería la adecuada* para formar a estos pastores que necesita esta Iglesia que nosotros soñamos.

Esta sería un poco la idea: no la “pastoral del parche”, sino la pastoral de un proyecto de largo aliento y de inspiración auténticamente cristiana. Y para eso también la única manera es volver la mirada y abrir el oído a la Palabra de Dios. Es la que nos pueda dar la propuesta del proyecto que Dios tiene para su Iglesia, los pastores que hagan falta para que este proyecto se realice y la formación adecuada para que el producto final que salga del seminario, sea la adecuada para la Iglesia que nosotros buscamos.

I.3.4. Situación de la Iglesia y de los candidatos al ministerio

Entonces si esta es la meta, también tendríamos que mirar para atrás y pensar cuál es la situación de la Iglesia, el punto de partida de nuestra Iglesia, y de los candidatos al ministerio que brotan de esta Iglesia nuestra. No sé en las otras diócesis, pero nosotros no los traemos de Júpiter sino que salen de nuestras comunidades, que tienen sus luces y sus sombras. Esta realidad de nuestros candidatos al sacerdocio, de nuestros candidatos al Seminario, refleja también la situación de nuestra Iglesia particular, sobre todo de los modelos de curas que nosotros presentamos. Porque en un primer movimiento, por lo menos, uno dice: “Yo quiero ser como el padre fulano”.

Entonces, ¿cuál es la situación de nuestra Iglesia y de los candidatos al ministerio? ¿en qué situación está nuestra Iglesia y en qué situación están los candidatos al seminario para un primer encuentro con Jesucristo? Ese encuentro que esta misión continental quiere provocar, que esta Iglesia en estado de misión permanente quiere facilitar. Decimos: “para un encuentro con Jesucristo”. No solamente para la organización de una actividad o para la realización de una acción, sino para este encuentro vivificante con Cristo, el Señor.

I.4. Definición del tema actual

I.4.1. La PdD en la formación ministerial

Ubicados entonces allí, intentaríamos definir el tema, para que hablemos el mismo idioma: “La Palabra de Dios en la formación sacerdotal *en orden al ministerio*”, como dice el título. Yo preguntaba si había alguna intención especial en la formulación un tantito complicada del título. Pregunto yo: ¿se trata de la Palabra de Dios en la formación ministerial, es decir, en la forma de enseñar a ser cura? Diremos que evidentemente no.

Se trata de la Palabra de Dios en la formación de los futuros *ministros*. Es decir, los que están exentos de tomar esta tarea simplemente, no se tratará de enseñar a organizar una semana bíblica, o enseñar a usar la Biblia en la catequesis; sino pensar en el ministro, en el sacerdote, en el pastor.

I.4.2. La PdD en la formación de los futuros ministros: en todas las dimensiones

Entonces el título podríamos encerrarlo así: la Palabra de Dios en la formación de los futuros ministros en todas sus dimensiones. Todas las dimensiones de la formación están en orden al ministerio, todas las dimensiones de la formación en el seminario. Ministros, fundamentalmente ministros de la palabra, ministros de la eucaristía, ministros en la caridad, ministros en el sentido pleno de esta palabra dentro de la teología.

Entonces definiendo un poco el tema, tendríamos que repasar juntos cuál es la vida de la Palabra de Dios en la formación tal como la venimos llevando. Sería también la propuesta de los trabajos grupales en este segundo momento.

I.4.3. Estrategias, pedagogía, estructuras...

Podríamos, primero, intentar reflexionar por región algunas pautas sobre estos aspectos y recién entonces pensar qué estrategias, qué pedagogías, qué estructuras podrían ser adecuadas para mejorar la presencia de la Palabra de Dios en la formación, dentro del sistema formativo del seminario.

I.5. Puntos de referencia

¿Cuáles serían, a mi parecer, los puntos de referencia obligados a la hora de reflexionar sobre este tema? Propondría dos más nuevos y dos más viejos:

Los dos más recientes son el *Documento de Aparecida* y los materiales con los que podemos disponer ya sobre el último *Sínodo* sobre “La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia” que salió en torno a diciembre.

(a) El Documento de Aparecida tiene un eje muy claro en el binomio evangélico “discípulo– apóstol” o “discípulo– misionero”, como dice de hecho el texto: “Discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en Él tengan Vida. Yo soy el Camino y la Verdad y la Vida”. Sucede que, en el texto del documento, esta categoría “discípulos y misioneros de Jesucristo” hace una referencia explícita, inmediata y a veces insistente, a la Palabra de Dios.

La Palabra de Dios está fuertemente presente en la reflexión de los padres en la conferencia de Aparecida: el encuentro con Jesucristo. Retomando, una propuesta del Papa en el número 243 dice: «El acontecimiento de Cristo es, por lo tanto, el inicio de ese sujeto nuevo que surge en la historia y al que llamamos discípulo”. Discípulo, entonces, es alguien que se ha encontrado con Cristo, con ese Cristo acontecimiento. Cita al papa: “«No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o por una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva» [DCE 1]. Esto es justamente lo que, con presentaciones diferentes, nos han conservado todos los evangelios como el inicio del cristianismo: un encuentro de fe con la persona de Jesús»...” (DA 243), y cita después el texto Jn 1,35-39 que hemos leído al comienzo.

(b) El Sínodo se ha propuesto como tema de reflexión pastoral “La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia”. Entonces también allí en algunas de las ponencias que hemos podido rescatar y después en algunas de las proposiciones finales que han entregado los padres, nosotros podemos recoger indicaciones preciosas en orden al tema que nos interesa: la formación sacerdotal.

(c) Pero estos dos documentos que plantean la cosa muy recientemente, en realidad vienen a refrescar otros dos documentos más antiguos, específicamente dedicados a la Palabra de Dios y a la Biblia: uno del '65, la constitución dogmática *Dei Verbum*, y el otro del '93, el documento de la Comisión Bíblica sobre *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*. En esos dos documentos encontraremos los fundamentos bíblicos teológicos del tema que queremos reflexionar en estos días.

¿Qué voy a intentar hacer yo en los momentos en que me toque hablar? Pretendo ayudar a que descubramos juntos las consecuencias que esta enseñanza magisterial tiene para la formación inicial y permanente, las consecuencias que estos documentos tienen o deberían tener a la hora de encarar nuestra propuesta formativa.

Digo “deberían tener”, porque me da la impresión de que, a pesar de estar a más de cuarenta años en un caso, y a más de quince en el otro, no han incidido fundamentalmente en nuestra *forma de encarar la formación*. Quizás sí en los contenidos, en algunas de las materias que se dictan en el seminario; pero no en la forma de encarar la formación como tal.

Dentro de este camino pastoral que venimos haciendo, ha habido un momento fundamental al que ya se ha hecho alusión hace un momento: la celebración del jubileo del año 2000. Esto también ha sido para muchas de nuestras diócesis una ocasión de renovación en la pastoral de cada una de nuestras iglesias. Yo he tenido la gracia de poder participar de ello, como delegado para el Jubileo por la Arquidiócesis de Tucumán. Entonces he visto cómo esta propuesta ha ido concretándose en las distintas diócesis y en las distintas regiones del país. Ha sido realmente evangelizador ver cómo esta invitación del Papa no se quedó simplemente en una cuestión de “fuegos artificiales” para celebrar el bimilenario del nacimiento del Señor, sino que se vivió como una invitación inspirada por el Espíritu, y que dio lugar a una renovación en la vida y en la pastoral de nuestras iglesias. Y de este momento de Jubileo, ha habido dos documentos: uno de convocatoria inicial *Tertio millennio adveniente*, y otro al final, para concluir la celebración, *Novo millennio ineunte*, que nos ha regalado también orientaciones preciosas para reformular lo que serían nuestras propuestas pastorales, con esa expresión que usa el Papa allí: “recomenzar desde Cristo”, retomar el camino partiendo desde Jesucristo.

También en este último documento hay una insistencia notable en este tema del encuentro con Cristo como el inicio de una verdadera vida cristiana, y a la presentación de Jesucristo mediante su propia palabra. Es una invitación a la escucha de la Palabra y a la proclamación de la Palabra de Dios:

«No cabe duda de que esta primacía de la santidad y de la oración sólo se puede concebir a partir de una renovada *escucha de la palabra de Dios*. Desde que el Concilio Vaticano II ha subrayado el papel preeminente de la palabra de Dios en la vida de la Iglesia, ciertamente se ha avanzado mucho en la asidua escucha y en la lectura atenta de la Sagrada Escritura. Ella ha recibido el honor que le corresponde en la oración pública de la Iglesia. Tanto las personas individualmente como las comunidades recurren ya en gran número a la Escritura, y entre los laicos mismos son muchos quienes se dedican a ella con la valiosa ayuda de estudios teológicos y bíblicos. Precisamente con esta atención a la palabra de Dios se está revitalizando principalmente la tarea de la evangelización y la catequesis. Hace falta, queridos hermanos y hermanas, consolidar y profundizar esta orientación, incluso a través de la difusión de la Biblia en las familias. Es necesario, en particular, que la escucha de la Palabra se convierta en un encuentro vital, en la antigua y siempre válida tradición de la *lectio divina*, que permite encontrar en el texto bíblico la palabra viva que interpela, orienta y modela la existencia» (NMI 39)

Después de hablar de la escucha de la Palabra, el Papa invita al anuncio de la Palabra:

«Alimentarnos de la Palabra para ser “servidores de la Palabra” en el compromiso de la evangelización, es indudablemente una prioridad para la Iglesia al comienzo del nuevo milenio. Ha pasado ya, incluso en los Países de antigua evangelización, la situación de una “sociedad cristiana”, la cual, aún con las múltiples debilidades humanas, se basaba explícitamente en los valores evangélicos. Hoy se ha de afrontar con valentía una situación que cada vez es más variada y comprometida, en el contexto de la globalización y de la nueva y cambiante situación de pueblos y culturas que la caracteriza. He repetido muchas veces en estos años la “llamada” a la *nueva evangelización*. La reitero ahora, sobre todo para indicar que hace falta reavivar en nosotros el impulso de los orígenes, dejándonos impregnar por el ardor de la predicación apostólica después de Pentecostés. Hemos de revivir en nosotros el sentimiento apremiante de Pablo, que exclamaba: “¡ay de mí si no predicara el Evangelio!” (1Co 9,16).

Esta pasión suscitará en la Iglesia una nueva acción misionera, que no podrá ser delegada a unos pocos “especialistas”, sino que acabará por implicar la responsabilidad de todos los miembros del Pueblo de Dios. Quien ha encontrado

verdaderamente a Cristo no puede tenerlo sólo para sí, debe anunciarlo. Es necesario un nuevo impulso apostólico que sea vivido como *compromiso cotidiano de las comunidades y de los grupos cristianos*» (NMI 40).

La invitación, entonces, viene ya repitiéndose de lejos y es suficientemente motivadora como para que nosotros nos tomemos en serio el tema. Al respecto, en la otra hoja que se les ha entregado, hay un texto del Papa en el *Discurso Inaugural de Aparecida*. Para introducir orientaciones que quería dar a los obispos en aquella reunión, pone esta premisa:

«Antes de afrontar lo que comporta el realismo de la fe en el Dios hecho hombre, tenemos que profundizar en la pregunta: ¿Cómo conocer realmente a Cristo para poder seguirlo y vivir con Él, para encontrar la vida en Él y para comunicar esta vida a los demás, a la sociedad y al mundo? Ante todo, Cristo se nos da a conocer en su persona, en su vida y en su doctrina por medio de la Palabra de Dios. Al iniciar la nueva etapa que la Iglesia misionera de América Latina y del Caribe se dispone a emprender, a partir de esta V Conferencia General en Aparecida, *es condición indispensable el conocimiento profundo de la Palabra de Dios*. Por esto, hay que educar al pueblo en la lectura y meditación de la Palabra de Dios: que ella se convierta en su alimento para que, por propia experiencia, vean que las palabras de Jesús son espíritu y vida (Cf. Jn 6, 63). De lo contrario, ¿cómo van a anunciar un mensaje cuyo contenido y espíritu no conocen a fondo? Hemos de *fundamentar nuestro compromiso misionero y toda nuestra vida en la roca de la Palabra de Dios*. Para ello, animo a los pastores a esforzarse en darla a conocer» (Benito XVI, *Discurso Inaugural de la Conferencia de Aparecida 13-05-0*).

Como nos lo recordaba el Padre Gabriel al comienzo del encuentro esta tarde, se trata entonces de realidades y experiencias nuestras en primer lugar, de nuestro contacto con esta Palabra para poder transmitirla. ¿Cómo vamos a dar lo que primero no hemos recibido y vivido? La evangelización deberá partir de esta experiencia propia del encuentro con Jesucristo y del efecto que este encuentro produce en nuestra vida.

Para la reflexión personal (antes de la merienda):

¿Qué papel tuvo la Palabra de Dios en mi formación humana, cristiana, sacerdotal? ¿Qué lugar ocupa hoy en mi vida?
¿Cómo se da concretamente esta escucha de la Palabra de Dios en mi vida diaria de formador?

Para el trabajo grupal (después de la merienda):

¿Qué presencia y qué función tiene –de hecho– la Palabra de Dios en la propuesta formativa de nuestros seminarios?
¿Está presente en cada dimensión de la formación (humana-comunitaria, espiritual, intelectual, pastoral).

¿Qué características de la gente de nuestra región –y, por ende, de los candidatos al sacerdocio– pueden favorecer esta relación vital con la Palabra? ¿cuáles pueden dificultarla?

II. Dios habla a los hombres en lenguaje humano

(DV 2; 21; ES 28-30; RH 11)

Martes 3 de febrero – 8.30 hs.

I.1. La dimensión dialógica de la revelación-salvación en Cristo

En esta parte de la mañana, quisiera proponerles comenzar la reflexión volviendo sobre algunos documentos antiguos, especialmente *Dei Verbum*, y “La interpretación de la Biblia en la Iglesia”, para redescubrir los *fundamentos bíblico-teológicos* del tema que nos ocupa en esta semana y, sobre todo, para sacar las *consecuencias* que tiene en orden a la propuesta formativa que nosotros deberíamos poder brindar en los seminarios. Consecuencias que sacarán después ustedes mismos, que son los formadores.

Por lo tanto, vamos a volver a cosas conocidas que quizás hemos aprendido desde el seminario, pero que todavía quizás no han sido suficientemente explotadas.

La constitución *Dei Verbum*, en el nº 12, expresa lo que podría definirse como el principio fundamental, *el artículo fundamental de la fe sobre la Biblia* y sobre la Revelación. Empieza enunciando ese principio: “Dios habla en la Escritura por medio de hombres y en lenguaje humano”. Y luego en los párrafos siguientes saca las consecuencias, en todo lo que hace a la interpretación de esa Palabra bíblica. Pero, quedémonos con esta primera oración que expresa un artículo de nuestra fe: creemos que *Dios habla* y que Dios habla *en lenguaje humano y a través de seres humanos*. Este artículo de fe tendría que ayudarnos ahora a nosotros a aterrizar en algunas consecuencias.

Fíjense que ése es el camino elegido por *Dei Verbum* para hablarnos de la divina revelación: un Dios que quiso hablar en lenguaje humano, que quiere hablar nuestro lenguaje. Y ya este mismo hecho, la misma elección divina del *modo* de revelarse, su decisión de llegar *así* a nosotros, nos habla de la benevolencia de Dios, del cariño de Dios, de la condescendencia divina. El nº 13 de la *Dei Verbum* lo enuncia enseguida de un modo explícito, diciendo: «Sin mengua de la verdad y de la santidad de Dios, la Sagrada Escritura, nos muestra la admirable “condescendencia” de Dios, “para que aprendamos su amor inefable y cómo adapta su lenguaje a nuestra naturaleza con su providencia solícita” ».

Utiliza un término –*condescendencia*– que tiene ya su historia en el vocabulario de los Padres. Hay incluso una nota que indica el sentido en el que se quiere emplear el término. Con una referencia a san Juan Crisóstomo, se habla de esa adaptación de Dios al hombre, de esa condescendencia, con el término griego *synkatábasis*, que implica igualmente el “con-de-scender” o “bajar hasta la altura del otro”. La constitución nos habla entonces de un Dios que se quiere poner a la altura del hombre. Como sucede cuando uno quiere hablar con una criaturita y se pone a su altura, para comunicarse con ella de igual a igual. Ese abajamiento de Dios, esa adaptación de Dios a los hombres, manifiesta la intención amorosa de este Dios que quiere emprender un diálogo con su creatura.

Dicha enseñanza del Concilio nos pone ya inmediatamente en la dirección que nosotros queremos asumir en esta mañana: la *dimensión dialógica* de la Revelación y de la Salvación. Dos números del mismo documento nos los explican: «Dispuso Dios en su sabiduría revelarse a sí mismo y dar a conocer el misterio de su voluntad, mediante el cual los hombres por medio de Cristo, Verbo encarnado, tienen acceso al Padre en el Espíritu Santo y se hacen consortes de la naturaleza divina» (DV nº 2).

I.1.1. Dimensión personal de la Revelación

Fíjense cómo el texto de la constitución adopta un lenguaje que no era el habitual en los documentos de ese tiempo, aunque hoy quizás estemos más habituados a un lenguaje de este estilo. El Concilio ha querido explícitamente adoptar el lenguaje de las *relaciones interpersonales* más que el lenguaje de las esencias, de las naturalezas o de una metafísica, un poco de ese estilo. Ha optado por hablar el lenguaje de las relaciones interpersonales, el lenguaje del diálogo y de la comunicación.

Se define así, entonces, que “Dios *quiso* revelarse a sí mismo”. “Plugo a Dios” dice la traducción vieja. “Dispuso Dios –dice la nueva– en su sabiduría revelarse a sí mismo y dar a conocer el misterio de su voluntad”. Nos pone aquí, como digo, en el lenguaje de las relaciones interpersonales.

Viéndome, escuchándome, ustedes podrán sacar sus conclusiones, deducir cosas acerca de mí. Podrán calcular cuánto mido, cuánto peso, cuántos años tengo, de qué soy capaz más o menos. Pero lo que yo pienso, lo que yo siento, mis intenciones, esas cosas no las pueden saber y nunca las sabrán, a menos que yo les abra el corazón y se lo diga, a menos que yo se lo revele.

Ese *misterio* que encierra la persona, que no se puede medir, no se puede agotar por los cálculos que podamos hacer en torno de ella, es un atisbo de ese otro Misterio que quiso también revelársenos, que es el Misterio de Dios. Desde este lenguaje podemos nosotros asomarnos a la realidad de la Revelación: un Misterio personal que quiere abrirse a nosotros.

Yo no revelo mi corazón, no le abro mi corazón a cualquiera, sino a aquellos con los que tengo una relación especial, a mis amigos. O bien, se los revelo *para* hacerlos mis amigos, compartiendo con ellos esa realidad que está dentro de mí, de mi corazón. Éste es el modo como nos describe el Concilio la realidad de la Revelación: “quiso Dios en su sabiduría revelarse *a sí mismo* y dar a conocer el *misterio* de su voluntad”.

En primer lugar hay que decir, entonces, que el texto de la *Dei Verbum* no nos habla tanto de *verdades* reveladas o de *informaciones* que la Palabra de Dios nos pueda proporcionar. Lo que le interesa, en primer lugar y ante todo es que Dios quiso revelarse *a sí mismo*. Es decir, esa apertura personal del Dios que se acerca, que quiere acercarse al hombre y que hará de todo por acercarse al hombre, adaptándose a él en todo.

“Revelarse a sí mismo”, dice en primer lugar, y enseguida añade: “y dar a conocer *el misterio* de su voluntad”. Si uno lee un poco la historia del texto conciliar, se da cuenta de que aquí ha habido mucha discusión, mucha reflexión antes de llegar a la formulación que se quería para el párrafo. Se partía de “los *decretos* de su voluntad”, al final pasó del plural al singular. Y no sólo el singular de “decreto”, que podría expresar una “decisión tomada con autoridad” –que ya tenía que ver, por supuesto, con el plan o proyecto de Dios– sino que se eligió una palabra con mucha más hondura bíblica como es la palabra “misterio”.

Se puede ver esta palabra “misterio”, por ejemplo, en el final de la carta a los Romanos (16,25). Pablo usa allí la palabra “misterio”, en el saludo final, para referirse sobre todo al “misterio de Cristo”, al misterio que *es* Cristo –con un genitivo epexeagético. Y hay una nota en la Biblia de Jerusalén que nos permitiría partir desde ese texto hacia atrás y hacia delante, para estudiar un poco el tema del misterio. (Lo digo para los que tengan ganas de meterse por ahí y sacarle jugo a las notas de la BJ).

Entonces, es una Revelación que descubre el misterio del corazón de Dios –un Dios que quiere acercarse a nosotros– y que alcanza su cumbre en Cristo, Verbo encarnado. Si él va traduciendo su Palabra en palabras humanas, ese proceso llega a su plenitud insuperable en Cristo, en quien *Dios se traduce en una vida humana*. Todo en Jesús es humano y divino, todo en Jesús de Nazareth es expresión de Dios, es manifestación de Dios. Y desde entonces *la humanidad de Jesucristo* se convierte en la puerta de acceso al corazón de Dios. Es él el sacramento, el signo y el instrumento de la salvación. Por eso dice el Concilio: «Por medio de Cristo, Verbo encarnado, tienen los hombres *acceso* al Padre en el Espíritu Santo –una formulación trinitaria– y se hacen consortes de la naturaleza divina». Esto es decir que tienen acceso a Dios, que Dios le da al hombre acceso a su propio misterio, nos deja pasar y nos acoge en su presencia.

Dice el texto: «se hacen *consortes* de la naturaleza divina». Esta traducción resulta interesante. “Consortes” es una palabra que utilizamos para hablar de los esposos o de los cónyuges, los que comparten la misma suerte, los que llevan el peso del mismo yugo. De esta manera, el documento alude a una veta muy específica del lenguaje bíblico para hablar de la relación de Dios con los hombres: el lenguaje esponsal o matrimonial.

«En consecuencia, – dice DV, 2– por esta revelación, Dios invisible habla a los hombres *como amigos*, movido por su gran amor y mora con ellos, para invitarlos a la comunicación consigo y recibirlos en su compañía.» Esta faceta de la amistad y del amor la profundizaremos más bien en la segunda parte de esta mañana.

Ahora me interesa subrayar más bien este primer rasgo de la Revelación tal como nos la quiere presentar el Concilio: Dios adopta el lenguaje de los hombres. Por eso es interesante estudiar ese lenguaje humano. Porque es la “gramática” que nos permite entender la revelación divina. ¿Cómo está hecho este lenguaje humano? ¿Cómo funciona?

A veces corremos el riesgo de reducir o perder parte de la riqueza de esta comunicación divina, por captar sólo un aspecto, una parte, una dimensión, una faceta, de esta realidad riquísima que es el lenguaje humano.

En realidad, el lenguaje que define al hombre, que no es sólo un “animal racional”, tal como lo presenta la comprensión clásica, sino un “ser viviente capaz de hablar”. Habría que analizar si ese *zoon éjon lógon* de Aristóteles quiere decir simplemente “animal racional”, o si esa traducción no es empobrecedora de todo lo que puede estar contenido en esa frase: un “ser viviente que tiene sentido (*logos*)”, porque “tiene sentido” en todo el conjunto de la creación y porque “tiene el sentido”, es decir, la capacidad de captar ese sentido. Es un ser viviente que “tiene la capacidad de hablar” (*logos*), la capacidad de comunicarse y comunicar sentido.

De hecho, en la descripción preciosa de la creación del libro del Génesis, nos pone en esta pista cuando en el cap. 2 nos habla de la creación del hombre y de la mujer. El Señor hace pasar todos los animales que había creado para ayudarlo al hombre. Lo hace pasar delante de él, y él va poniendo nombre a todos los animales “porque cada ser viviente debía tener el nombre que el hombre le pusiera”. La capacidad de poner nombre es propia de quien tiene autoridad sobre algo: el padre le pone nombre al hijo, el descubridor le pone nombre a la isla o a al insecto que descubre. Es alguien que tiene el poder de ponerle un nombre. Ponerle un nombre es colocarlo en un lugar respecto de uno mismo, ponerlo en una determinada relación con uno. Sólo alguien que tiene autoridad lo hace.

Pero el hombre no encuentra su plenitud ni siquiera en este dominio de la creación, ni siquiera en esta posesión de las cosas. Sólo encuentra la ayuda adecuada cuando Dios hace a la mujer. Entonces, exclama: «Esta sí que es carne de mi carne, hueso de mis huesos y será llamada mujer porque ha sido sacada del varón». Ahora sí encuentra la ayuda adecuada porque se encuentre frente a una persona, un ser capaz de ser interlocutor suyo, con quien se puede comunicar de igual a igual.

El texto del Concilio nos pone en este mismo camino cuando nos invita a comprender la Revelación como un diálogo y nos hace reconocer al hombre como el único ser de la creación capaz de ser interlocutor de Dios. Si todas las cosas creadas hablan de Dios, el hombre es como la conciencia de esta creación, “el sacerdote de esa creación” –según la vieja expresión medievoval– aquel que es capaz de reconocer el lenguaje de Dios en las cosas y de emprender con Dios ese diálogo que lo hace crecer.

I.1.2. Dimensión dialógica de la Revelación

El documento precioso de Pablo VI *Eclesiam suam* –encíclica programática de su pontificado e inspiradora del trabajo conciliar– contiene en su tercera parte una tratación amplia del tema del diálogo. Y empieza de una manera impactante situando el origen, la raíz de este diálogo. (Seguimos la numeración que figura en el sitio web del Vaticano. Aquí citamos el número 28, que sería el 64 en otras ediciones).

«He aquí, Venerables Hermanos, *el origen trascendente del diálogo*. Este origen está en la intención misma de Dios. La religión, por su naturaleza, es una relación entre Dios y el hombre. La oración expresa con diálogo esta relación. La

revelación, es decir, la relación sobrenatural instaurada con la humanidad por iniciativa de Dios mismo, puede ser representada en un diálogo en el cual el Verbo de Dios se expresa en la Encarnación y, por lo tanto, en el Evangelio. El coloquio paterno y santo, interrumpido entre Dios y el hombre a causa del pecado original, ha sido maravillosamente reanudado en el curso de la historia. La historia de la salvación narra precisamente *este largo y variado diálogo* que nace de Dios y teje con el hombre *una admirable y múltiple conversación*. Es en esta conversación de Cristo entre los hombres (ES, 33) donde Dios da a entender algo de Sí mismo, el misterio de su vida, unicísima en la esencia, trinitaria en las Personas, donde dice, en definitiva, cómo quiere ser conocido: El es Amor; y cómo quiere ser honrado y servido por nosotros: amor es nuestro mandamiento supremo. El diálogo se hace pleno y confiado; el niño es invitado a él y de él se sacia el místico.» (ES, 28)

Si ayer hablábamos en términos de “encuentro”, este encuentro se explicita ahora en términos de “diálogo”; pues se trata de un encuentro entre personas y ese encuentro se desarrolla en un diálogo. No se trata simplemente del “estar uno frente a otro”, sino que ese estar uno frente al otro se desarrolla en una comunicación mutua, en un intercambio que tiene lugar mediante el lenguaje.

La historia de la salvación es así entendida como un largo y progresivo diálogo entre Dios y los hombres. Esto supone una manera particular de comprender la relación de Dios con los hombres y el lugar que ocupa la Escritura como mediación de ese diálogo. Por eso, los textos del último Sínodo se refieren a la Escritura como *mediación del encuentro* entre Dios y el creyente.

Pablo VI describe magistralmente las cualidades que debe tener ese coloquio de la salvación. Pero yo me detengo sólo en un rasgo que después ha retomado Juan Pablo II, y que se explicita en ES 33 [nº 80, según otras versiones]:

«¿Hasta qué punto debe la Iglesia acomodarse a las circunstancias históricas y locales en que desarrolla su misión? ¿Cómo debe precaverse del peligro de un relativismo que llegue a afectar su fidelidad dogmática y moral? Pero ¿cómo hacerse al mismo tiempo capaz de acercarse a todos para salvarlos a todos, según el ejemplo del Apóstol: Me hago todo para todos, a fin de salvar a todos?

Desde fuera no se salva al mundo. Como el Verbo de Dios que se ha hecho hombre, hace falta hasta cierto punto hacerse una misma cosa con las formas de vida de aquellos a quienes se quiere llevar el mensaje de Cristo; hace falta compartir –sin que medie distancia de privilegios o diafragma de lenguaje incomprensible– las costumbres comunes, con tal que sean humanas y honestas, sobre todo las de los más pequeños, si queremos ser escuchados y comprendidos».

Bueno, pasaron años desde 1964, pero sigue resonando como un desafío fuerte la palabra de Pablo VI: «Hace falta – dice –, aun antes de hablar, *escuchar la voz, más aún, el corazón del hombre*, comprenderlo y respetarlo en la medida de lo posible y, donde lo merezca, secundarlo. Hace falta *hacerse hermanos de los hombres* en el mismo hecho con el que queremos ser sus pastores, padres y maestros. El clima del diálogo es la *amistad*. Más todavía, el *servicio*. Hemos de recordar todo esto y esforzarnos por practicarlo según el ejemplo y el precepto que Cristo nos dejó» (ES, 33).

Es el pensamiento que retoma Juan Pablo II en esos números preciosos de la *Redemptor hominis*: el n. 9, sobre la dimensión divina del misterio de la Redención, el n. 10, sobre la dimensión humana del misterio de la Redención; el n. 11 pone el misterio de Cristo en la base de la misión de la Iglesia y del Cristianismo. Dice el Papa:

«El Concilio Vaticano II ha llevado a cabo un trabajo inmenso para formar la conciencia plena y universal de la Iglesia, a la que se refería el Papa Pablo VI en su primera Encíclica. Tal conciencia –o más bien, autoconciencia de la Iglesia– se forma “en el diálogo”, el cual, *antes de hacerse coloquio, debe dirigir la propia atención al “otro”*, es decir, a aquél con el cual queremos hablar» (RH, 11).

Antes de ser coloquio, intercambio de ideas, emociones, sentimientos, palabras, este diálogo supone entonces, esa atención dirigida hacia otro, esa acogida existencial, ese hospedaje del otro dentro de mí. Antes de pensar en el coloquio, en el intercambio objetivo de cosas, está *la vinculación entre las personas*.

Cuando uno relee todos estos textos, tendría que repensar un poco: en nuestra forma personal de comprender la Revelación o de estudiar la Biblia o de estudiar la teología, ¿qué papel juega este aspecto de comunicación interpersonal? Y cuando queremos instaurar también nuestra relación de formador y formando, o en la pastoral, de pastor y rebaño (con todas las distancias que hay en esta analogía), ¿cómo es ese diálogo? ¿Nuestra forma de relacionarnos con los demás respeta las características de ese diálogo de salvación que Dios ha querido entablar con la humanidad? ¿En qué deberíamos cambiar o que aspectos deberíamos cultivar más de ese diálogo descrito por ES, DV o RH?

Este diálogo tiene una serie de características, descritas también por Pablo VI: «Hace falta que tengamos siempre presente esta inefable y dialogal relación, ofrecida e instaurada con nosotros por Dios Padre, mediante Cristo en el Espíritu Santo, para comprender qué relación debemos establecer nosotros –esto es, la Iglesia– tratar de establecer y promover con la humanidad» (ES, 29):

1. «El diálogo de la salvación fue *abierto espontáneamente por iniciativa divina*». ¿Es un diálogo? Sí. ¿De igual a igual? Sí, porque Dios quiere que sea de igual a igual, pero en realidad él tiene la absoluta primacía, la iniciativa radical. Él es quien inicia este diálogo. Se pone en marcha por iniciativa divina. «“Él nos ama primero” (1 Jn 4,10); nos corresponderá a nosotros tomar la iniciativa para extender a los hombres el mismo diálogo, sin esperar a ser llamados». He aquí la espontaneidad de la Iglesia y del pastor en el establecimiento de ese diálogo.

2. «El diálogo de la salvación *nació de la caridad*, de la bondad divina: De tal manera amó Dios al mundo que le dio su Hijo Unigénito (Jn 3,16) –su Palabra hecha carne–; no otra cosa que un ferviente y desinteresado amor deberá impulsar el nuestro.

3. El diálogo de la salvación *no se ajustó a los méritos* de aquellos a quienes fue dirigido, como tampoco por los resultados que conseguiría o que echaría de menos: No necesitan médico los que están sanos (Mc 2,17); también el nuestro ha de ser sin límites y sin cálculos». Esto se hace especialmente oportuno en tiempos de aridez como los nuestros.

4. «El diálogo de la salvación *no obligó* físicamente a nadie a acogerlo; fue un formidable requerimiento de amor, el cual si bien constituía una tremenda responsabilidad en aquellos a quienes se dirigió, les dejó, sin embargo, libres para acogerlo o rechazarlo, adaptando inclusive la cantidad y la fuerza probativa de los milagros a las exigencias y disposiciones espirituales de sus oyentes, para que les fuese fácil un asentimiento libre a la divina revelación sin perder, por otro lado, el mérito de tal asentimiento. Así nuestra misión, aunque es anuncio de verdad indiscutible y de salvación indispensable, no se presentará armada por coacción externa, sino tan sólo por los legítimos caminos de la educación humana, de la persuasión interior y de la conversación ordinaria, ofrecerá su don de salvación, quedando siempre respetada la libertad personal y civil» (ES, 29).

Así cuando la *Dei Verbum* habla de la respuesta del hombre a la Revelación, cuando habla de la fe, lo hace en estos mismos términos, subrayando la libertad personal: «Cuando Dios revela, el hombre tiene que someterse con la fe. Por la fe el hombre se entrega entera y libremente a Dios, le ofrece “el homenaje total de su entendimiento y de su voluntad”, asintiendo libremente a lo que Dios revela» (DV, 5).

5. «El diálogo de la salvación se hizo posible a todos; a todos se destina sin discriminación alguna; de igual modo el nuestro debe ser *potencialmente universal*, es decir, católico, y capaz de entablarlo con cada uno, a no ser que alguien lo rechace o insinceramente finja acogerlo.

6. El diálogo de la salvación ha procedido normalmente *por grados de desarrollo* sucesivo, ha conocido los humildes comienzos antes del pleno éxito; también el nuestro habrá de tener en cuenta la lentitud de la madurez psicológica e histórica y la espera de la hora en que Dios lo haga eficaz. No por ello nuestro diálogo diferirá para mañana lo que se pueda hacer hoy; debe tener el ansia de la hora oportuna y el sentido del valor del tiempo. Hoy, es decir, cada día, debe volver a empezar, y por parte nuestra antes que por parte de aquellos a quienes se dirige.» (ES, 29).

Un diálogo entonces lleno de ese contenido amoroso que ofrece amistad, que ofrece alianza. Este diálogo, en la Biblia se expresa mediante la terminología de la “alianza”. Esta relación mutua que puede adquirir distintas características: a veces se expresa en términos políticos o del derecho internacional; a veces en los términos de amistad; a veces en los términos de la alianza matrimonial. Podríamos rastrear a lo largo de toda la Biblia las distintas expresiones que se usan para esta relación de alianza.

1.2. La riqueza del lenguaje humano

Para describir adecuadamente el lenguaje humano sería bueno retomar lo que especialistas en lingüística dicen acerca de *las funciones del lenguaje* humano. La palabra tiene una función *objetiva*: la función de informar, transmitir contenidos. Es una función referencial y busca transmitir contenidos, informaciones objetivas. Pero esa no es la única función del lenguaje.

La palabra tiene también una función *subjativa*: expresar, sacar de dentro de uno realidades que necesitan encontrar cauce de expresión. Por ejemplo, uno no transmite información a nadie cuando canta bajo la ducha o cuando silba en la oscuridad o cuando uno grita, porque se le ha caído algo sobre los callos. En estos casos, no se trata de transmitir información a nadie sino de expresar lo que hay dentro. Así sucede con la expresión del dolor en la lamentación, la expresión de la alegría en el canto. Las palabras son allí el cauce de la interioridad; en ellas no cuenta tanto la información objetiva sino más bien la expresión la expresión de los sentimientos.

Pero la palabra es también el instrumento del que nos valemos para llegar al otro, para impactar en el otro. En ese caso, la palabra busca interpelar al otro, movilizar a la otra persona: es la función *intersubjetiva* del lenguaje. A veces no hace falta demasiado contenido informativo: un silbido, un grito o un chistido pueden bastar para que el otro deje de hacer lo que está haciendo y te preste atención. De esta manera, buscamos impactar en el corazón o en la mente del otro para provocar su reacción: una acción de parte de la otra persona.

Sin embargo, antes que eso todavía, la palabra tiene también la función de ponerme en contacto con el otro. Por ejemplo, una criaturita en el medio de la noche, dice “¡Mamá!”, y la madre desde su cuarto dice “¿Qué?”, y el chico contesta “Nada” y enseguida se duerme. No había allí ninguna información mediada por las palabras, ni había casi sentimientos comunicados. ¿Qué había? La necesidad de *experimentar la presencia* del otro. Y una vez que se experimenta la presencia, que se cierra el circuito de comunicación, y se tiene experiencia de que hay un canal abierto, ya está; es suficiente. Esto es lo que los especialistas llaman “función *fática* del lenguaje”. Es la palabra que busca ante todo establecer el circuito, abrir el canal, mantenerlo abierto, tener la experiencia de la presencia del otro. Me permite experimentar que puedo contar con el otro, que lo tengo a mi lado, que puedo comunicarme con él.

Volviendo a la Biblia para aplicarle estas consideraciones, tenemos que reconocer que si Dios ha asumido el lenguaje humano, lo ha asumido en toda su amplitud y con todas sus dimensiones: su función de información, de apelación, de autoexpresión y de contacto o presencia mutua.

Cuando uno se acerca al texto bíblico, no se acerca a él sólo para sacar ideas, para extraer contenidos nuevos. Cuando uno lee el Evangelio, no sólo busca aprender cosas acerca de Jesús; sino que en primer lugar y sobre todo, uno abre el Evangelio para entrar en contacto con Él, para experimentar su presencia. Después viene lo otro. Primero es abrir el canal; luego vendrá el conocer lo que Dios quiera decirnos a través del texto.

Nuestro contacto con la Escritura pasa, en primer lugar, por esta experiencia del que *Dios está allí, siempre disponible para comunicarse conmigo*, y de que yo estoy ahí disponible para escucharlo.

¿Qué consecuencias podríamos nosotros sacar de esto que acabamos de decir? Deberíamos aprender a valorar la Palabra de Dios no sólo en su función informativa, sino en toda la riqueza de dimensiones que tiene como palabra humana a través de la cual ha querido expresarse la Revelación.

En segundo lugar tendríamos que pensar que esta palabra requiere de nosotros, sobre todo, una actitud de escucha: esa apertura no sólo de la cabeza sino de toda la vida, esa disponibilidad, esa escucha obediente. La Palabra de Dios pide no sólo cabezas que entiendan, sino personas dispuestas a acoger, a obedecer.

El Papa y también *Aparecida* subrayan esta necesidad: la Biblia está hecha no sólo para ser leída, es decir, para ser investigada, escrutada, sino *para ser escuchada* y escuchada con la misma actitud de María, que escucha, acoge la palabra, la guarda en su corazón, y que se abre a esa voluntad: «He aquí la esclava del Señor, que se haga en mí según tu Palabra».

De ahí que una lectura sabrosa de la Escritura no busca sólo escrutar pensamientos, sino que se deja interpelar por ella y que confronta Palabra de Dios y vida. Es una lectura “sapiencial” de la Biblia. Y así se puede entender mejor el papel de los pastores y del Magisterio, al servicio de esa Palabra: para que esa Palabra siga resonando y se siga oyendo hoy, se siga escuchando en ella la voz del Espíritu.

Será también interesante aplicar todo esto que descubrimos sobre la Palabra de Dios, a nuestras formas de comunicarnos dentro y fuera del seminario. Uno debería poder repensar estrategias, pedagogías y estructuras formativas; revisarlas para ver si realmente se adaptan a lo que Dios haría con nosotros si Él organizara un seminario, si concuerdan con lo que Jesús haría si fuera rector, director espiritual u obispo.

1.2.1. La comunión, meta del diálogo salvífico

Es en el diálogo, entonces, donde yo empiezo a ser “yo” frente a ese “tú” que tengo delante. Es lo que decía Pablo VI en la encíclica *Ecclesiam Suam*, cuando nos hablaba de esa autoconciencia de la Iglesia que se adquiere y crece en el diálogo. Esto que es una realidad antropológica también vale para todo el planteamiento eclesiológico que hace el papa en su encíclica.

Hablamos entonces de una palabra con enormes riquezas, una palabra que es capaz de poner en contacto personas, de establecer un diálogo y una relación. La palabra es la que permite que dos personas intercambien entre sí contenidos, ideas, emociones, etc. Lo interesante es que en ese intercambio, algo que antes estaba dentro de mí, ahora por la palabra que yo le digo al otro, empieza a estar también en el otro. Y si el otro corresponde, él también empieza a comunicar las cosas que tiene dentro (sus ideas, emociones, proyectos, decisiones...), que ahora empiezan a estar en mí. De manera que, en virtud de ese diálogo, crece cada vez más esto que tenemos en común.

Esta comunicación que se establece mediante la palabra humana hace que crezca eso que tenemos en común “yo” y “tú”. Crece ese patrimonio común, ese acervo común. Comienza a surgir algo que ahora puede llamarse “lo nuestro”. “Lo nuestro” no es sólo ese patrimonio común, ese contenido común que compartimos vos y yo; “lo nuestro” es también esa misma relación: “lo que hay entre nosotros”. Quiere decir que ahora no sólo existen un yo y un tú, sino también una

realidad nueva que es el “nosotros”. Y ese “nosotros” no existía antes de que estas dos personas entraran en relación; se trata de *una realidad nueva creada por el diálogo*.

La palabra entonces tiene la virtualidad de crear relación, tiene el poder de crear cosas nuevas. No sólo *dice* cosas sino que *produce* cosas, a nivel humano, en el plano de la relación humana. Esto quiere decir que la comunicación –si es comunicación verdadera, sana, rica– *hace crecer la comunión*. Las personas que se encuentran y entablan un diálogo crecen en comunión.

Es interesante que el Concilio haya querido asumir estas categorías para hablarnos de la Revelación. Lo dice el texto: hablar de persona, hablar de diálogo y hablar de comunión. En consecuencia, «por esta Revelación, Dios invisible habla a los hombres como amigos, movido por su gran amor, y mora con ellos. Para invitarlos a la comunicación consigo y recibirlos en su compañía». Yo les subrayaría: “como amigos”, “mora con ellos”, “comunicación consigo”, “compañía”... términos que hablan de esta comunión.

DV, 21 lo desarrolla todavía más en el segundo párrafo: «En los Sagrados Libros el Padre que está en los cielos *sale amorosamente al encuentro* de sus hijos y *habla con ellos*». Esta traducción vieja va más allá del o es el simple frío “se dirige a...”; “sale amorosamente al encuentro de...” produce una interesante intertextualidad con la parábola del hijo pródigo.

1.2.2. La eficacia sacramental de la Palabra de Dios

La constitución dice además: «es tanta la *eficacia* que radica en la palabra de Dios, que es, en verdad, apoyo y vigor de la Iglesia, y fortaleza de la fe para sus hijos, alimento del alma, fuente pura y perenne de la vida espiritual. Muy apropiado se aplican a las Sagradas Escrituras estas palabras: “Pues la palabra de Dios, es viva y eficaz”, “que puede edificar y dar la herencia a todos los que han sido santificados» (DV, 21). Esta “eficacia”, habla de la virtualidad creativa de la palabra humana que, asumida aquí por el propio Verbo de Dios, queda potenciada a un nivel increíble.

Fijense como la *Dei Verbum* no habla sólo de la Biblia: el título del documento es “Constitución dogmática sobre la *Divina Revelación*”. En el Sínodo último se ha puesto sobre el tapete esta distinción entre Revelación, Palabra de Dios y Biblia. No se identifican sin más en la historia del diálogo salvífico. La Palabra de Dios por antonomasia es el Verbo de Dios hecho carne, Jesucristo; la Biblia es, sin embargo, el testimonio privilegiado de este diálogo.

[La consideración de la Palabra de Dios como realidad analógica está muy bien expuesta ya en C. M. MARTINI, “Il libro sacro nell’ambito de la Parola di Dio”, en AA.VV., *Incontro con la Bibbia*. Leggere, pregare, annunciare (LAS, Roma 1978) 43-47]

En las reflexiones del Sínodo, ha salido también una categoría muy apropiada para hablar de la Palabra de Dios, recuperada de un uso antiguo en la tradición, la categoría de la sacramentalidad: *la Palabra de Dios como sacramento*. Es verdad que después de Trento, tenemos la idea de que sólo existen siete sacramentos, y solemos restringir el uso del término “sacramento” específicamente a estas realidades sacramentales. Pero el mismo *Catecismo*, en el nº 774, explica la relación que existe entre *sacramentum* y *mysterium*, y cómo se usaban estos términos en la antigüedad. En virtud de este uso, el Concilio los aplica nuevamente a Jesucristo y a la Iglesia.

Retomando ideas de san Agustín, se puede hablar del sacramento como de una “palabra visible” y de la Palabra como de un “sacramento audible”. La Palabra de Dios en la Biblia es un “sacramento que se oye”, y los sacramentos en la celebración cristiana son “palabras que se ven”. Al comenzar su exposición sobre la Iglesia, el *Catecismo católico para adultos* de la Conferencia Episcopal Alemana, usa esa misma categoría (Parte III, Cap. 2).

Para profundizar en este tema, puede ser útil el artículo que ha publicado Salvador Pié-Ninot sobre la Palabra de Dios y la Iglesia en *Gregorianum* del 2008, y también las meditaciones que tuvo R. Cantalamessa, ante la curia romana, el año pasado durante los viernes de la Cuaresma. Éstas tuvieron como tema la Palabra de Dios, pensando justamente en el Sínodo que se acercaba.

Dice la *Dei Verbum* que «la Iglesia ha venerado siempre las Sagradas Escrituras al igual que el mismo Cuerpo del Señor» (DV, 21), equiparando el culto al Cuerpo eucarístico de Cristo y a la Sagrada Escritura. Quizás hemos empezado a mejorar un poco en esta veneración y este culto, incluso en los signos de la celebración; pero todavía nos falta mucho camino en la expresión externa de nuestro culto a la Palabra de Dios y sobre todo a esa presencia cuasi-sacramental de la Palabra en la Escritura.

«No dejando de tomar de la mesa y de distribuir a los fieles el pan de vida, tanto de la Palabra de Dios como del Cuerpo de Cristo, sobre todo en la Sagrada Liturgia» (DV, 21). La liturgia –sobre todo la liturgia eucarística– es presentada como el espacio, el lugar propio de la Palabra de Dios, donde ésta se actualiza con su mayor plenitud, donde resuena en todo su esplendor.

«Siempre las ha considerado –a las Sagradas Escrituras– y las considera, juntamente con la Sagrada Tradición, como la regla suprema de su fe, puesto que, inspiradas por Dios y escritas de una vez para siempre, comunican inmutablemente la Palabra del mismo Dios, y hacen resonar la voz del Espíritu Santo en las palabras de los Profetas y de los Apóstoles» (DV, 21). La Palabra del mismo Dios, la voz del Espíritu Santo. Esta dimensión que decíamos “sacramental” de esta Palabra de Dios en la Biblia.

1.3. La Sagrada Escritura, lugar de encuentro con Jesucristo

El *Documento de Aparecida* se refiere a la Palabra de Dios en la Biblia, otra vez, con la categoría del encuentro. En el capítulo 6 empieza con un título general: “El itinerario formativo de los discípulos misioneros - Una espiritualidad trinitaria del encuentro con Jesucristo”. Allí se retoman las categorías de la *Dei Verbum*. Y a partir del número 246, se habla de los “lugares de encuentro con Jesucristo”.

En el 247 empieza ya directamente diciendo: «*Encontramos a Jesús en la Sagrada Escritura*, leída en la Iglesia. La Sagrada Escritura, “Palabra de Dios escrita por inspiración del Espíritu Santo”, es –con la Tradición– fuente de vida para la Iglesia y alma de su acción evangelizadora. Desconocer la Escritura es desconocer a Jesucristo y renunciar a anunciarlo».

Y enseguida cita la palabra del Papa: «Al iniciar la nueva etapa que la Iglesia misionera de América Latina y El Caribe se dispone a emprender, a partir de esta V Conferencia General en Aparecida, es condición indispensable *el conocimiento profundo y vivencial de la Palabra de Dios*. Por esto, hay que educar al pueblo en la lectura y la meditación de la Palabra: que ella se convierta en su alimento para que por propia experiencia, vea que las Palabras de Jesús son espíritu y vida (cf. Jn 6, 63). De lo contrario, ¿cómo van a anunciar un mensaje cuyo contenido y espíritu no conocen a fondo? Hemos de fundamentar nuestro compromiso misionero y toda nuestra vida en la roca de la Palabra de Dios» (DA, 247).

La palabra de Dios escrita en la Biblia, la Sagrada Escritura es presentada como *lugar de encuentro con Jesucristo*. En consecuencia, se dice en el n. 248: «Se hace, pues, necesario proponer a los fieles la Palabra de Dios como *don del Padre* para el encuentro con Jesucristo vivo, camino “de auténtica conversión y de renovada comunión y de solidaridad”. Esta propuesta será mediación de encuentro con el Señor si se presenta la Palabra revelada, contenida en la Escritura, como fuente de evangelización. Los discípulos de Jesús anhelan nutrirse con el Pan de la Palabra: quieren acceder a la interpretación adecuada de los textos bíblicos, a emplearlos como mediación de diálogo con Jesucristo, y a que sean alma

de la propia evangelización y del anuncio de Jesús a todos. Por esto, la importancia de una “pastoral bíblica”, entendida como animación bíblica de la pastoral, que sea escuela de interpretación o conocimiento de la Palabra, de comunión con Jesús u oración con la Palabra, y de evangelización inculturada o de proclamación de la Palabra. Esto exige por parte de los obispos, presbíteros, diáconos y ministros laicos de la Palabra un acercamiento a la Sagrada Escritura que no sea sólo intelectual e instrumental, sino con un corazón “hambriento de oír la Palabra del Señor” (Am 8,11)».

La *Dei Verbum* nos ayuda a entender cuál es el objeto o el *contenido* de esta Revelación. No se trata de cosas, verdades descolgadas y abstractas, sino del mismo misterio de Dios, del mismo Dios que se nos revela. O sea que quien nos sale al encuentro en primer lugar en la Biblia es el mismo Señor.

El *modo* elegido por Dios para llegar a nosotros es ya revelador de su intención y de su amor. Ese modo condescendiente, elegido por Él, por medio de hombres y en lenguaje humano.

Pero, ¿cuál es la *meta* de esta revelación? ¿Cuál es su intención? ¿Qué quiere Dios con esta revelación? Lo que quiere Dios es nuestra *comunión* con él. Por eso, Dios revelándose salva. De manera que la salvación es así entendida, no como la comunicación de una cosa o como la donación de algo, sino como la apertura del corazón de Dios para acogernos, como comunión: la salvación es la comunión, la gracia es comunión con/en el Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. Que Dios quiera salvarnos quiere decir que quiere hacernos “consortes de su naturaleza”, según dice el texto de manera tan expresiva (cf. DV, 2). Esa es entonces la meta de esta historia de la salvación, de este largo diálogo –como dice Pablo VI– de Dios con los hombres.

Les he pasado el texto de la alocución de Mons. Raymundo Damasceno Assis, con lo que constituye un poco el *desiderátum* de los Obispos de Latinoamérica, en lo que hace a la incidencia de la Palabra de Dios en la formación de los sacerdotes y especialmente en lo que hace a su preparación para la pastoral. Se habla de “la animación bíblica de la pastoral”. Desde el “apostolado bíblico” y el “movimiento bíblico”, tan importantes antes del Concilio, se pasó a la “pastoral bíblica”, después del Concilio; pero hoy se habla más bien de una *animación* bíblica de *toda* la pastoral. A ver si podemos nosotros beneficiarnos del trabajo que han hecho, por ejemplo, en Chile o en Méjico.

Vemos cómo se van abriendo varios caminos interesantes. Por un lado, está el tema de la Palabra de Dios en la formación de cada uno de *nosotros* y en la formación de los candidatos al ministerio, es decir en orden al discipulado –de eso hablaremos hoy si Dios quiere en alguno de los bloques de trabajo. Por otro lado, está también todo lo que hace a la comunicación de esta Palabra de Dios a *los demás*. Intentaremos ver algo también de las cuestiones sobre la homilía. Les he traído también un subsidio que supo elaborar el Dpto. de Liturgia del CELAM hace años. Se volvió a editar y está también digitalizado.

Les han entregado también una copia de las preguntas que figuran en los *Lineamenta* del Sínodo 2008: es interesante leerlo, porque las preguntas reflejan los intereses de la Secretaría del Sínodo –lo que le interesaba saber– y porque son una posible guía para revisar nuestra pastoral bíblica o nuestro aprovechamiento de la Biblia en la pastoral: “¿Qué recepción ha tenido la *Dei Verbum* en nuestra Iglesia?”.

Pero el cuestionario tiene también una aplicación interesante para revisar nuestro trabajo formativo. En el capítulo segundo, “*La Palabra de Dios en la vida de la Iglesia*”, se pregunta por el lugar que tiene la Palabra de Dios en la formación del pueblo de Dios, en la liturgia, en la oración, en la evangelización, en la catequesis, en la exégesis, en la

teología, en la vida del creyente, etc. Después el tercero es la Palabra de Dios en la misión de la Iglesia: *Anunciar hoy la palabra de Dios*. Después en algún momento en el trabajo grupal, al comienzo de la tarde, podemos retomar el cuestionario general.

3ª Conferencia

Martes 03 de febrero de 2009, 10.30–12.00

I.3.1. La revelación: relación de amor y de amistad

En la reflexión anterior, hemos leído el texto de la *Dei Verbum* con la intención de subrayar el lenguaje que adopta este documento para hablar de la Revelación: el lenguaje de las relaciones interpersonales, el lenguaje del diálogo. DV 2 cita diversos textos de la Sagrada Escritura. Me gustaría recoger ahora algunos de ellos, para que nos ayuden a captar mejor la intención de estos párrafos tan ricos.

El texto alude sobre todo a Jn 15,14-15: “Ya no los llamo siervos porque el siervo ignora lo que hace su señor, a ustedes *los llamo amigos* porque todo lo que he aprendido de mi Padre se los he dado a conocer”.

Éx 33,11-17 también ilustra esta relación: “El Señor conversaba con Moisés cara a cara *como lo hace un hombre con su amigo*. Después Moisés regresaba al campamento, pero Josué, hijo de Nun, su joven ayudante no se apartaba del interior de la carpa. Moisés dijo al Señor: «Tú me ordenas que guíe a este Pueblo, pero no me has indicado a quien enviarás conmigo a pesar de que me dijiste “Yo te conozco por tu nombre y te he brindado mi amistad”». Si *me has brindado tu amistad* dame a conocer tus caminos, y yo te conoceré: así me habrás brindado realmente tu amistad. Ten presente que esta nación es tu pueblo». El Señor respondió «Yo mismo iré contigo y te daré descanso». Moisés agregó «Si no vienes personalmente, no nos hagas partir de aquí. ¿Cómo se podrá conocer que yo y tu pueblo *gozamos de tu amistad*, si no vienes con nosotros? Así yo y tu pueblo nos distinguiremos de todos los otros pueblos que hay sobre la tierra». El Señor respondió a Moisés: «También haré lo que me acabas de pedir, porque te he brindado mi amistad y te conozco por tu nombre».

Se trata del texto que se encuentra inmediatamente después del relato del pecado de la idolatría de Ex. 32, que señala la ruptura de esa Alianza. El pueblo se había revelado contra Dios y había hecho una estatua suya, a pesar de las prohibiciones: una estatua, es decir, *un dios manejable*, un dios al servicio de los proyectos del pueblo. Un dios que se podía llevar en andas donde uno quisiera, que se podía tocar, se podía manipular, se podía ver, se podía encerrar en un templo. Dios se enoja entonces con el pueblo, pero Moisés intercede por él. Entonces se entabla este diálogo entre Dios y Moisés, que muestra una enorme cercanía entre *dos personas que se quieren*. Moisés negocia con Dios, porque tiene con Él una relación de amor muy profunda, por eso subraya las características proféticas de Moisés.

Sería interesante leer y meditar todo este capítulo porque allí se revela Dios y dice “ya veo que este es un pueblo obstinado. Por eso déjame obrar, mi ira arderá contra ellos y los exterminaré. De ti en cambio suscitaré una gran nación”. (Ex 32,10). Lo interesante es que Moisés no acepta esa propuesta tentadora de Dios sino que intercede por su pueblo. Pero en ese momento, después del pecado del becerro de oro, inmediatamente Dios le dice a Moisés: “*Tu pueblo se ha pervertido*”. Cuando Moisés le contesta, cambia las cosas diciéndole “*es tu pueblo*, el que me has dado, el que *tú* has sacado de Egipto”. Da la impresión de que fueran marido y mujer peleando cuando el hijo de ambos se ha portado mal. Cuando el changuito se ha portado bien dicen: “Ése es *mi* hijo: se ha sacado un diez”; en cambio si se porta mal: “*Andá y decíle algo a tu hijo*, porque le han puesto una amonestación”.

La relación entre Moisés y Dios con respecto a su pueblo es preciosa. El modo en que se establece esta relación deberíamos hacerlo objeto de meditación, pensando en nuestra *oración pastoral*: “Me has encomendado este pueblo, me has ordenado que lo guíe –le dice Moisés– pero no me has indicado quién vendrá conmigo... Si no venís Vos personalmente, de aquí no nos movemos”. Moisés moviliza la actuación de Dios con varios argumentos: “¿*Qué va a decir la gente* si este pueblo se muere en el desierto? Van a pensar lo había sacado de ahí que con mala intención. “¿*Qué van a*

decir *de Vos*? Van a hablar mal *de Vos*, vas a quedar como la mona”. Esta manera de dialogar tiene que ver con esta relación de amor, de cariño, de amistad, en la que se puede dar todo el “tire y afloje” de *la relación personal*.

Hasta aquí, estos textos hermosos para entender la razón de este lenguaje adoptado por la *Dei Verbum*.

1.3.2. La oración como actualización de este diálogo

Les quería proponer ahora un rato de oración. Tienen ustedes allí el salmo 139, un salmo largo. Es un salmo de acción de gracias o de la confianza que implica esa experiencia de la omnipresencia de Dios y vamos a tomar un momentito para rezarlo.

En la Liturgia de las Horas no lo tomamos entero. La parte imprecatoria (v.19) no aparece en el texto: “Ojala, Dios mío, hicieras morir a los malvados y se apartaran de mi los hombres sanguinarios”. El p. Alonso solía criticar esta opción de los liturgistas de extirpar de la Palabra estos versículos *piis auribus offensivi*, como si fueran indignos de nuestra oración; cuando en realidad expresan también –y muy bien– los sentimientos que de hecho anidan en nuestro corazón. Criticaba que se hicieran estas versiones *ad usum delphini* de los salmos, que no son ya los del texto bíblico como tal. Aquí nosotros lo propondremos completo.

SALMO 139

¹ Del maestro de coro. De David. Salmo.

Señor, tú me sondeas y me conoces

² tú sabes si me siento o me levanto;

de lejos percibes lo que pienso,

³ te das cuenta si camino o si descanso,

y todos mis pasos te son familiares.

⁴ Antes que la palabra esté en mi lengua,

tú, Señor, la conoces plenamente;

⁵ me rodeas por detrás y por delante

y tienes puesta tu mano sobre mí;

⁶ una ciencia tan admirable me sobrepasa:

es tan alta que no puedo alcanzarla.

⁷ ¿A dónde iré para estar lejos de tu espíritu?

¿A dónde huiré de tu presencia?

⁸ Si subo al cielo, allí estás tú;

si me tiendo en el Abismo, estás presente.

⁹ Si tomara las alas de la aurora

y fuera a habitar en los confines del mar,

¹⁰ también allí me llevaría tu mano

y me sostendría tu derecha.

¹¹ Si dijera: «¡Que me cubran las tinieblas

y la luz sea como la noche a mi alrededor!»,

¹² las tinieblas no serían oscuras para ti

y la noche será clara como el día.

¹³ Tú creaste mis entrañas,

me plasmaste en el seno de mi madre:

¹⁴ te doy gracias porque fui formado

de manera tan admirable.

¡Qué maravillosas son tus obras!

Tú conocías hasta el fondo de mi alma
¹⁵ *y nada de mi ser se te ocultaba,*
cuando yo era formado en lo secreto,
cuando era tejido en lo profundo de la tierra.
¹⁶ *Tus ojos ya veían mis acciones,*
todas ellas estaban en tu Libro;
mis días estaban escritos y señalados,
antes que uno solo de ellos existiera.
¹⁷ *¡Qué difíciles son para mí tus designios!*
¡Y qué inmenso, Dios mío, es el conjunto de ellos!
¹⁸ *Si me pongo a contarlos,*
son más que la arena;
y si terminara de hacerlo,
aún entonces seguiría a tu lado.
¹⁹ *¡Ojalá, Dios mío, hicieras morir a los malvados*
y se apartaran de mí los hombres sanguinarios,
²⁰ *esos que hablan de ti con perfidia*
y en vano se rebelan contra ti!
²¹ *¿Acaso yo no odio a los que te odian*
y aborrezco a los que te desprecian?
²² *Yo los detesto implacablemente,*
y son para mí verdaderos enemigos.
²³ *Sondéame, Dios mío, y penetra mi interior;*
examíname y conoce los que pienso;
²⁴ *observa si estoy en un camino falso*
y llévame por el camino eterno.

(1) Yo los invito a que aprovechemos este ratito, leamos varias veces el salmo con calma y le pidamos al Señor que nos ayude a rezar con él.

(2) Podemos volver a escuchar el texto del salmo y responder después de cada estrofa, con la antífona. Podemos hacerlo cantado: “Tú conoces Señor mi corazón, Tú conoces el fondo de mi alma”.

(3) En este momento podríamos expresarle al Señor, también nuestra oración – súplica, agradecimiento, alabanza– con alguna de las frases de este salmo que más eco haya encontrado en nuestro corazón, en nuestra vida.

Ecos: “te doy gracias porque fui formado de manera tan admirable”... “Dios mío”... “observa si estoy en un camino falso y llévame por el camino eterno”... “Sondéame, Dios mío, y penetra mi interior”... “todos mis pasos te son familiares”...

(4) Oración conclusiva: “Gracias Señor por hacernos experimentar aquí tu presencia siempre cercana. A pesar de que intentemos huir de tu mirada, ¡Oh, Señor! Siempre nos salís al encuentro, nos esperas en el camino, no dejas que nos perdamos. Gracias porque tú presencia soberana, porque tu ciencia sublime, no nos aplasta, no nos hace sentir su peso. Porque esa presencia tuya se nos ha hecho cercana, simple, humilde, débil, sencilla. Porque has querido conocernos desde dentro, haciendo nuestra misma experiencia caminando nuestros caminos, conociéndonos desde dentro. Gracias, Señor, porque te has hecho hombre como nosotros. Porque has querido compartir nuestra vida. Porque conoces por experiencia propia nuestras alegrías y nuestras penas. Porque no hay espacio en nuestra vida, no hay tiempo en nuestro día, no hay experiencia en nuestra existencia que haya quedado vacía de tu presencia, ni la tiniebla es oscura para Vos. La noche del dolor y de la cruz se hacen claras como el día, porque vos estás dentro, Señor. Porque nunca estamos solos.

Gracias porque te has hecho cercano, porque te has metido dentro de nuestra vida. Porque también vos has sido tejido en las entrañas de una madre y has querido caminar nuestros caminos”. Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo...

(5) Ahora, podríamos hacer el esfuerzo de recoger lo que hemos vivido en este ratito corto de oración, y sacar a la luz lo que hemos sentido. Si hemos logrado identificar *alguna emoción, sentimiento, moción interior*. A cada uno, por supuesto, lo moviliza de manera diferente, la caja de resonancia es distinta de la misma palabra escuchada. Pero lo que hemos sentido, ¿podríamos expresarlo en alguna palabra? ¿Qué hemos sentido rezando el salmo? No qué pensamos, sino lo que sentimos. Respuestas: “descanso, confianza, seguridad, cobijamiento, renovación, paz, la experiencia de ser conocido por Dios, la sensación de ser conocido, alegría, cercanía, libertad, paternidad tierna, ternura...”

(6) Y podríamos decir *qué hemos aprendido* o qué hemos redescubierto, rezando el salmo. Aquí se trata de ideas, de pensamientos, o de algún principio o criterio, de algo que hemos aprendido en este ratito o que hemos redescubierto de alguna manera:

Respuestas: “la presencia cercana de Dios, que se redescubre, un Dios que está presente; la fidelidad de Dios, esa presencia fiel, fuerte; la grandeza de Dios; una Palabra llena de sentido; gustar la Palabra de Dios, el sentido de gustar como dice san Ignacio; el descubrimiento de un Dios formador, alfarero y tejedor, que está con sus dedos tocando, dando forma, un Dios que tiene que ver con nuestra vida; que lo conozca, te conozca y te juzgue, la decisión de fe de entregarse; un Dios que se hace presente en la oscuridad y en la tiniebla, que transforma la tiniebla en luz precisamente por su presencia”.

Si relacionamos este rato de oración con lo que hemos estado reflexionando antes (el diálogo, el Dios que habla...), ¿qué hemos podido comprobar o redescubrir? Que hay un canal abierto, una conexión llevada por Él, sólo basta que nosotros lo usemos. Es una experiencia interesante.

Yo creo que cuando uno se dispone y se pone frente a la Palabra, comprueba que *Dios sigue hablando*. Eso que dice la *Dei Verbum* es verdad: Dios sigue hablando, sigue queriendo hablar con vos, quiere seguir dialogando con vos. Basta que uno quiera ponerse en su sintonía.

(7) Y si nos preguntáramos a partir de este sencillo ejercicio, que uno puede hacer a cada rato, *¿en que debería cambiar* mi vida de creyente y mi ministerio para responder mejor a esto que he redescubierto? Eso que cada uno se lo pregunte. Simplemente a partir de este momentito de compartir la Palabra de Dios.

III. La formación para el discipulado

La PdD define el marco general de la formación de los (futuros) pastores

A partir de este momento de oración, y en esta última parte de la mañana, querría retomar aquello que hemos reflexionado a propósito de la *Dei Verbum*, para pensar en una aplicación para nuestra tarea formativa y autoformativa. Nosotros seguimos formándonos como cristianos, como curas y como formadores. En sus *Directrices para la formación de los sacerdotes*, los obispos brasileños indican que los seminaristas deberían aprender en el seminario la práctica de la formación permanente. El seminario no es entonces “el tiempo de la formación”, sino más bien “el tiempo en el que uno aprende a formarse”; porque la formación dura toda la vida.

Nosotros podríamos hoy recoger el desafío que nos presentan los documentos a los que hemos hecho referencia ayer y hoy, y captar cómo la Palabra de Dios define el marco general de la formación de los futuros pastores. Yo lo pondría como en tres frases: 1) la formación a la que nos referimos es una formación *para el discipulado*; 2) seremos siempre *discípulos del Señor*; 3) el apóstol sigue siendo *siempre un discípulo*. En el primero subrayamos formación *para el discipulado*; en el segundo, *discípulos del Señor*; y en el tercero, *siempre discípulos del Señor*.

I.4. Ser discípulo

Cuando decíamos que la formación de los pastores es formación para el discipulado, decíamos que es, en primer lugar, una *formación para la escucha*. A veces nos esmeramos mucho en enseñar lo que hay que decir, lo que hay que saber, lo que hay que transmitir, lo que hay que hacer y cómo hay que hacerlo. Pero el tiempo de seminario, el tiempo de la formación, debería ser un aprendizaje de la escucha: el discípulo es alguien que fundamentalmente escucha. Y si lo que queremos es formar en el discipulado, lo que tenemos que hacer es abrir, ensanchar, el corazón del candidato para que aprenda a escuchar.

¿Recuerdan la escena famosa después de esa *incubatio sacra*, de ese sueño que tiene Salomón en el templo pidiéndole algo a Dios? Dios le dice: “Te voy a conceder todo lo que me pidas”. Y Salomón pide *un corazón para escuchar*. Por eso, Dios le dice: “¡Mira qué bien! En vez de pedir riquezas, mujeres, éxito, la victoria sobre tus enemigos, la muerte de tus adversarios, me has pedido esa sabiduría para escuchar, esa capacidad de escuchar. Por eso, te voy a dar lo que me has pedido y además todo lo que no me has pedido, por añadidura”.

Formación para la escucha significará igualmente formación *para la respuesta* –la respuesta generosa del discípulo–, para el seguimiento, para la comunión, para la misión.

A partir de la propuesta que hace *Aparecida* en el c.6, entendemos que la formación para el discipulado implica en primer lugar *un llamado a la interioridad*.

En la formación tenemos varios enemigos: la superficialidad, la artificialidad y la formalidad. Uno puede pasar por el seminario “sin mojarse”, viviendo una vida artificial; se corre el riesgo de adoptar simplemente modos formales, recibiendo una formación superficial, un barniz, una “blanqueada”. Ser discípulo, en cambio, implica un desafío a vivir desde la interioridad. Y la formación para el discipulado es formación para esa interioridad de vida: una vida de relación con el Señor.

Por lo tanto, esa formación requiere una referencia permanente a la *experiencia fundante* de nuestra vida cristiana. Llamamos experiencia fundante, a aquella experiencia que funda toda esa relación nuestra con el Señor, funda la identidad nueva que adquirimos a partir de esa relación, de esa vocación, y funda después el envío, la misión. Yo creo que son tiempos estos en los que hemos redescubierto la importancia de volver a la experiencia fundante.

Si quisiéramos resumir de alguna manera la historia de la espiritualidad en las últimas décadas, podríamos decir quizás que en los años sesenta o setenta toda esta ebullición de la vida cristiana, sobre todo aquí en Latinoamérica o en Argentina, ha estado marcada por la *experiencia misional*, por ese sentirnos desafiados y enviados a una realidad que nos urgía. Posteriormente, los años ochenta o noventa, han estado más marcados por la *experiencia comunional*, la experiencia de la relación, las comunidades, los grupos. Y hoy, hay como un llamado a volver a la experiencia fundante, es decir, desde la hondura del encuentro con el Señor que funda, en el resto de la existencia. El discurso inaugural del papa nos vuelve a ilustrar el tema: “Hay que educar al pueblo en la lectura y meditación de la palabra de Dios: que ella se convierta en su alimento para que, *por propia experiencia*, vean que las palabras de Jesús son espíritu y vida (cf. Jn 6, 63)” (BENITO XVI, “Discurso Inaugural de la Conferencia de Aparecida”, 13-05-07). La experiencia fundante es la experiencia de *un encuentro que te transforma*, que te cambia.

I.5. Discípulos del Señor

Discípulos del Señor. ¿Y de quién si no? ¡Discípulos del Señor! Pero en la realidad esto no es tan evidente. A veces nos hacemos discípulos de tal espiritualidad, de tal cura, de tal persona, de tal figura o de tal santo incluso. Aquí se trata de la referencia al único fundamento, a Jesús: discípulos *del Señor*. Y si hablamos de brindar una formación para ser discípulos del Señor, se plantea una necesidad esencial: la necesaria renovación de la relación interpersonal con Él; es decir, al otro hay que referirlo siempre de nuevo al Señor.

Otra vez citamos la palabra del Papa: en *Deus Caritas Est*, al comienzo de su encíclica, afirma: “Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él” (1Jn 4,16). Estas palabras de la primera carta de Juan expresan con claridad meridiana el corazón de la fe cristiana: la imagen cristiana de Dios y también la consiguiente

imagen del hombre y de su camino. Además, en este mismo versículo, Juan nos ofrece, por así decir, una *formulación sintética de la existencia cristiana*: “Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él” (DCE, 1).

Entonces, aquí estaría la raíz de la existencia cristiana. “Nosotros”, ¿quiénes somos? Nosotros somos los que “hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él” (1Jn 4, 16).

«Hemos creído en el amor de Dios: así puede expresar el cristiano *la opción fundamental* de su vida». He decidido creer en el amor que he descubierto, que he experimentado en mi vida. Ven cómo el lenguaje vuelve a ser el de la *Dei Verbum*, vuelve a ser ese lenguaje comprometido.

«No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por *el encuentro* con un acontecimiento, con una Persona, *que da un nuevo horizonte a la vida* y, con ello, una orientación decisiva... Y puesto que es Dios quien nos ha amado primero, ahora el amor ya no es sólo un “mandamiento”, sino *la respuesta al don* del amor con el cual viene a nuestro encuentro» (DCE, 1).

«Esto es justamente —dice *Aparecida*— lo que, con presentaciones diferentes, nos han conservado todos los evangelios como el inicio del cristianismo: un encuentro de fe con la persona de Jesús (cf. Jn 1, 35-39)» (DA, 243).

Presentando los diversos lugares del encuentro con Jesucristo, y después de hablar de la *lectio divina*— los obispos dicen en el n.249: «Esta lectura orante, bien practicada, conduce al encuentro con Jesús-Maestro, al conocimiento del misterio de Jesús-Mesías, a la comunión con Jesús-Hijo de Dios, y al testimonio de Jesús-Señor del universo. Con sus cuatro momentos (lectura, meditación, oración, contemplación) —aquí ha simplificado el itinerario de la lectio—, la lectura orante favorece el *encuentro personal con Jesucristo* al modo de tantos personajes del evangelio» (DA, 249).

Es interesante recordarlo: si uno relee los evangelios con esta clave, se da cuenta que esa salvación se produce mediante el encuentro, en el encuentro con Jesucristo. «Nicodemo y su ansia de vida eterna (cf. Jn 3,1-21), la Samaritana y su anhelo de culto verdadero (cf. Jn 4,1-42), el ciego de nacimiento y su deseo de luz interior (cf. Jn 9), Zaqueo y sus ganas de ser diferente (cf. Lc 19,1-10)... Todos ellos, gracias a este encuentro, fueron iluminados y recreados porque se abrieron a la experiencia de la misericordia del Padre que se ofrece por su Palabra de verdad y de vida. No abrieron su corazón a algo del Mesías, sino al mismo Mesías, camino de crecimiento en la “madurez conforme a su plenitud” (Ef 4,13), proceso de discipulado, de comunión con los hermanos y de compromiso con la sociedad» (DA, 249).

I.6. Siempre discípulos del Señor

El apóstol sigue siendo *siempre* un discípulo. Es decir, no se trata de primero ser discípulo y después ser misionero o apóstol. El apóstol sigue siendo discípulo del Señor toda la vida. La Iglesia es maestra, pero sólo en la medida en que es discípula. Y nosotros, igual.

Hay un texto del Apocalipsis que siempre me llamó la atención. Apocalipsis 7,17 trae una imagen que a veces la pasamos por alto muy alegremente. Leemos desde el v.13. «Uno de los ancianos tomó la palabra y me preguntó: “¿Estos son los que están vestidos de blanco? ¿Quiénes son? ¿De dónde han venido?”. Y yo le respondí: “Tú eres quien lo sabes, Señor”. Y él me dijo: “Estos son los que vienen de la gran persecución; los que han lavado y blanqueado sus túnicas en la sangre del Cordero. Por eso están ante el trono de Dios y le rinden culto día y noche en su Templo. Y el que está sentado en el trono habitará con ellos: ya nunca tendrán hambre ni sed, ni calor ni caerá sobre ellos el calor agobiante del sol. Porque *el Cordero* que está en medio del trono *los pastoreará* y los conducirá a fuentes de aguas vivas. Y Dios enjugará las lágrimas de sus ojos”» (Ap 7, 13-17).

La expresión fuerte es esta: “El Cordero será su Pastor” ¿Cómo puede ser? ¿es pastor o es cordero? Los corderos son pastoreados, ¿no? Las dos imágenes chocan en la cabeza cuando uno lee este texto.

“El Cordero será su Pastor”. Una vez, el p. Arsenio Barrionuevo hizo una reflexión preciosa sobre este texto en un encuentro de formadores. “Andábamos como ovejas sin pastor...” y el Hijo de Dios *quiso ser nuestro pastor*: guiarnos, alimentarnos, protegernos, abrevarnos, defendernos, curarnos, enseñarnos el camino del regreso al Padre. El Hijo de Dios quiso ser nuestro pastor, y *por eso se hizo cordero*. Se hizo cordero: cordero perdido y encontrado, cordero buscado y

encontrado; cordero deambulando y balando en el monte de los olivos mientras era perseguido, cordero conducido mudo al matadero sin resistir; cordero entregado, herido, traspasado, la imagen de Juan. Es interesante: porque quiere ser pastor, se hace cordero. Sabe ser pastor porque revive en cada paso, sus pasos de cordero. Se hizo en todo semejante a los hombres, se hizo uno de nosotros. Sabe ser pastor, porque aunque era hijo, aprendió sufriendo a obedecer (Hb 5, 10).

¿Qué clase de pastor será aquel que no ha hecho nunca la experiencia de cordero o el que se ha olvidado de sus orígenes de cordero? Solo el que es verdadero Cordero sabe ser Buen Pastor; la invitación de Flp 2,5: «Tengan entre ustedes los mismos sentimientos que Cristo Jesús. Él, que era de condición divina, se anonadó a sí mismo tomando la condición de esclavo y así pasando como uno de tantos, como uno cualquiera». Sólo siendo verdadero Cordero, sabe ser buen Pastor.

Los años de seminario no se deberían centrar tanto entonces en el oficio de pastor de mañana, cuanto más en la experiencia de cordero de hoy. Jesús tuvo treinta años de cordero —“como uno de tantos (Flp 2,7)— para unos cuantos añitos de pastor: en medio de los hombres, solidario con sus alegrías, con sus esperanzas, con sus angustias y con sus tristezas. Entonces, habría que fomentar la experiencia gozosa de formar parte del rebaño, el rebaño del único pastor.

A mi me llama la atención como nos cuesta a los curas seguir siendo del rebaño. A veces en las reuniones, asambleas, nos cuesta trabajar de igual a igual en los grupos con las demás personas, nos juntamos a tomar mate en un rincón con otros curas, nos cuesta mezclarnos con el resto del pueblo fiel. Estamos como “deformados” profesionalmente, por estar siempre en función de pastores y no primero de corderos, de condiscípulos.

Contemplando diariamente al “Buen Pastor que dio su vida por las ovejas”, aprenderemos a ser pastores como Él, contemplando diariamente al Buen Pastor que no abandona su condición de Cordero, ni se olvida de su experiencia de cordero. Así entonces los candidatos al ministerio serán «pastores según mi corazón» —como dice Jr 3,15— esos pastores que el buen Dios quiere mandarle a su pueblo. Y ese buen pastor logrará *prolongar y contagiar una experiencia* salvífica, es decir, eso que hemos visto y oído, eso que han palpado nuestras manos, eso es lo que queremos darles a conocer.

1.7. Formación para ser con-discípulos

La PdD señala el objeto primario de la formación: cultivar la actitud dialogal, para vivir la comunión.

Cuando hablamos de la Palabra de Dios como marco de la formación general de los futuros pastores, tendríamos que retomar lo que hemos dicho aquí sobre esa Palabra de Dios y lo que decíamos a propósito de la *Dei Verbum*. Se suele decir, después de Marshal McLuhan, que “el medio ya es mensaje”, y esto se aplica también a la Revelación. Por tanto, en la formación del seminario tendríamos que atesorar la Palabra de Dios como objeto central en la formación; pero no sólo los *contenidos* revelados, sino esa *forma elegida por Dios* para revelarse. Es decir, debería ser central para nosotros cultivar la actitud *dialogal* para vivir en la comunión.

Los futuros destinatarios de mi labor pastoral son, antes que nada, *condiscípulos* míos, condiscípulos del único Maestro, oyentes de la Palabra igual que yo. Entonces, cuando hablamos de la formación para el discipulado, hablamos de formar condiscípulos; y no sólo con los otros seminaristas sino con todos los bautizados. Cultivar la actitud dialogal para vivir en comunión sería una de las consecuencias directas de este hacer de la Palabra de Dios el objeto primario en la formación.

Formar para ser condiscípulos significará también adquirir esa *disposición para compartirlo todo*, compartir la fe, la búsqueda y la respuesta; significará aprender los caminos de la comunicación que son los caminos de la comunión.

Tendríamos que pensar en todas las dificultades de comunicación que tenemos entre nosotros, los curas. No me refiero a la que tenemos cuando se corta el teléfono por la tormenta, por supuesto.

Habría que mirar de nuevo a Jesús que empieza anunciando el Reino y al mismo tiempo convocando discípulos, que son condiscípulos. La suya es una enseñanza personalizada, sí; pero en comunidad. Jesús forma la primera comunidad en torno a Él. Podría preguntarse si nuestra comunidad, nuestro seminario, es en realidad una comunidad de condiscípulos y si nosotros como formadores nos sentimos y nos comportamos como condiscípulos de los seminaristas.

Solíamos decir que la obediencia cristianamente entendida es siempre obediencia a Dios y que, cuando alguien manda algo, no sólo obedecen los subalternos, sino también las autoridades al mismo Dios. Bueno, entonces habría que hablar en términos de discipulado y condiscipulado.

I.8. Comentarios: el presbítero, la Palabra y la Eucaristía

Sacerdote: Ayer decíamos en el grupo que los equilibrios en la formación son siempre difíciles. Hablábamos de la Palabra como el objeto prioritario de la formación. Pero nosotros formamos a “los hombres de la Eucaristía”. Entonces pensábamos en el equilibrio que tendría que haber entre la Palabra y la Eucaristía. Obviamente te estás centrando en la Palabra porque es el tema; pero yo replanteo: ¿la Palabra es el objeto prioritario de la formación sacerdotal?

P. Blunda: Ése pretende ser efectivamente el eje de nuestras reflexiones. Yo también creo que a nosotros nos falta todavía equilibrar estas dos cosas. Por eso, es sintomático que el Papa después de haber convocado el sínodo sobre la Eucaristía, haya visto necesario convocar uno sobre la Palabra.

A ese propósito, yo decía que DV, 21 en teoría funciona bien, pero, ¿en la práctica...? No sé si nosotros respiramos con estos dos pulmones que son la veneración de la Sagrada Escritura y la veneración de la Eucaristía. En su artículo, S. Pié-Ninot asume la categoría de sacramento para hablar de ambas realidades; también su reciente Eclesiología habla de la Iglesia en clave sacramental. Creo que es fiel a la intuición del Vaticano II de recuperar la categoría sacramento para la Iglesia y también para la Palabra. El sacramento es siempre palabra y gesto. Y con esa clave hay que entrar también en la Eucaristía.

Sería interesante lograr una formación que equilibrara más las cosas, sin miedo de perder nuestra catolicidad por recuperar el papel de la Palabra en nuestra vida. A veces tenemos miedo de “protestantizarnos”; pero la Palabra de Dios no es patrimonio de los protestantes, es también patrimonio católico. Es verdad que a veces hemos funcionado por reacción: a la insistencia en la Palabra y la predicación de unos, hemos opuesto los ritos y los sacramentos; pero tendríamos que dejarnos guiar por la intuición de DV, 2 que habla de “palabras y gestos intrínsecamente ligados”.

Además, estaríamos siguiendo fidelísimos a Trento al seguir esta dirección: yo no sé si ha habido un Concilio que haya insistido más en la necesidad de conocer la Palabra de Dios, en la enseñanza de la Palabra, en la obligación de los Obispos de fundar cátedras para la enseñanza de la Palabra de Dios. Yo no sé si nosotros hemos recibido toda la enseñanza que el Concilio de Trento ha querido difundir o nos hemos contentado sólo con una parte...

Sacerdote: Yo comparto con vos que se trata de integrar estas dos cosas. Además hay que recordar que la celebración eucarística es también el lugar privilegiado de encuentro con la Palabra y que la Eucaristía es la Palabra hecha carne. Entonces el verdadero contacto con la Palabra nos tiene que llevar cada vez más a la Eucaristía. Cuando uno más se familiariza con la Palabra en la Sagrada Escritura, y la vive, no solamente como una lectura especulativa, sino como un verdadero encuentro con Jesús, Palabra eterna de Dios, ese encuentro verdadero no se puede oponer nunca a ese otro encuentro con Cristo en la Eucaristía. Se retroalimentan el uno al otro.

P. Blunda: además hay que recordar las posibilidades de encuentro y de comunión que abre la Palabra de Dios para mucha gente que no puede acercarse a la comunión sacramental, por diferentes motivos. No sé si ustedes tienen la misma experiencia.

Recuerdo qué fuerte que era la experiencia de la catequesis familiar en una parroquia donde estuve varios años, y cómo muchísimas de las parejas que entraban en la catequesis, redescubrían la fe en su vida en el encuentro con Jesucristo. No podían casarse, y por lo tanto no podían volver a la vida sacramental plena; sin embargo vivían hondamente su encuentro con la Palabra y vivían, en todo lo que podían, su esfuerzo por conformar sus vidas a la Palabra de Dios. Y era eso lo que sostenía la vida de muchos de estos matrimonios y de estas familias. Y educaban a sus hijos con toda esta hondura.

Para mí ha sido muy importante descubrir lo que significaba la Palabra de Dios para mucha de esta gente, que tenía la conciencia clara de que no podían acercarse a la comunión sacramental, pero también la conciencia de que eso no los excomulgaba, en el sentido de que no los excluía de la obra que Dios realizaba en sus corazones y de lo que la Palabra de

Dios les decía cada día. Viviendo con dolor su imposibilidad de acercarse a la comunión, pero con la alegría de saber que el Señor no los ha abandonado.

Mons. Giaquinta: Hace unos días se cumplieron 50 años del anuncio del Concilio, el 25 de enero de 1959. No sé si alguno de ustedes recuerda ese día. Para nosotros fue una especie de “fogonazo” del cielo.

Recuerdo que hubo muchos presbíteros presentes entre los peritos, teólogos muchísimos. Sin ellos no se habría hecho el Concilio. Pero el Concilio intentaba hablar sobre el clero y, uno tras otro, el Concilio iba bochando los esquemas; como que no hubiese nada más que decirle al clero, al presbiterio. Tanto, que el último observador en entrar al Concilio fue un párroco (Creo que entró una mujer antes que un párroco) y el documento sobre los presbíteros fue de los últimos en ser discutidos en el aula. En la práctica, el último; porque después *Gaudium et spes* vino a cerrar simbólicamente el Concilio, pero de hecho el último que se discutió fue *Presbyterorum ordinis*.

Y por cierto que *Presbyterorum ordinis* subraya la Eucaristía. Pero en mi ambiente y en el Seminario –yo no sabría decir si también en el clero– fue muy luminosa la afirmación del Concilio que dice: *Presbyteri primum officium habent Evangelium Dei omnibus evangelizandi* “Los presbíteros, [como colaboradores que son de los Obispos,] tienen como primer oficio anunciar el Evangelio a todos”. Lo toma de Pablo, en la carta a los Romanos. Para nada niega la Eucaristía.

Es cierto que en gran medida la teología del presbiterado se centró durante siglos en la Eucaristía. Pero olvidando que la Eucaristía no es sólo confeccionar el Cuerpo de Cristo para guardarlo en el Sagrario, sino que es también anunciarlo a Cristo, y anunciándolo lo comemos. Es decir, no hay contradicción entre un enfoque y el otro. Es bien católico: Evangelio y Eucaristía.

Ahora bien, yo pensé que bastaban las ideas claras y lo pensé hasta que fui Obispo. Ya de Obispo, descubrí la pedagogía pastoral, y que no bastan las ideas claras. Tal vez a mí me bastó, pero a la comunidad de la Iglesia no le bastan ideas claras: hace falta un camino. Y yo me pregunto ¿qué camino hemos hecho en estos cincuenta años para gustar, profundizar en eso que trata del Evangelio: *Presbyteri primum officium habent Evangelium Dei omnibus evangelizandi*? Y por lo mismo, si bien me parece muy importante que nuestra comunidad eclesial del seminario se prepare para *transmitir* el Evangelio, es fundamental también que se prepare para *gustar* el Evangelio. Y yo creo que aquí se impone a nosotros, formadores, una responsabilidad, una hermosa tarea: si nuestra comunidad específica, una comunidad de formación, es una comunidad eclesial, lógicamente somos una comunidad eclesial por la escucha de la Palabra.

IV. Una pedagogía para la formación de los pastores

La Palabra de Dios señala el objetivo primario de la formación: cultivar la actitud dialogal, para vivir la comunión

Martes 03 de febrero de 2009 – 16.00 - 17.30 hs.

I.9. Palabra, comunión y misterio

Hemos subrayado esta mañana el carácter dialógico y amoroso que presenta la Revelación bíblica según la descripción que hace el Concilio. Éste repite varias veces que, tanto en la Palabra de Dios como tal (n. 2), como en la Sagrada Escritura (n. 21), es Dios quien “sale amorosamente al encuentro” del hombre, habla con ellos como amigos, como el padre que sale amorosamente al encuentro de sus hijos.

En la tradición de la Iglesia ésta ha sido una vivencia muy intensa. San Gregorio y san Agustín han aportado muchas expresiones interesantes al respecto, al hablar de la Biblia como de “la carta que el Padre les envía a sus hijos que están lejos”. Una carta no sirve sólo para informar cómo están las cosas en la casa, a los que están lejos; sino que es el modo de mantener en contacto a aquellos que se sienten peregrinos y que anhelan llegar a la casa de su padre.

Ustedes tienen además dos textos tomados de la Liturgia de las Horas: uno del día de santa Mónica y otro de la memoria de san Efrén. El primero está tomado de las *Confesiones* de san Agustín, y relata su último diálogo con Mónica, su madre, en el que compartiendo estas cosas de Dios, sus corazones se elevan al Absoluto (*LH IV*, Memoria de Sta.

Mónica). El texto hace referencia al lenguaje de la amistad y del amor que caracteriza el dinamismo de la Revelación. El segundo está tomado del comentario de san Efrén al *Diatésaron* y nos presenta la Palabra de Dios como fuente inagotable de vida (*LH III*,).

Hemos dicho que las funciones diversas de la palabra humana son asumidas y llevadas a su mejor expresión en la Revelación: salvando la individualidad irrepetible de cada persona, esta palabra, es asumida y empleada por Dios como el instrumento de la comunicación. Pero es en el lenguaje de la amistad, en el lenguaje del amor, donde dicha palabra humana manifiesta su mayor valor y alcanza su expresión más plena. La palabra *está hecha para comunicar amor y vida*. Por eso, adquiere su mayor dignidad precisamente cuando es empleada en el lenguaje de la amistad, del amor.

A través de una comunicación siempre más libre y encaminada a una comunión más profunda (no sólo dirigida a la transferencia de datos o ideas), los amigos o los esposos se hablan y se encuentran en el misterio de esta palabra. Una palabra que los comunica, uniéndolos cada vez más. El que ama no teme ni tiene pereza de realizar *el esfuerzo constante de comunicarse* al otro, de liberar el secreto de su propio ser y de ofrecerlo a la libre acogida del otro. Y todo esto, a pesar de la dificultad, del dolor y el riesgo que implica toda comunicación verdadera.

Muchas veces probamos la dolorosa experiencia de la incomunicación o de lo defectuoso de este medio que es la palabra, que a veces no logra decir lo que querríamos decir y nos hace sentir el dolor de la incomprensión o de la comprensión parcial, aun cuando anhelamos esa comunión plena. A veces, cuanto más hablo, menos me entiendo con algunos. Éste es el drama de la comunicación y el riesgo de la palabra. Sin embargo, *cuando uno ama, busca esa comunicación*, la expresión de la propia interioridad y la comunicación con el otro.

Lo que importa en primer lugar es la *presencia mutua* de uno frente al otro. La presencia es la clave de este tema de la comunicación. Cuando hablamos de encuentro, hablamos en primer lugar de presencia. En un segundo lugar, hablamos de intercambio, de coloquio o de diálogo. Pero en eso, entendemos cómo la precisión –propia del lenguaje científico, técnica– pasa en realidad a un segundo plano, y lo que más interesa es esa especie de *hospitalidad existencial*: el recibir al otro y ofrecer al otro la acogida del propio cariño, de la propia caridad, solidaridad. Cada uno reconoce al otro y recibe de él el mismo reconocimiento, como decía Juan Pablo II (*RH*, 11).

San Agustín experimentando esta misma amistad y el gozo que la amistad proporciona, decía: «Dos cosas son necesarias en este mundo: la vida y la amistad. Dios ha creado al hombre para que exista y viva. En esto consiste la vida, y para que el hombre no esté sólo, la amistad constituye una exigencia de esa misma vida».

Ese “nosotros” que resulta de la comunicación es lo que parece subrayarse en ese fragmento de las *Confesiones* en el que san Agustín habla del último encuentro con Mónica, su madre, en una experiencia especialmente intensa del amor que lo une a quien le ha comunicado no sólo la vida, sino también la fe, pariéndolo, tal vez, con más dolor a la vida cristiana que a la vida biológica. En ese diálogo (primer párrafo), se encuentra ese intercambio de corazón a corazón, de la madre y de su hijo. Van superándose mutuamente hasta proyectarse a Dios, en una especie de anticipo de esta comunión con el Dios absoluto, de esta plenitud definitiva.

El otro texto de san Efrén viene también a ilustrarnos, a ayudarnos a entender mejor esta cuestión de *la plenitud y la riqueza de la Palabra de Dios*. Esa Palabra sume el lenguaje humano limitado, sin embargo, encierra en sí un misterio inagotable que sacia nuestra sed cada vez que recurrimos a ella, pero que no se agota en lo que entonces podemos beber en esa fuente.

I.10. El camino de la encarnación

«En consecuencia, por esta revelación, Dios invisible habla a los hombres como amigos, movido por su gran amor y mora con ellos, para invitarlos a la comunicación consigo y recibirlos en su compañía» (DV 2). Este lenguaje de la *Dei Verbum* nos sorprende con el estilo interpersonal que ha adoptado, en el que se subraya la *iniciativa* divina. Se insiste igualmente en el *modo* elegido por Dios para revelarse a los hombres y en la condescendencia increíble que manifiesta al hacerlo. Y subraya también la meta, el *propósito* de esta comunicación: la comunión de las personas, la posibilidad real de introducirnos en la comunión divina.

Es Jesucristo, *la humanidad santísima de Jesús de Nazareth*, su humanidad concreta e histórica, la que constituye para nosotros la puerta de acceso al corazón de Dios y a la vida intratrinitaria (DV, 3). Ese hombre único, Jesús de Nazareth, es el sacramento –signo e instrumento– de la salvación, la puerta de entrada a la comunión con Dios, a la comunión de Dios. Por eso, Él es la Palabra de Dios por antonomasia y todas las demás palabras lo son por analogía.

El texto de DV, 2 continuaba diciendo: «Este plan de la revelación se realiza *con hechos y palabras* intrínsecamente conexos entre sí, de forma que las obras realizadas por Dios en la historia de la salvación manifiestan y confirman la doctrina y los hechos significados por las palabras, y las palabras, por su parte, proclaman las obras y esclarecen el misterio contenido en ellas».

Esta es la forma concreta decidida por Dios para llevar a cabo su designio de Salvación. Ese misterio de la Salvación se podía haber llevado a cabo de muchas maneras. Dios era soberanamente libre para elegir el modo y la manera que él quisiera. Pero eligió concretamente uno, y es *el camino de la encarnación*: «Este es el plan que había proyectado realizar por Cristo» (Cf. Ef 1,9-10), el *plan* concreto en el que se concreta, se realiza, el *misterio*, el designio divino. Pero una vez que Dios ha decidido seguir ese camino, éste se convierte en el camino normativo. No se puede llegar a Él sino a través del mismo camino por el cual Él quiso llegar a nosotros (Jn 14,6; RH, 8).

Esto constituye para nosotros una ley en la historia de la salvación: la *ley de la encarnación*. La Palabra de Dios ha llegado a nosotros así: en la historia y a través de la historia. Concretamente así, y ésta es la única manera de acogerla, de recibirla: en esa historia que se realiza y se teje con palabras y gestos.

I.11. La sacramentalidad de la historia

Y aquí hay otra novedad interesante en la doctrina del Concilio sobre la Revelación divina, que busca sacarnos de un posible equivoco. Antes podíamos pensar, que Dios *salva* al hombre a través de acciones y *se revela* al hombre a través de palabras. Pero no es así: «Dios salvando se revela y revelando salva» (San Bernardo).

La Revelación tiene lugar a través de acontecimientos y palabras, porque es también la forma de comunicarnos entre los seres humanos: gestos y palabras. Y a veces un gesto dice mucho más que muchas palabras.

Esto nos lleva, casi sin quererlo, al plano de la *sacramentalidad*. También los sacramentos son siempre signos y palabras a la vez. Son acciones *elocuentes*, gestos decidores, y a la vez son palabras *eficaces*, que hacen lo que dicen. Es interesante poder combinar ambas dimensiones, porque forman parte de este dominio de la comunicación humana asumido por Dios para llegar a nosotros.

Esta mañana hacíamos una tímida entrada en este tema de la sacramentalidad cuando hablábamos de la relación entre la Palabra y la Eucaristía. Esta sacramentalidad se aprecia, sobre todo, cuando entendemos por Eucaristía, no sólo la presencia eucarística encerrada en el sagrario –de un modo reduccionista–, sino la celebración –y toda la celebración– en la que están intrínsecamente unidos y son inseparables palabra y gesto. Esta sacramentalidad caracteriza no sólo las

especies sacramentales, sino la Palabra proclamada y actualizada, hecha evento salvífico, acontecimiento salvífico, en la eucaristía de un modo tan eficaz, tan potente, que transforma incluso el pan y el vino en el Cuerpo y la Sangre del Señor, en su presencia real y sacramental. Allí es donde se produce en un grado máximo esta unión de palabra y gesto, pero de manera análoga tiene lugar también en las otras instancias de la vida de la Iglesia.

I.12. La clave de la alianza

«La verdad íntima acerca de Dios y acerca de la salvación humana se nos manifiesta por la revelación en Cristo, que es a un tiempo mediador y plenitud de toda la revelación» (DV, 2). La doctrina de la *Dei Verbum* tiene un marcado esquema trinitario, pero también una clave cristológica: la Palabra de Dios, la Revelación suprema, plena es Jesucristo. Él es, al mismo tiempo, *mediador* de la Revelación plena y *plenitud* de esa Revelación. Él es la Palabra de Dios, no sólo en cuanto que nos comunica cosas de parte de Dios sino que Él es la comunicación, la autodonación de Dios al hombre, el acontecimiento, “el evento de la plena e irreversible autodonación de Dios al hombre” (K. Rahner).

Si hay “plenitud” es porque *hay historia*. “Historia” dice progreso, dice camino, dice proceso, dice pasos, dice precariedad, dice provisionalidad, dice imperfección: eso es la historia. Aceptar la vía de la encarnación es aceptar también esos pasos a través de los cuales tiene lugar esa Revelación y esa Salvación.

El Dios bíblico, entonces, es un Dios que se revela actuando, haciéndose presente, metiéndose en la historia. Los *lineamenta* del Sínodo hablan de esta especie de prevención que tiene el hombre moderno a todo aquel que intervenga o se inmiscuya en su propia vida y en el juego de su libertad. Es una especie de desconfianza frente a quien quiera intervenir en sus asuntos. A veces eso lleva también, en la conciencia contemporánea, a una cierta prevención frente a la posible intervención de la divinidad en un campo que parece exclusivamente nuestro: la historia.

Este Dios nuestro en el que creemos, es un Dios que se mete en nuestros asuntos aunque no le hayamos dado permiso. Se ha metido y hasta el fondo en nuestros asuntos. Es un Dios que se ha embarrado con nuestra tierra, un Dios que ha caminado y se ha ensuciado los pies con el polvo de nuestra tierra, con el barro de nuestros caminos. Es un Dios que se ha hecho presente. Por eso este racionalismo es inadmisibile. Admitir la presencia de Dios en la historia es el paso previo, la condición primera para empezar a conversar sobre la revelación.

El Dios bíblico es, entonces, un Dios que se revela actuando, haciéndose presente. Por lo cual, el hombre que se empeña en ser protagonista en su historia, dirigirla, darle sentido, se encuentra, no con un competidor, sino con *un aliado*. Este Dios no viene a hacerle los deberes al hombre, sino a ponerse hombro con hombro con él, en *alianza*, para construir juntos una historia nueva.

Ese es el Dios en quien creemos. Un Dios que no hace magia, ni les hace los deberes a sus chicos, ni quiere que sus hijos se queden siempre niños. Él quiere hijos adultos y, por eso, se pone del lado de ellos sin eximirlos de sus deberes, asumiendo su responsabilidad dentro una aventura común que la Biblia denomina “alianza”.

Esa presencia de Dios infunde valor y confianza a esta empresa nuestra. Sabiendo que el Señor está metido en ella, nos damos cuenta de que vale la pena hacer todo el esfuerzo que haga falta, porque Dios mismo garantiza que al final esta empresa nuestra va a terminar bien. Es que, precisamente *porque Dios está con nosotros*, tenemos la capacidad de construir una historia que lleve a plenitud nuestros deseos. Y en realidad esta historia “ya” adquirió su sentido pleno a partir del momento en que el mismo Dios decidió asumirla para sí. Ese “todavía no” que a nosotros parece pesarnos tanto, no tiene que hacernos olvidar del “ya” de la presencia del Dios que camina con nosotros. El N° 276 de Doc. de Puebla lo desarrollaba de una manera preciosa.

Aquí hay tres errores que podrían presentárenos: el secularismo o temporalismo y el maniqueísmo, que desfiguran la relación de Dios y del hombre, y el esfuerzo de realizar y dar sentido a la historia en alianza con Dios. Uno excluye a Dios, otro excluye al hombre, pero son dos caras de la misma moneda. En cambio, tanto el judaísmo como el cristianismo sostienen claramente que la Revelación y la Salvación sólo tienen lugar en la historia y a través de esa historia. «Este plan de la revelación se realiza con hechos y palabras intrínsecamente conexos entre sí» (DV 2).

I.13. Palabras que descubren el sentido de los hechos

Así hemos vuelto a la frase con la que empezábamos esta reflexión: «Dios habla en la Escritura por medio de hombres y en lenguaje humano» (DV 12). Si esta mañana nos fijáramos más en la expresión «en lenguaje humano», ahora nos detenemos sobre todo en la que dice «por medio de hombres».

Según esto, el discurso bíblico es un discurso esencialmente histórico. Aquí “histórico” significa que habla de personas, de relaciones interpersonales, de encuentros, de libertades. La historia es el plano en el que se puede ejercer la libertad. La historia es el espacio en el que se puede dar el encuentro. La historia es el camino en el que se puede crecer en comunión. Las personas viven en una historia y sólo en esa historia pueden descubrir el llamado a la comunión, aceptarlo y crecer en ella.

Esa historia no es de por sí y simplemente reveladora, sino que es la Palabra de Dios la que ha ido revelando su sentido. La salida de Abraham de Ur y de Jarán es un hecho dentro de una historia, una de tantas migraciones de pueblos y de mucha gente que va a buscar otros horizontes. Pero ese hecho solo no era por sí mismo revelador, sino porque hubo una palabra que descubrió su sentido. Ese gesto, ese hecho, se convirtió en ocasión para descubrir una llamada: la vocación de Abraham que desata toda esta historia de salvación.

Si ha sido posible darle sentido a esta historia, ha sido porque el suceso, el hecho, ha ido precedido, acompañado, seguido, de una palabra que lo ha interpretado. Tal como sucede en nuestra vida. Nosotros entendemos después —a veces mucho después— algunas cosas que suceden en nuestra vida. Sólo después les encontramos un sentido. No es la historia por sí misma, sino la historia acompañada por esa palabra pronunciada con autoridad, la que puede revelarnos el amor de Dios.

I.14. La pedagogía de Dios y la pedagogía de la fe

Esta concepción de la Revelación en la historia tiene sus consecuencias, también para nosotros, para el modo como concebimos nuestra vida y para el modo como concebimos nuestra existencia cristiana.

En primer lugar deberíamos pensar en una formación o en una *teología más histórica*, más centrada en la historia de la salvación, que no significa abandonar todo el aspecto doctrinal y científico de una reflexión teológica, pero sí significa llevar a cabo, también en la teología, una síntesis entre acontecimiento y palabra. La teología no puede basarse sólo en palabras, tiene que estar enraizada en esa historia, en esos hechos: vida y pensamiento unidos. Lo mismo sucede con la comprensión de la fe, que no es simplemente la adhesión intelectual a un conjunto de verdades teóricas, sino el obsequio pleno de nuestra vida (cf. DV, 5). Esto lo subrayan los *lineamenta* del Sínodo de una manera particular.

Así, como la Revelación es el entregarse de Dios, la fe que es su respuesta, es una fe obediente en la vida, es un amén, un compromiso de todo el hombre. Por eso se habla de “la obediencia de la fe”, “la obediencia que es la fe”, por la

cual el hombre se entrega entero y libre a Dios. Luego, si Dios actúa en la historia y se revela a través de ella, la respuesta *de la fe también se da y se verifica en una historia concreta*. Por eso también ella puede crecer o decrecer.

Hace falta la experiencia de la fe –de esta fe vivida, hecha historia– para poder comprender cada vez más profundamente la Revelación y la Palabra Inspirada. No hay una auténtica *lectio divina* cuando no hay experiencia de fe que acompañe, que sostenga, que avale esa búsqueda que la lectio supone. No puede haber teólogos si primero no son creyentes. Uno puede enseñar matemáticas estudiando simplemente en un libro, pero la teología se hace partir de la *experiencia de la fe* en primer lugar.

De hecho, uno de los factores del desarrollo de la comprensión de la Palabra de Dios y uno de los factores que hacen crecer la misma tradición apostólica en la Iglesia, es la experiencia de fe del mismo pueblo de Dios: «La comprensión de la Palabra y de la Revelación *crece* a partir de la íntima inteligencia de las cosas espirituales que se *experimenta* (*ex intima spiritualium rerum quam experiuntur intelligentia*)».

Ecclesiam suam nos ponía en esa misma dirección y también el evangelio de Juan cuando dice: «Todo aquel que está dispuesto a hacer su voluntad, conocerá si esta doctrina viene de Dios o si Yo hablo por mí mismo» (Jn 7,17). Hay una estrecha relación entre el deseo de *conocer la verdad* y la disposición concreta para *hacer la voluntad* del Padre. La Iglesia es la comunidad de aquellos que escuchan la Palabra de Dios para ponerla en práctica, pero intentan ponerla en práctica para conocerla y comprenderla mejor.

Esto nos lleva también a comprender que no sólo hay una Palabra de Dios en la Escritura, en la Biblia; también hay una Palabra de Dios en la historia y la vida presente. Siempre nos movemos en el plano de la analogía cuando hablamos de la “Palabra de Dios”. Pero con toda verdad decimos que *Dios sigue hablando* en medio de la existencia de cada uno y a través de los grandes acontecimientos contemporáneos. El Concilio nos ha enseñado a descifrar, auscultar, discernir, e interpretar esos signos de los tiempos. Nos llevaría demasiado lejos meternos en estos números 4, 11 y 44 de *Gaudium et Spes* y rastrear su fundamento bíblico –sobre todo en Lc 12 y Mt 16– para ver qué es eso de los signos de los tiempos tal como se los entiende desde el punto de vista bíblico y cómo eso nos ayuda a comprender mejor lo que dice el Concilio.

La historia encierra una palabra de Dios para nosotros hoy. Una palabra que hay que discernir. El mensaje de Dios en la historia presente se descifra con la clave que nos da la Sagrada Escritura. Discernir esa Palabra es posible gracias a la Palabra de Dios escrita, leída en el contexto adecuado que es la comunidad cristiana, y gracias a aquellos miembros de esa comunidad orgánica que nos guían en la comprensión de esta Palabra, es decir, los pastores y el magisterio.

Trabajo por grupos:

(1) En primer lugar, según esto que venimos conversando ¿habría entonces una pedagogía específica en el camino formativo de los futuros pastores? Esto que nos dice la Iglesia en el Magisterio respecto de la Revelación, respecto de la Palabra de Dios, respecto de la Biblia, ¿tiene para nosotros consecuencias concretas en el plano de una pedagogía para aplicar en el campo formativo?

Por ejemplo, esta dimensión personal, interpersonal y personalizante de la Revelación –que te devuelve a la responsabilidad y a la libertad– debería orientar la pedagogía de la formación de los discípulos-misioneros, en este caso de los curas, los pastores. ¿En que medida realmente se concreta así?

(2) En segundo lugar, para ir más a la base, el discernimiento y la opción vocacional deberían ser frutos, entonces, de una escucha sana y sincera de la Palabra del Señor y de un diálogo personal con el Señor que llama. Tiene que haber algún momento, una instancia de profundo encuentro para volver al término inicial con el Señor que llama. El discernimiento tiene que darse en el ámbito de la oración en alguna instancia del proceso vocacional. O es una opción vocacional amorosa, derivada de la *lectio, meditatio, oratio, consolatio, discretio, deliberatio* (los pasos de una verdadera, sabrosa y fructuosa lectura de la Palabra) o termina siendo una opción moralizante y voluntarista que esta condenada a quebrarse en algún momento.

El Cardenal Martini es quien lo recuerda, en un librito dedicado a los jóvenes, llamado *La alegría del Evangelio*: «Sólo de esta *consolatio* –técnicamente hablando, dentro de los procesos de la *lectio*– brotan las opciones valientes de pobreza, castidad, obediencia, fidelidad, perdón, porque es el lugar y la atmósfera propia de las grandes opciones interiores. Lo que no viene de este don del Espíritu dura poco y fácilmente es fruto de un moralismo que nos imponemos a nosotros mismos».

(3) Dentro de este escuchar la Palabra de Dios es de donde deberían brotar nuestras opciones, fundamentales, vocacionales. Hacen falta guías que nos entusiasmen, no formando discípulos suyos, sino enseñando a distinguir la voz del único Señor.

V. La PdD en el itinerario formativo de los discípulos

Miércoles a la mañana – 8.30-10.00 hs.

El cap. 6 del documento de Aparecida es especialmente relevante para lo que nos toca reflexionar en esta semana: *El itinerario formativo de los discípulos misioneros*: «La vocación y el compromiso de ser hoy discípulos y misioneros de Jesucristo en América Latina y El Caribe, requieren una clara y decidida *opción por la formación* de los miembros de nuestras comunidades, en bien de todos los bautizados, *cualquiera sea la función* que desarrollen en la Iglesia. Miramos a Jesús, el Maestro que formó personalmente a sus apóstoles y discípulos. Cristo nos da *el método*: “Vengan y vean” (Jn 1,39), “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida” (Jn 14,6). Con Él podemos desarrollar las potencialidades que están en las personas y formar discípulos misioneros. Con perseverante paciencia y sabiduría, Jesús invitó a todos a su seguimiento. A quienes aceptaron seguirlo, los introdujo en el misterio del Reino de Dios, y, después de su muerte y resurrección, los envió a predicar la Buena Nueva con la fuerza de su Espíritu. Su estilo se vuelve emblemático para los formadores y cobra especial relevancia cuando pensamos en la paciente tarea formativa que la Iglesia debe emprender, en el nuevo contexto sociocultural de América latina» (DA n. 276).

Uno podría decir que esto se refiere a la formación de los bautizados, de los laicos. Pero nosotros, ¿qué hacemos en el seminario? ¿Ahí ya tenemos hombres maduros, cristianos perfectos, y entonces sólo nos queda entrenarlos para “decir Misa”? A veces, da la impresión de que consideramos las cosas fueran de esta manera. Mientras que, en realidad, *todos estamos en camino*, incluidos nosotros los formadores.

El itinerario formativo que propone el DA, es aplicable con sus adaptaciones a todos, incluidos los seminaristas. Es interesante entonces que tengamos *criterios comunes de formación*. Ésta es una de las raíces de algunos de los problemas que tenemos en la Iglesia. Es una de las razones por las que no terminamos de aterrizar en una pastoral orgánica, en una mayor participación. La dificultad que tenemos en el funcionamiento e incluso en la creación de nuestros consejos pastorales se debe, entre otras cosas, a esta diferencia abismal entre la experiencia y la formación de unos y de otros:

tenemos una heterogeneidad enorme entre los curas, laicos, religiosos. ¡Qué interesante sería que pudiera haber criterios comunes de formación para todos los miembros del pueblo de Dios!

Desde hace años, en los sondeos iniciales que se hicieron para la realización de la V Conferencia, salía como primero en importancia el tema de la formación. Cuando yo era chico, cuando hablábamos de “formación” en la Acción Católica, nos referíamos a algo muy específico, a una formación apostólica casi exquisita. Aquí hablamos de la formación cristiana *en sus niveles más básicos*, que son en realidad los más importantes, porque esas exquisiteces no eximen de las cosas más básicas.

I.15. En el contexto de la nueva evangelización

Esta mañana, hablábamos de la relación entre Palabra y Eucaristía. Me parece interesante pensar por qué la Iglesia hoy está insistiendo en el tema de la Palabra, y qué está pasando, para que se hable menos en este momento —y también en esta semana—, de la Eucaristía. Les doy mi impresión.

En una sociedad cristiana, en un régimen de cristiandad, la pastoral es una “pastoral de conservación” de lo que ya hay, una pastoral que insiste mucho en los Sacramentos, y que está muy centrada en la Eucaristía. Se trata de esforzarse por “atender” a los cristianos que están “dentro”, por celebrar y hacer madurar —en el mejor de los casos— la fe de los cristianos ya comprometidos en la Iglesia: bautizados, convencidos, formados, educados desde chicos en la fe cristiana, en un ambiente católico. En ese escenario, los ritos tienen mucho significado, porque son parte del lenguaje común.

Pero poco a poco nos vamos convenciendo de un hecho: ya no estamos en un régimen de cristiandad. Más bien vivimos *en una sociedad plural* o pluralista; una sociedad que en algunos casos pretende ser “post-cristiana”: “el cristianismo ha dado mucho a la sociedad, al mundo, a la cultura; ya ha dado mucho. Entonces: «¡Muchas gracias por los servicios prestados! ¡Hasta luego!»”. Y así nos jubilaron al cristianismo.

En una sociedad así, no nos podemos contentar con una pastoral de conservación. Ya desde hace años se viene hablando de una necesidad de volver a la “misión”, entendida según las distinciones que hacía Juan Pablo II, en *Redemptoris Missio*. Entre la pastoral ordinaria y la misión *ad gentes*, se ubica esto que se llamará la *nueva evangelización*, pero que es también verdadera misión. Y de ahí la insistencia, tanto a nivel universal como continental y nacional, en ponernos “en estado de misión”.

Este nuevo escenario exige, entonces, una atención primordial al *anuncio*, porque la pastoral misional está centrada en la Palabra. Se trata de anunciar el Evangelio, porque la fe viene por el oído, y porque nadie ama lo que no conoce. La insistencia del Papa va en esta línea: anunciar el Evangelio, anunciar la buena noticia, y de un modo tal que sea captada como buena noticia y que responda a las aspiraciones más profundas del corazón del hombre, propiciar el *encuentro* con la persona de Jesucristo. Esto supone que tal encuentro todavía no se ha dado o por lo menos no se ha dado en la amplitud, en la profundidad o en la riqueza con que debería darse.

Se trata de anunciar el evangelio, es decir, *el núcleo de la fe cristiana* —no las exquisiteces de nuestra doctrina sino su núcleo— propiciando así el encuentro con Jesucristo y suscitando la fe y la conversión. Así entendemos porque se insiste en la Palabra, por qué hoy es tan necesario el anuncio de esa Palabra de Dios. La Palabra que da sentido a la vida y que puede dar significado a los gestos, a los ritos, a las celebraciones, a las conductas que proponemos después.

I.16. Una palabra que lleva al encuentro

Este parece que es el eje en torno al cual gravita el momento actual de la historia de la Iglesia: una Palabra que llevando al encuentro con Jesucristo, a la fe, a la conversión, conduzca a la entrada efectiva en la Iglesia; que, aún cuando uno ya esté bautizado, ayude a renovar la opción cristiana y el propio bautismo.

Hay dos paradigmas bíblicos de este proceso. En sus dos obras —en el Evangelio y en los Hechos— san Lucas hace dos presentaciones distintas de este encuentro con el *kerygma*. Son dos narraciones de caminos: una es Lc 24 (el camino de Emaús). Los que están caminando, los que se están yendo de Jerusalén, son dos discípulos de Jesús. ambos tienen la experiencia de la persona de Jesucristo, de su vida y de su pasión. Jesús se pone al lado de ellos y a lo largo del camino,

después de preguntar y escuchar, les va descubriendo “todo lo que en la Escritura se refería a Él”. Ellos tenían la experiencia de la persona de Jesucristo pero no tenían la Palabra de Dios –las Escrituras– que se la iluminara. Jesús les va explicando las Escrituras y, al final, el camino termina en la *Eucaristía*.

El otro relato, el de Hch 8 trata otra vez del camino: el diácono Felipe es enviado a un ministro de la reina de Candace que también va de camino. Y este ministro va leyendo la Biblia, va leyendo la Palabra de Dios. Él tiene la Palabra pero no tiene la experiencia de Jesucristo, no tiene el acontecimiento, no tiene la persona de Cristo que es clave para entender aquella Palabra. Y le pregunta: “¿a quién le está hablando? ¿a quién se refiere? ¿a sí mismo o a otro?”. Felipe se puso de lado, lo escuchó, le preguntó, etc. Poniéndose al lado y andando a su paso, le anuncia a Jesucristo, le presenta a la persona de Jesucristo a lo largo del camino. Otra vez este camino termina en la celebración de un sacramento: “¿qué impide que yo sea bautizado?”. Se trata aquí de alguien que no es aún un discípulo, un cristiano. Era prosélito o quizás un “temeroso de Dios”, un devoto del Señor, que tenía fe en el Dios de Israel: pero no era todavía un cristiano. Conocía la Escritura, la Palabra, pero hacía falta que se le anunciara la persona de Jesucristo. Y el término del proceso es el *Bautismo*.

Entonces tenemos dos cuadros paralelos. En el primero era Jesús mismo quien hacía el camino con los discípulos. El segundo es uno de los casos en que Lucas nos presenta personajes cristianos importantes que reproducen en su propia vida la vida y las acciones de Jesús. Así como presenta la pasión de Esteban calcada de la pasión de Jesús, presenta también el camino de Felipe junto al ministro de Candace como un calco del camino de Jesús con los discípulos de Emaús. Y éste es nuestro caso: nosotros estamos más bien como Felipe acompañando al ministro de la Reina de Candace, estamos en una sociedad y en una iglesia que no pueden identificarse sin más con los discípulos de Emaús. Sólo en parte.

Tendremos que atender a las dos realidades: a la celebración de la Eucaristía, fuente y cumbre de toda la vida cristiana, y al anuncio de la Palabra, primero de los *munera* del presbítero y primera tarea de la Iglesia. Por eso, cuando hablamos de la formación –insisto– no nos perdamos de entrada en las “exquisiteces” de una formación “de élite”, centrémonos ante todo en el anuncio de Jesucristo, y en la facilitación del encuentro personal con el Señor, que está en el origen de la vida y de la existencia cristiana. Y eso no se puede dejar de hacer en el seminario porque es básico para nosotros también.

«El *itinerario* –“camino”– *formativo* del seguidor de Jesús hunde sus raíces en la naturaleza *dinámica* de la persona y en la invitación personal de Jesucristo, que llama a los suyos por su nombre, y estos lo siguen porque conocen su voz. El Señor despertaba las aspiraciones profundas de sus discípulos y los atraía a sí, llenos de asombro. El seguimiento es fruto de una *fascinación* que responde al deseo de realización humana, al deseo de vida plena. El discípulo es alguien apasionado por Cristo a quien reconoce como el maestro que lo conduce y acompaña» (DA, 277).

Los términos están bien cuidados, bien elegidos. Y el documento pasa a hablar de los aspectos diversos del proceso de formación de discípulos y misioneros. En el n. 278, destacamos cinco *aspectos fundamentales* que aparecen de diversa maneras *en cada etapa del camino*, pero que se compenetran mutuamente y se alimentan entre sí: el encuentro con Jesucristo, la conversión, el discipulado, la comunión y la misión. El misionero no deja nunca de ser discípulo y la conversión es una tarea permanente.

A partir del 279, enuncia los *criterios* generales que deberían orientar la formación: una formación integral, kerygmática y permanente, una formación atenta de las diversas dimensiones, una formación respetuosa de los procesos, una formación que contempla el acompañamiento de los discípulos, y, finalmente, una formación en la espiritualidad de la acción misionera.

Al enunciar estos criterios comienza diciendo: «Misión principal de la formación es *ayudar a los miembros de la Iglesia a encontrarse siempre con Cristo*, y así reconocer, acoger, interiorizar y desarrollar la experiencia y los valores que constituyen la propia identidad de misión cristiana en el mundo. Por eso, la formación obedece a un proceso integral, es decir, que comprende varias dimensiones, todas armonizadas entre sí en unidad vital» (DA, 279).

I.17. La Palabra de Dios en las diversas dimensiones de la formación

«La formación abarca diversas *dimensiones que deberán ser integradas* armónicamente a lo largo de todo el proceso formativo. Se trata de la dimensión humana comunitaria, espiritual, intelectual y pastoral-misionera» (DA, 280). Cuatro ámbitos respecto de los cinco que solemos distinguir habitualmente. Estas cuatro dimensiones.

Yo quería aportar simplemente algunos acentos que debería tener esta formación, para atender a los aspectos que venimos reflexionando en torno a la Palabra de Dios. Por ejemplo: si hablamos de la *formación intelectual*, tendríamos que preguntarnos ¿cuál es el papel de la Palabra de Dios en la formación intelectual de los candidatos al ministerio? Eso significaría concretamente preguntarnos ¿qué papel ocupa, por ejemplo, la antropología bíblica como clave de formación? ¿cuál es la antropología que prima en nuestras propuestas formativas, tanto implícita como explícitamente? Es decir: ¿hablamos de individuos o de personas? ¿Hablamos de colectividad o de comunidad? ¿Hablamos de una personalidad aislada o tenemos en cuenta esta concepción de una personalidad corporativa como es la que está detrás de la cosmovisión bíblica? Cuando hablamos de la corporalidad, ¿manejamos un concepto de una corporalidad pesada, pecaminosa, peligrosa o de una corporalidad simbólica, sacramental? Esa cosmovisión más en general, ¿se refiere, por ejemplo, a la materia como una materia oscura o como diáfana, elocuente, bendita?

¿Cuál es la concepción que prima a la hora de enmarcar las distintas disciplinas filosóficas y teológicas? ¿Hemos terminado de aceptar las Sagradas Escrituras como “alma de la teología”, ¿Cuáles son de hecho los “textos-fuentes”? ¿A qué le damos más crédito a la hora de estructurar los contenidos de las materias en la formación intelectual? ¿Brotan realmente de la Biblia? ¿ella realmente los inspira? ¿Adoptamos un lenguaje personalista similar al de la Biblia, más vivencial, más comprometido, como el que se maneja en la Escritura, a la hora de la pensar la formación intelectual y sobre todo a la hora de estructurar sus contenidos?

Cuando hablamos de la *dimensión comunitaria*, ¿qué papel encuentra la Palabra de Dios en la dimensión comunitaria, por ejemplo, en cuanto a los medios concretos? ¿La *lectio divina* aparece presente dentro de la propuesta formativa? ¿En qué etapas, en qué momentos se enseña, se acompaña, se promueve, se inicia en el contacto con la Palabra, como lectura orante de la Biblia y como lectura creyente de la vida? La *lectio* no es el estudio de un texto, es la lectura orante de la palabra de Dios escrita en la Biblia, es la lectura creyente de la vida, en donde percibimos que hay una palabra para nosotros que debemos desentrañar.

Esta *lectio* debería terminar en una *collatio*, que es el momento de compartir el fruto de la *lectio*. Es una expresión muy concreta y un medio pedagógico muy eficaz para conseguir ese con-discipulado cristiano del que hablábamos. Si somos condiscípulos es porque escuchamos juntos la Palabra del mismo Maestro. Esta *collatio* sería una expresión del con-discipulado cristiano y un medio interesante para la preparación, aunque sea remota, para la homilía o las celebraciones.

¿Qué papel ocupa la Palabra de Dios a la hora de la planificación pastoral, a la hora del discernimiento comunitario? ¿Estamos formando en esta dimensión comunitaria en el seminario? ¿Nos entrenamos, aprendemos juntos este camino del discernimiento comunitario con todo lo trabajoso que parece ser? Pensando en la revisión de la vida apostólica a la que muchos movimientos, asociaciones o grupos están acostumbrados, ¿tenemos nosotros también esa habilidad de poder ver nuestra vida, revisar juntos la vida a partir de la Palabra?

Cuando nos preguntamos por la *formación espiritual*, ¿la Palabra de Dios es alimento de la piedad personal y es escuela de oración? ¿realmente lo es en lo concreto de nuestro seminario? Dice DV, 21 que «La Iglesia ha venerado siempre las Sagradas Escrituras al igual que el mismo Cuerpo del Señor». Podríamos preguntarnos de hecho qué lugar ocupa la Palabra de Dios en la devoción del pueblo de Dios, no sólo en las clases —para sacar citas adecuadas, para preparar temas— sino en la devoción. Así como hay devoción al Rosario, a la Eucaristía, a los santos, ¿la Palabra despierta devoción, piedad religiosa? ¿Qué lugar ocupa concretamente el libro de la Palabra, el Leccionario, en nuestras iglesias? ¿Cómo se lo trata en nuestras liturgias? (procesión con el Evangelio, acompañamiento de los cirios para la proclamación, colocación oportuna del libro antes y después de su lectura...). ¿Hay un sitio de preeminencia en el templo, en la iglesia, para el libro de la Palabra, así como se tiene un sitio reservado especialmente para el tabernáculo? Ahí estará la Palabra

“reservada” en el libro de la Sagrada Escritura. Descendemos a esos particulares, porque de eso tan particular está hecha la vida, de estas expresiones de devoción sensible a las que no hay que tenerles miedo.

La oración cristiana es participación en el diálogo que Jesús tiene con su Padre. Si nosotros podemos orar, si podemos entrar en relación real con Dios nuestro Padre es gracias a Jesucristo, que nos ha abierto el acceso al corazón del Padre. Es en el corazón de Jesús donde nos encontramos en lugar adecuado para relacionarnos con Dios. Ésa es la puerta: la humanidad de Jesús. Y a ese Jesús lo podemos encontrar en la Sagrada Escritura. A través de esa “Palabra viva”, lo conocemos íntimamente y podemos descubrirlo presente en la Eucaristía, presente en el hermano que sufre, presente en la comunidad. Se trata entonces de entrar por la puerta.

La Sagrada Escritura nos da la posibilidad de aprender a orar en la escuela de Jesús, entrando por los senderos que nos ofrecen los distintos personajes bíblicos. En mis tiempos de seminarista había un libro que se llamaba *En la escuela de los grandes orantes*, de Jacques Loew, y era muy iluminador en su intuición, porque nos invitaba a entrar en la experiencia de fe que ha quedado reflejada en esos textos bíblicos. Nos enseñaba a encontrar en sus protagonistas un “modelo de acción”, un paradigma creyente. En unos ejercicios espirituales, el cardenal Martini proponía un modo de leer el Evangelio según san Juan fijándonos en los distintos personajes e interpretando todo el relato evangélico como una serie de historias de amistad con Jesús. Estos encuentros con los Evangelios podrían ofrecernos varios senderos de encuentro con Jesucristo y oportunidades de entrar en la oración de Jesús. Tendríamos también todo un itinerario para seguir si nos fijáramos en cómo oraba Jesús y cómo se relacionaba con su Padre.

Cuando hablamos de la formación pastoral, la *dimensión pastoral* de la formación, ¿hemos terminado de descubrir que los *imperativos* pastorales derivan de los *indicativos* de la historia de la salvación? Dicho de otro modo: ¿estamos convencidos de que el camino de la Revelación proporciona un modelo obligatorio para la pastoral? “Han visto lo que he hecho con ustedes, hagan ustedes lo mismo” (Jn 13,15). Es la respuesta de amor al amor que Él nos tiene.

El camino de la Revelación traza el modelo de la pastoral. Y no me estoy refiriendo sólo a la pastoral que los chicos o los curas van a hacer después, sino también a las formas y métodos que nosotros utilizamos ahora en su formación. ¿En esas formas y métodos hay un estilo dialogal, dialógico, de encuentro interpersonal? ¿Qué pesa más la estructura o la personal en nuestros seminarios? Cuando son muy grandes, ¿qué recursos podemos inventar para que la estructura –tan necesaria– no nos devore las posibilidades de los encuentros más personales, o como dice el texto de Aparecida, «el acompañamiento del discípulo»?

Es verdad que esta Palabra de Dios es muy desestabilizante, desestructuradora, es cuestionadora, no nos deja tranquilos. En el evangelio del domingo pasado, el Señor entraba y se ponía a predicar inoportunamente en la sinagoga, y les movía el piso a todos los que estaban acostumbrados a escuchar que el rabí Fulano dijo tal cosa, el rabí Mengano dijo tal otra. Hay toda una tradición pacífica ininterrumpida de los maestros de Israel, y aquí viene éste a enseñar de una manera nueva y llena de autoridad. Y por supuesto, saltan los demonios del caso. Esta Palabra nueva de Dios, viene a nuestra realidad y nos critica.

En algún lugar, el entonces teólogo Joseph Ratzinger decía que “la Revelación ha ejercido siempre una crítica de la religión”. La Revelación ha purificado, ha hecho profundizar y ha elevado esta búsqueda humana.

Por eso, la *pedagogía de Dios* debería inspirar la pedagogía de la fe o la *pedagogía pastoral*. Habría que hacer como el Señor, que aprende el lenguaje del otro, adopta los ritmos del otro. Así deberíamos nosotros actuar, compartiendo el camino con el otro, abriéndonos a su problemática como hace Jesús con los discípulos de Emaús. En realidad, sólo nos abrimos al que demuestra compartir nuestro interés, nuestra pasión principal. ¿Qué capacidad tenemos nosotros y qué *capacidad* tienen nuestros seminaristas *de adaptarse, sintonizar, gozar con el otro, sufrir con el otro*?

A veces nuestros seminarios, como decía esta mañana, tienen el riesgo de promover una vida demasiado artificial, y esto a veces nos hace perder la capacidad de sufrir con las cosas que hacen sufrir a la gente normal y de gozar con las cosas que hacen gozar a la gente normal. Por eso, a veces nos hacemos unos dramas y unos problemas enormes por cosas que en realidad a la gente normal no le mueven un pelo y gozamos y exultamos por cosas que en realidad al cristiano no le cambian la vida. Todo por esa especie de artificialidad, que a veces tiene nuestra vida.

Y, sobre todo es importante crecer en el diálogo, la *capacidad de la construcción común*, de armonizar libertades en colaboración, en alianza, en “sinergia” como se empieza a decir hoy.

VI. La naturaleza sacramental de las SS.EE.

Palabra divina y humana

Miércoles 04 de febrero de 2009 (Por la mañana)

«Tú, por tu parte, permanece fiel a lo que aprendiste y aceptaste, sabiendo de quienes lo has aprendido y que desde la infancia conoces las Sagradas Escrituras que te enseñaron el camino de la salvación por medio de la fe en Jesucristo. Toda la Escritura ha sido inspirada por Dios, y es útil para enseñar, para persuadir, para corregir y para educar en la rectitud, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto y esté preparado para hacer el bien» (2Tim 3,14-17).

Este texto de la carta a Timoteo nos renueva en la opción que hemos hecho al comienzo, de reflexionar acerca de este papel central que la Palabra de Dios tiene y debe tener, de hecho, en nuestra vida ministerial, en la vida del creyente y en la vida de la formación de nuestros seminarios.

Es interesante lo que los Obispos han querido decirnos en la Conferencia de Aparecida. Ayer les entregaban el fragmento final de un artículo [*Medellín 33* (2007)] de Mons. Santiago Silva Retamales, obispo y biblista, que está trabajando desde hace mucho tiempo en la pastoral bíblica y en la animación bíblica de la pastoral en Chile. El artículo es más amplio, pero en la parte final, resume en estos cuatro apartados las aportaciones que la Conferencia de Aparecida hace al tema de la Palabra de Dios en la vida de la Iglesia:

- la Sagrada Escritura, fuente de auténticos encuentros con Jesucristo vivo.
- la Sagrada Escritura, fuente de crecimiento en humanización.
- la Sagrada Escritura, fuente de comunión y de comunidades.
- la Sagrada Escritura, fuente del compromiso por el Reino de justicia y de vida.

Esto toca también a las distintas dimensiones de la formación en las que hemos empezado a trabajar ayer. El primer apartado *Sagrada Escritura, fuente de auténticos encuentros con Jesucristo vivo* auspicia que el contacto con la Biblia renueve en nosotros esa experiencia fundante, que está en el origen de nuestra vocación y de nuestro ministerio. Dice el texto: «La Palabra de Dios escrita debe ser gestora en el encuentro con Jesús resucitado, Camino, Verdad y Vida (Jn 14,6), nutriendo la amistad con el Señor y posibilitando un auténtico discipulado misionero en la Iglesia. Lo hará si la Palabra se interpreta adecuadamente, abriendo el conocimiento de Jesús en cuanto único Camino para vivir como hijos del Padre, si se ora personal y comunitariamente posibilitando un diálogo frecuente y fecundo con Jesús en cuanto Vida nueva, y si es fuente de evangelización propia y de otros animando a la conversión personal y suscitando el anuncio de Jesús en cuanto Verdad que salva».

El texto nos recuerda la riqueza y las enormes posibilidades que tiene para la renovación de la vida de la Iglesia y del ministerio este contacto frecuente con la Palabra de Dios. Es decir, no se puede suplir con otras cosas; no se puede suplir con otras palabras. No se puede suplir, sencillamente porque es Palabra de Dios. Algunas de las propuestas (*propositiones*) del Sínodo nos lo recuerdan con bastante fuerza. Ningún otro libro, ninguna otra literatura –por muy buena y muy santa que sea– puede suplir ese alimento que es la Palabra misma de Dios en la Escritura.

A partir de esta reflexión sobre *la inspiración de la Escritura*, queríamos acercarnos al texto de la *Dei Verbum*, que habla explícitamente sobre éste artículo de fe: «La revelación que la Sagrada Escritura contiene y ofrece, ha sido puesta por escrito bajo la inspiración del Espíritu Santo. La Santa Madre Iglesia, fiel a la fe de los Apóstoles, reconoce que todos

los libros del Antiguo Testamento y del Nuevo Testamento, con todas sus partes son sagrados y canónicos, en cuanto que, *escritos por inspiración del Espíritu Santo*, tienen a Dios como autor y como tales han sido confiados a la Iglesia» (DV, 11).

Entonces, hay desde el principio una confianza radical en esa Palabra de Dios a la que nos acercamos en la Biblia. *Porque es Palabra de Dios* nos acercamos a ella con una actitud particular: la fe, la sed, que nos empuja a buscar al Dios que nos habla, antes aún que las cosas que nos dice. Buscamos al Dios que nos habla en esas palabras confiando en la fuerza que éstas tienen para ponernos en contacto con Él.

I.18. El sentido analógico de la expresión “Palabra de Dios”

El término “Palabra de Dios” ha sido objeto de reflexión desde los *lineamenta* del Sínodo en adelante, en las alocuciones de algunos de los Padres sinodales y en algunas de las propuestas finales. “Palabra de Dios”, en primer lugar, es el Verbo eterno de Dios, la segunda persona de la Trinidad. La “Palabra de Dios” está presente en la Creación, que ha sido hecha por la Palabra; pero esta Palabra se revela en la historia y concretamente en la historia del Pueblo de Israel; esa Palabra se encarna, se hace presente en la carne de Jesús de Nazareth; y esa Palabra es proclamada por la Iglesia una y otra vez, esa Palabra se pone por escrito y tiene como testimonio privilegiado, como testigo fundamental, la Sagrada Escritura. Entonces, hay como una *aplicación analógica* de la expresión, según los diversos *grados de presencia* de esta misma realidad que es la Palabra de Dios. En este marco, la Sagrada Escritura es la Palabra de Dios que se expresa por escrito *en palabras humanas*.

A este propósito, resultan muy interesantes las meditaciones que ofreció R. Cantalamessa al Papa y a los miembros de la Curia a la vista del Sínodo de los obispos que iba a tener lugar en octubre. (Cito su texto entre comillas y comento).

Habla en primer lugar sobre “la predicación en la vida de Jesús”: «...“Marchó Jesús a Galilea y proclamaba el Evangelio de Dios: “El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en el Evangelio”” (Mc 1,14-15). Mateo escribe más brevemente: “Desde entonces comenzó Jesús a predicar y a decir: “Convertíos, porque el Reino de los Cielos ha llegado”” (Mt 4, 17). Con estas palabras empieza el “Evangelio”, entendido como la buena noticia “de” Jesús [esto es, traída por Jesús y de la que Él es el *sujeto*], diferente de la buena noticia “sobre” Jesús de la sucesiva predicación apostólica, en la que Jesús es el *objeto*» [la buena noticia *que es* Jesucristo, podríamos decir] (Cantalamessa, Cuaresma 2008 en la Casa Pontificia, Primera predicación: “Jesús comenzó a predicar”, n. 1).

«Se trata de un evento que ocupa un lugar bien preciso en el tiempo y en el espacio: sucede “en Galilea”, “después de que Juan fue arrestado”. El verbo empleado por los evangelistas, “comenzó a predicar”, pone fuertemente de relieve que se trata de un “inicio”, de *algo nuevo* no sólo en la vida de Jesús, sino *en la historia* misma de la salvación». Es decir, se inicia a partir de la predicación de Jesús, un período nuevo en la historia, porque esa Palabra de Dios resuena de una manera absolutamente nueva en la boca del Señor, en la boca de Aquél que es la Palabra hecha carne.

«La Carta a los Hebreos expresa así la novedad: “Muchas veces y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros Padres por medio de los Profetas; en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo” (Hb 1,1-2). Comienza un tiempo particular de salvación, *un kairos nuevo*, que se extiende durante cerca de dos años y medio (desde el otoño del año 27 hasta la primavera del año 30 d.C.). Jesús atribuía a esta actividad suya tal importancia como para decir que había sido enviado por el Padre y consagrado con la unción del Espíritu precisamente para esto, o sea, “para anunciar a los pobres la Buena Nueva” (Lc 4,18)». Jesús tiene muy claro en su ministerio que su misión consiste en anunciar una palabra que es Buena Noticia para los pobres, que es Buena Noticia para la gente. Los evangelios lo expresan desde el comienzo de una manera muy nítida.

«La predicación forma parte de los llamados “misterios de la vida de Cristo” y es como tal que a él nos acercamos». ¿Por qué “misterio”? Porque este hecho histórico encierra un significado hondo que va más allá simplemente de los

contornos físicos de la cuestión histórica. Es un *evento* de la vida de Jesús, *portador de un significado salvífico*. Por eso nosotros, en el rezo del Rosario, no decimos “en la primera escena recordamos tal hecho” sino más bien “en el primer misterio contemplamos tal cosa”. Porque creemos que en cada acontecimiento de la vida de Jesús y de María se encierra un misterio de salvación que se puede desentrañar *sólo desde la contemplación y la fe*.

De manera muy significativa, también el comienzo del Evangelio de Lucas nos pone en esta perspectiva cuando, al hablar de los pastores, enuncia los hechos que acontecen y usa unos términos que dejan entender el trasfondo semítico de sus fuentes. Cuando los pastores escuchan el anuncio del ángel, dicen: «Vamos a Belén a ver este acontecimiento que nos ha sido anunciado». El griego dice “esta palabra que ha acontecido” (*hoc verbum quod factum est*, dice la traducción latina) y manifiesta una concepción típica de toda la Biblia: el *dabar* hebreo que no es sólo una palabra, un movimiento del aire producido por la voz humana, sino un hecho que acontece, un acontecimiento que se produce en virtud de la palabra pronunciada. Y al revés: cada acontecimiento encierra una palabra, lleva un sentido que hay que desentrañar. Palabra y acontecimiento están íntimamente interrelacionados.

El mismo Lucas dice más adelante: «La Virgen recordaba todas estas *cosas* y las iba meditando en su corazón». Es curioso porque también en el griego dice que «la virgen recordaba estas palabras (*ta rémata tauta*)». Es decir, cada acontecimiento encierra un sentido. La fe es capaz de descubrir un sentido, un misterio de salvación, y por eso, este acontecimiento de la predicación de Jesús también encierra el misterio de una realidad nueva que comienza a aparecer en el horizonte de la vida de los hombres. Esta Palabra de Dios es una novedad que causa salvación. «Si no existe una fiesta litúrgica específica de la predicación de Jesús –como suele haber fiestas que recuerdan la Transfiguración, el Bautismo de Jesús, otros misterios de la vida de Cristo– es porque ésta se recuerda en cada liturgia de la Iglesia».

Cada vez que la Iglesia hace resonar ante los oídos de los fieles la Palabra de Dios vivo, *acontece* nuevamente ese mismo misterio: *se renueva* para toda la asamblea este misterio de salvación, este misterio de la Palabra que resuena con la misma autoridad, que le da el Espíritu Santo. «La “liturgia de la Palabra” en la Misa no es sino la actualización litúrgica del Jesús que predica... Un texto del Concilio Vaticano II dice: Cristo “está presente en su palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es Él quien habla” (SC 7)». Por eso, los *lineamenta* del Sínodo recuerdan que se puede decir que lo que la Iglesia predica en ese contexto *es* también Palabra de Dios.

«Igual que, en la historia, después de haber predicado el Reino de Dios, Jesús fue a Jerusalén a ofrecerse en sacrificio al Padre, en la liturgia, después haber proclamado nuevamente su palabra». Ese mismo Cristo que habla va a ofrecerse sobre el altar como víctima pura, inmaculada y santa al Dios que nos da la salvación. «Cuando al final del prefacio decimos: “Bendito el que viene en nombre del Señor: Hosanna en lo alto del Cielo”, nos trasladamos idealmente a ese momento en que Jesús entra en Jerusalén para celebrar allí su Pascua; es donde termina el tiempo de la predicación y comienza el tiempo de la pasión».

«La *predicación* de Jesús es por lo tanto un “misterio” porque no contiene sólo la revelación de una *doctrina*, sino que explica el misterio mismo de la *persona* de Cristo; es esencial para entender tanto el precedente –el misterio de la encarnación– como el siguiente: el misterio pascual. Sin la palabra de Jesús, serían eventos mudos». “El comienzo de la predicación” es uno de los *misterios luminosos* del Rosario. La palabra, entonces, viene a manifestar el sentido profundo de los gestos. Sin la predicación de Jesús, sin que Jesús hubiese anunciado ese Reino que viene y sin que hubiese anunciado su pasión, podríamos entender su muerte como el resultado de un complot de sus enemigos que intentan sacárselo del medio. Pero Jesús anuncia el sentido salvífico de esos acontecimientos, y por eso se hacen también luminosos todos ellos.

I.19. La predicación de Jesús continúa en la Iglesia

El autor de la Carta a los Hebreos insiste mucho en una categoría también usada por la tradición deuteronomista de la Biblia que es el “hoy”. Por eso, por ejemplo, en el cap. 3, en una especie de *midrash* sobre el salmo 94, el autor dice: “si hoy escucháis su voz, si escucháis hoy su voz, no endurezcáis el corazón” e invita a acoger esa palabra mientras dure este “hoy”. Realmente, la presencia del Verbo de Dios hecho carne ha abierto en la historia del hombre un “hoy” que hace posible la salvación para todos los que quieran acogerla. «El autor de la epístola a los Hebreos escribía bastante tiempo después de la muerte de Jesús, por lo tanto mucho después de que Él hubiera dejado de hablar; sin embargo dice que Dios nos ha hablado por medio del Hijo “en estos últimos tiempos”. Así que considera los días en que vive como parte de los “días de Jesús” [...] “Si oís hoy su voz no endurezcáis vuestros corazones”, la aplica a los cristianos diciendo: “¡Mirad hermanos! Que no haya en ninguno de vosotros un corazón maleado por la incredulidad que le haga apostatar de Dios vivo; antes bien exhortaos mutuamente cada día mientras dure este hoy” (Hb 3,7-8)».

Dios habla, por lo tanto, también hoy en la Iglesia, y habla “por medio del Hijo” (cfr. DV 8). La predicación de la Iglesia hace resonar la Voz de Dios: «¿Pero cómo y dónde podemos oír esa “voz suya”? La revelación divina está cerrada; en cierto sentido, ya no hay más palabras de Dios. Más he aquí que descubrimos otra afinidad entre Palabra y Eucaristía. La Eucaristía está presente en toda la historia de la salvación: en el Antiguo Testamento, como figura..., en el Nuevo Testamento, como evento..., en la Iglesia, como sacramento (la Misa). El sacrificio de Cristo está consumado y concluido en la cruz; en cierto sentido, por lo tanto, ya no hay más sacrificios de Cristo; con todo, sabemos que existe todavía un sacrificio y es el único sacrificio de la Cruz que se hace presente y operante en el sacrificio eucarístico. El evento continúa en el sacramento, la historia en la liturgia. Algo análogo sucede con la palabra de Cristo: ha cesado de existir como *evento*, pero existe aún como *sacramento*» y vuelve a ser acontecimiento cuando la Iglesia la proclama en la celebración litúrgica.

Por eso decimos, lo dice también el Sínodo de los Obispos, que la celebración litúrgica en general y la celebración eucarística en particular, es el espacio, el ámbito, el lugar, en donde la Palabra de Dios escrita en la Escritura, en la Biblia, se hace nuevamente acontecimiento cuando se proclama y se predica a la asamblea de los fieles.

«En la Biblia, la palabra de Dios (*dabar*) especialmente en la forma particular que asume en los profetas, constituye siempre un acontecimiento, una palabra-evento, o sea, una palabra que crea una situación». Por eso, el miedo de la gente cuando empiezan a hablar los profetas, porque si lo dejan hablar, están perdidos; una vez que han dicho su palabra, esa palabra se cumplirá. De ahí el afán de Yoyaquim en quemar el rollo escrito por Jeremías: hay que anular la palabra, porque sino esa palabra una vez escrita, y una vez dicha, tiene eficacia, acontece.

Es una dimensión de la palabra que solemos descuidar. Para nosotros, la palabra, un poco a la griega, trae sólo una idea, una información. En cambio para la mentalidad bíblica, la palabra no es sólo eso, sino que es comprendida fundamentalmente como acontecimiento que *crea* una nueva situación, que *transforma* la historia y *cambia* el contexto en el que se pronuncia. Pero hoy la misma ciencia lingüística reconoce esa dimensión de la palabra, esta función pragmática del discurso que nos permite también entenderlo más profundamente.

«La Palabra se hizo carne (Jn 1, 14). ¡El evento ahora es una persona! ...Jamás se encuentra la frase: «la palabra de Dios se dirigió a Jesús», porque Él es la Palabra. A las realizaciones provisionales de la palabra de Dios en los profetas, sucede ahora la realización plena y definitiva» La Palabra de Dios acontece como una vida humana con todo lo que ésta implica. El es la realización plena de esa Revelación, es mediador y plenitud de la Revelación, decía DV 2.

I.20. La palabra como “sacramento que se oye”

Esta expresión que recordábamos ayer tiene sus raíces en algunos padres –sobre todo en san Agustín– ha sido retomada por el catecismo alemán y sale de nuevo en las reflexiones del Sínodo. Para acercarnos a este misterio de la Palabra de

Dios, palabra inspirada que tiene una eficacia particular, Cantalamessa habla de la Palabra como “sacramento que se oye”.

«Ya no hay más *palabras-evento* en la Iglesia, pero hay *palabras-sacramento*. Las palabras-sacramento son las palabras de Dios “sucédidas” una vez para siempre y recogidas en la Biblia [“reservadas” en una “reserva escriturística”, análoga a la “reserva eucarística”], que vuelven a ser “realidad activa” cada vez que la Iglesia las proclama con autoridad y el Espíritu que las ha inspirado vuelve a encenderlas en el corazón de quien las escucha...»

«Cuando se habla de la Palabra como “sacramento”, se toma este término no en el sentido técnico y restringido de los “siete sacramentos” —definidos en Trento—, sino en el sentido más amplio». Se trata del sentido en que lo usaban los Padres de la Iglesia. Y el Catecismo (774) ha querido retomar este uso de *mysterium* y *sacramentum* y explicar cómo se han ido aplicando posteriormente.

El término “sacramento”, se toma «en el sentido más amplio por el que se habla de Cristo como el “primordial sacramento del Padre” y de la Iglesia como del “sacramento universal de salvación”. Teniendo presente la definición que san Agustín da del sacramento como “una palabra que se ve” (*verbum visibile*) (S. Agustín, *Tratado sobre el evangelio de Juan*, 80,3), se suele definir, por contraste, la palabra como “un sacramento que se oye” (*sacramentum audibile*)».

«En cada sacramento se distingue un signo visible y la realidad invisible que es la gracia. La palabra que leemos en la Biblia, en sí misma, no es más que un signo material (como el agua y el pan), un conjunto de sílabas muertas o, como mucho, una palabra del vocabulario humano como las demás; pero cuando interviene la fe y la iluminación del Espíritu Santo, a través de este signo entramos misteriosamente en contacto con la viva verdad y voluntad de Dios y oímos la voz misma de Cristo»

«“El cuerpo de Cristo —escribe Bossuet— no está más realmente presente en el adorable sacramento de cuanto la verdad de Cristo lo está en la predicación evangélica. En el misterio de la Eucaristía las especies que veis son signos, pero lo que en ellas se encierra es el mismo cuerpo de Cristo; en la Escritura, las palabras que oís son signos, pero el pensamiento que os dan es la verdad misma del Hijo de Dios”». El Cura de Ars decía: “Nuestro Señor no da menos importancia a su Palabra que a su Cuerpo”.

«La sacramentalidad de la palabra de Dios se revela en el hecho de que a veces aquella actúa manifiestamente más allá de la comprensión de la persona, que puede ser limitada o imperfecta, obra casi por sí misma, *ex opere operato*». La Palabra desata en el corazón de quien la escucha dinamismos que van mucho más allá de lo que uno pueda controlar racionalmente.

«Entre la gente y también en la Iglesia ha habido y habrá libros mejores que algunos libros de la Biblia, más refinados literariamente y más edificantes religiosamente [...], pero ninguno de ellos obra como lo hace el más modesto de los libros inspirados. Existe, en las palabras de la Escritura, algo que actúa más allá de toda explicación humana; hay una desproporción evidente entre el signo y la realidad que produce, cosa que permite pensar, precisamente, en la eficacia de los sacramentos».

Las “aguas de Israel”, que son las Escrituras divinamente inspiradas, continúan hoy curando de la lepra de los pecados; al terminar de leer el pasaje del evangelio de la Misa, la Iglesia invita al ministro a besar el libro y a decir: “Las palabras del Evangelio borran nuestros pecados” (*per evangelica dicta deleantur nostra delicta*)».

Es interesante la aportación del P. Nicolás, el preposición general de los jesuitas en el Sínodo, que apunta al *poder terapéutico* de la Palabra, a la capacidad que tiene la Palabra de Dios de sanar, de curar, de transformar el corazón. Quizás el caso más célebre es el de Agustín. «Al leer las palabras de Pablo a los Romanos (13,11ss.): “Despojémonos de las obras de las tinieblas... Como en pleno día, procedamos con decoro: nada de lujurias y desenfrenos”, sintió una “luz de

serenidad” que le asaltaba el corazón y comprendió que se había curado de la esclavitud de la carne (S. Agustín, *Confesiones*, VIII, 12)».

Esto es para subrayar, la fuerza sacramental que tiene la Palabra de Dios y por la cual nos acercamos con confianza a la Biblia, sabiendo que contiene esas palabras de Dios que a nosotros nos pueden alcanzar la salvación que buscamos. Por eso, la necesidad del contacto asiduo con la Palabra. En esto no nos tenemos que cansar de invitar a todo el mundo a tener en sus manos el libro de la Palabra de Dios. Lo recomienda el Concilio en varios lugares, a los religiosos explícitamente y a todos los fieles en el capítulo final de la *Dei Verbum*.

I.21. La liturgia de la palabra

Pero hay un momento en la vida de la Iglesia donde esa palabra tiene una densidad y una eficacia particular, y es en la Sagrada Liturgia, sobre todo en la Eucaristía, en la celebración eucarística.

«Escuchadas en la liturgia, las lecturas bíblicas adquieren un sentido nuevo y más fuerte que cuando se leen en otros contextos. No tienen tanto el objetivo de conocer mejor la Biblia [...], cuanto el de reconocer a quién se hace presente al partir el pan, iluminar cada vez un aspecto particular del misterio que se va a recibir. Esto aparece de modo casi programático en el episodio de los dos discípulos de Emaús: fue escuchando la explicación de las Escrituras como su corazón empezó a arder, de manera que fueron capaces de reconocerle después al partir el pan». Su corazón iluminado pudo reconocer al Cristo en el gesto típico de su actitud pascual al partir el pan en la casa.

«En la Misa las palabras y los episodios de la Biblia no sólo se narran, sino que se reviven; la memoria [con toda la fuerza que tiene esta categoría bíblica, *zikkaron*, *memoriale*] se convierte en realidad y presencia. Lo que sucedió “en aquel tiempo”, ocurre [...] “hoy” [...]. No somos sólo oyentes de la palabra, sino interlocutores y actores en ella. Es a nosotros, ahí presentes, a quienes se dirige la palabra; estamos llamados a ocupar el lugar de los personajes evocados» en los textos: nosotros estamos, en Misa, ante la verdadera zarza ardiente (Ex 3); nosotros vamos a recibir en los labios la verdadera brasa (Is 6), a aquél que ha venido a traer fuego a la tierra, nosotros nos preparamos para comer a quien es la palabra misma hecha carne y hecha pan. Y así con cada episodio evangélico. ¿Cómo no identificarse en Misa con el paralítico, con el ciego, con la pecadora, con cada uno de los personajes?

«No sólo los hechos, sino también las palabras del evangelio escuchadas en Misa adquieren un sentido nuevo y más fuerte. Cuando en la Biblia encontramos el “ahora”, el “aquí”, que aparece muchas veces, para nosotros ese “ahora” y ese “aquí” tienen un peso específico muy particular: ¡Ahora, aquí hay algo más que Jonás! ¡Ahora aquí hay algo más que Salomón!».

“Vosotros que estáis acostumbrados a tomar parte en los divinos misterios –decía Orígenes a los cristianos de su tiempo–, cuando recibís el cuerpo del Señor lo conserváis con todo cuidado y toda veneración para que *ni una partícula caiga al suelo*, para que nada se pierda del don consagrado. Estáis convencidos, justamente, de que es una culpa dejar caer sus fragmentos por descuido. Si por conservar su cuerpo sois tan cautos –y es justo que lo seáis–, sabed que *descuidar la palabra de Dios no es culpa menor que descuidar su cuerpo*” (Orígenes, *In Exod. hom.* XIII, 3).

«Entre las muchas palabras de Dios que oímos cada día en Misa o en la Liturgia de las Horas, *hay casi siempre una destinada en particular a nosotros*. Por sí sola puede llenar toda nuestra jornada e iluminar nuestra oración. Se trata de no dejarla caer en el vacío [...] Es la actitud que en Isaías se atribuye al Siervo del Señor: “Cada mañana despierta mi oído para escuchar como los discípulos” (Is 50, 4). Así deberíamos ser nosotros cuando se proclama la palabra de Dios.

Me parecía interesante recoger este aporte de Cantalamessa para reconocer el valor que tiene la Palabra de Dios en la tarea formativa que se nos ha encomendado de una manera particular. Si de verdad confiamos en el poder que tiene esa

Palabra para transformar los corazones, aunque no sepamos muy bien cómo, esa Palabra se va a abrir camino. Es una invitación a confiar en la Palabra de Dios, recurrir a ella, poner a los muchachos en contacto con ella, lo más intensa y extensamente posible.

I.22. El presbítero, servidor de la Palabra

A este respecto me gustaría entrar en alguna consideración final que se seguiría inmediatamente de esto. Leo dos proposiciones del Sínodo, que se refieren a nuestra tarea:

Propuesta 31: *La Palabra de Dios y los presbíteros*. «La Palabra de Dios es indispensable para formar el corazón de un buen pastor, ministro de la Palabra... “el sacerdote debe ser el primer creyente de la Palabra, en la plena conciencia de que las palabras de su ministerio no son suyas sino de Aquél que lo ha enviado. De esta Palabra él no es dueño sino servidor, de esta Palabra él no es el único poseedor, es deudor respecto del pueblo de Dios” (PDV 26).

Los sacerdotes, y en particular los párrocos, están llamados a alimentarse cada día de las Sagradas Escrituras y a comunicarlas con sabiduría y generosidad a los fieles confiados a su cuidado».

Proposición 32: *Formación de los candidatos al Orden Sagrado*. «Los candidatos al sacerdocio deben aprender a amar la Palabra de Dios; que sea entonces la Escritura el alma de toda su formación teológica, subrayando la indispensable circularidad entre exégesis, teología, espiritualidad y misión. La formación de los sacerdotes debe, entonces, comprender múltiples aproximaciones a la Sagrada Escritura:

- La lectura orante, en particular la *lectio divina* tanto personal como comunitaria, en el cuadro de una primera lectura de la Biblia; hará falta proseguirla luego durante todo el proceso de la formación, teniendo en cuenta lo que la Iglesia establece respecto del cuidado de los retiros y ejercicios espirituales en la educación de los seminaristas. Nutrirse con asiduidad de la Palabra de Dios también a través de las riquezas del *Oficio divino*.
- El descubrimiento de la exégesis en sus diversos métodos, un estudio preciso y amplio de las reglas hermenéuticas, es necesario para superar los riesgos de una interpretación arbitraria. Los métodos de la exégesis deben ser entendidos de manera justa, con sus posibilidades y sus límites, permitiendo así una inteligencia recta y fructuosa de la Palabra de Dios.
- El conocimiento de la historia, de lo que ha producido la historia de las Escrituras en los Padres y en la Iglesia, en los santos, en los doctores, en los maestros de la espiritualidad hasta el día de hoy.
- La intensificación durante los años del seminario de la formación para la predicación y para la vigilancia sobre la formación permanente durante el ejercicio del ministerio, de manera que la homilía pueda interpelar a aquellos que escuchan.

Paralelamente a la formación en el interior del seminario, se invitará al futuro sacerdote a participar en encuentros con grupos y asociaciones de laicos reunidos en torno a la Palabra de Dios. Estos encuentros, desarrollados por un lapso de tiempo suficientemente largo, favorecerán a los futuros ministros la experiencia y el gusto de la escucha de lo que el Espíritu suscita en los creyentes reunidos como Iglesia, tanto pequeños como grandes.

No hay que descuidar tampoco, un estudio serio de la filosofía que lleve a valorar con claridad los presupuestos y las implicancias contenidas en las diversas hermenéuticas aplicadas al estudio de la Biblia. A este propósito, se desea que en la facultades filosóficas se desarrollen y enseñen un pensamiento filosófico y cultural (arte, música), abiertos a la trascendencia, de modo que los discípulos puedan entender y escuchar mejor la Palabra de Dios, que sólo puede colmar los deseos del corazón humano.

Se desearía también una renovación de los programas académicos, para que aparezca mejor el estudio sistemático de la teología a la luz de la Sagrada Escritura; y además una revisión de los cursos en el seminario, en la casa de formación, deberá estar atenta a que la Palabra de Dios tenga el puesto debido en las diversas dimensiones de la formación»

Esto nos lleva al tema que me gustaría tratar en el próximo bloque, que es la necesidad de la interpretación y de la hermenéutica. En este segundo bloque intentaremos acercarnos al documento de *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*. y ver qué aportaciones puede hacernos a la formación. Este documento, podríamos decir, que es un desarrollo, que lleva más allá la *Dei Verbum* o cosas que la *Dei Verbum* no había podido desarrollar en plenitud. Trae sobre todo una ampliación, un desarrollo de la enseñanza del número 12 y del capítulo 6. El número 12 es el que habla de cómo hay que interpretar la Sagrada Escritura, y todo el capítulo 6 es “La Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia”. Por eso el documento del año ‘93 de la Pontificia Comisión Bíblica se llama “*La Interpretación de la Biblia en la Iglesia*”.

Diálogo.

P. Alejandro Giorgi: Un detalle que me parece importante, que ya lo charlamos en los dos grupos, es lo de Aparecida, el tema de *la escucha*. En las pautas de trabajo que nos diste para ayer era en el número 2: “El discernimiento en la opción vocacional han de ser fruto de una escucha”. Me parece que en eso consiste la conversión pastoral de Aparecida: la escucha. La escucha, el discernimiento comunitario de los signos de Dios, me parece que ése es el núcleo de la conversión pastoral.

Nosotros los formadores hace dos años, cuando estuvimos en el NEA, habíamos pedido precisamente antes de Aparecida ese tema: el discernimiento comunitario. Me parece que eso está en el espíritu de estos encuentros, que necesitamos como equipo de formación, como comunidad de sacerdotes que se dedican a la formación, elementos de escucha y de discernimiento —¡qué mejor que la Palabra de Dios!—, para poder entrar en la pedagogía de Dios y eso poder comunicarlo también a los futuros curas. Y en ese sentido ayer creo que Adolfo Canecín decía unas palabras que a mí me inspiraron mucho: que en definitiva nosotros como formadores somos “facilitadores”, yo diría también “catalizadores”, instrumentos así de la Palabra de Dios en la vida de los demás. Por supuesto nosotros tenemos que ser los primeros en los que se produzca eso. Éste es el marco de los comentarios e ideas que ayer compartíamos. Queríamos que nos dieras elementos como para que la Palabra de Dios nutra al equipo de formadores, no sólo a los seminaristas.

P. Blunda: Bien, ése ha sido el intento y por eso hemos empezado a pensar en nosotros mismos, insistiendo desde el principio en que no podemos pensar sólo en los muchachos que se nos encomiendan, sino que en primer lugar en los formadores, porque esto se transmite por contagio, no porque lo digamos mucho, sino porque uno de alguna manera aunque sea precariamente, lo vive. Por eso me parecía importante también que hubiese momentos de oración o de *lectio*, para que desde ahí cada uno pudiese ver, desde la propia experiencia, cómo esto se puede vivir con los muchachos en el seminario.

Lo que estamos intentando, sobre todo, es dar criterios, una fundamentación bíblico-teológica. Pero es claro que tenemos que intentar “aterrizar” y espero que esto se vaya haciendo en los grupos. Creo que la realidad de los distintos seminarios es bastante diversa. Eso puede ser una riqueza y puede ser una dificultad a la vez. Pero me parecía que el aporte de la reflexión de ustedes, al volver aquí al plenario, podía dar pie a concreciones interesantes.

P. Diego Gatti (Santa Fe): Bueno, nosotros ayer estuvimos también trabajando sobre ese tema y desde la lectura de Samuel vimos dos cosas. Una desde Elí y otra desde Samuel.

Desde Elí: como sacerdote, como formador de Samuel, lo ayudó justamente a encontrarse con Dios, facilitó que Samuel reconociera a Dios. Y en primer lugar también cómo la vocación no es de Elí, sino que el llamado es de Dios (eso lo tiene bien consciente Elí). Eso nos puede ayudar a nosotros como formadores: el saber que la vocación es de Dios, Dios es quien llama, nosotros tenemos que ayudar a que cada muchacho pueda responder a ese llamado.

Y después también desde Samuel: Elí fue realmente puente, no puso obstáculos al encuentro de Samuel con Dios, al contrario fue un pontífice: ayudó a que Samuel se encontrara con Dios y le pudiera responder. También desde Samuel la disponibilidad que él tenía para escuchar a Dios. Y acá también lo uníamos a las amenazas que por ahí se puede tener en la sociedad de hoy, la falta de silencio, de interioridad que tienen los jóvenes hoy. Pensábamos cómo entonces el seminario tiene que ser un ámbito propicio para que cada muchacho pueda encontrarse con la Palabra de Dios, meditarla, escuchar a Dios y así poder responder. Entonces cómo también el seminario se prepara para ser ese ámbito propicio en el silencio, en el encuentro con Dios. Esto nos debe ayudar mucho.

También hablábamos con el grupo de ayer y también el lunes sobre la presencia de la Palabra de Dios en las etapas de formación. Yo estoy en teología, pero estábamos creo que de distintas etapas. Pero esto también es un poquito lo que ha resonado desde el lunes, porque los que estaban en el introductorio y en el seminario menor veían como los chicos, por ahí en la meditación utilizaban libros de santos, y después, ya en filosofía y ya en teología, pasaban directamente a la Palabra de Dios. Veíamos cómo esa meditación de los santos y ese encuentro con Cristo en la Palabra, los llevó a buscar al que realmente santificó a los santos; se fue dando un proceso, un camino realmente pedagógico hasta encontrarse con la Palabra de Dios. También el hecho de preparar la oración la noche anterior es una costumbre que se da por ahí en algunos seminarios, como que ya forma parte de la vida del seminarista el preparar la Palabra de Dios. Lo veíamos en estos días cuando muchos al ingresar llevan la agenda también a la capilla, pero después cuando se ha hecho la preparación de la oración a la noche, van directamente con la Biblia y la agenda queda al costado o no se la lleva ya a la capilla porque ya hay una preparación, un gustar previo a la Palabra de Dios y preparase para la meditación.

También uno lo ve a esto por la experiencia que tiene en la formación en cuanto que habla con los muchachos en el periodo de vacaciones, creo que es el termómetro, porque por ahí en los primeros años la oración, laudes, vísperas, en vacaciones como que quedan de lado, solamente la Misa al ir los chicos a sus parroquias. Pero uno ve que en teología se ha hecho parte de la vida la oración. Uno, hablando con ellos, nota que se acercan a la parroquia media hora antes de la Misa o una hora antes y hacen oración personal; rezan laudes, vísperas, y van descubriendo la necesidad de oración, ya que en la vida de ellos va a ser después el alimento cotidiano, también con la Eucaristía, para la vida sacerdotal.

También la importancia del lectorado. También veíamos la necesidad de este ministerio, aprovecharlo para los que van a recibirlo, para ese encuentro con la Palabra de Dios, con Cristo que nos habla en la Palabra de Dios. Tanto el lectorado como el acolitado, pero especialmente aquí el lectorado. Reflexionábamos sobre cómo ayudar a los jóvenes, a los seminaristas, a que este ministerio sea para ellos un alimento en la vida cotidiana.

También lo que veíamos en una pregunta que vos nos hacías (¿cuáles son las cosas positivas, las virtudes de esta época con la cual los chicos ingresan?). En un primer momento vimos la sinceridad que tenían ellos, al ser abiertos, ya no tienen dificultades de contar y abrirse en un clima propicio con los superiores o los formadores o también con sus compañeros, de contar realmente lo que pasa. Pero también eso puede ser algo negativo en cuanto que “yo soy así y listo, Dios me quiere así” y como que se puede cerrar también eso.

También hay problemas en la familia, la inmadurez que se está viviendo, a veces no les permite a los muchachos entregarse por entero. Dificultades que tienen que ver con las propias familias, de padres separados, de madres solteras, eso también dificulta la formación. Pero también tener consciencia de que Dios los ha llamado. Entonces, pensar cómo trabajar, cómo el seminario también debe ser un ámbito para que vaya madurando y dando respuestas a esa vocación de Dios. Y por lo tanto, también nosotros veíamos cómo el formador debe acompañar a los seminaristas, no debe anular la respuesta al seminarista, pero sí debe acompañar incluso en los momentos de crisis y estar presente, sabiendo que él es el que tiene que responder con la Palabra de Dios y el encuentro con Cristo.

P. Fabián Alesso (Paraná): Nosotros también éramos algunos formadores de teología y de otras áreas. Respecto del texto de Samuel, además de todo lo que decía Diego, rescatábamos una cosa también: Elí necesitó tiempo para darse cuenta.

No es que ahí, al toque, descubriera la cosa, sino que también él tuvo que ir haciendo de alguna manera su propio discernimiento. No ya tuvo la cosa resuelta la primera vez.

Después conversamos un poco sobre el tema de la pedagogía de la comunicación de la fe, que nos da para nuestra pedagogía como formadores. Por un lado tratábamos aquello del diálogo con ellos y de ellos para con nosotros, como una pedagogía también de cómo debe ser nuestra actitud en la formación, que no es solamente una cuestión de bajar líneas, contenidos, pautas, sino ante todo establecer un vínculo de amistad. Un vínculo en el cual se pueda dar la formación, y en ese vínculo de amistad también hablábamos de esto que quedó todavía allí diagramado: la comunicación que establece un nosotros en lo que yo te voy compartiendo y vos me vas compartiendo. En el diálogo, el abrirnos más a compartir nosotros también cosas nuestras con los formandos, va creando un clima de confianza, de amistad. No se trata solamente de escuchar a ellos, sino también dejar que ellos nos vayan conociendo a nosotros, lo cual va creando este vínculo de confianza y amistad en el cual es más posible, entonces, la formación, la transmisión.

P. Blunda: No se establecería relación formativa si no hubiera apertura de parte de los dos lados.

P. Fabián Alesso (Paraná): Por eso, por ahí nuestro diálogo con los seminaristas a veces puede sonar como a interpelación, a cuestiones que nos tienen que contar, y quizás en el diálogo formativo es lo propio, pero que en otro contexto también haya de parte nuestra, una apertura para que se pueda vivir, que se vea realmente esa comunión, la cual es ambiente más potable para la relación, para la formación.

P. Blunda: Sobre todo lo que subrayábamos es la experiencia del condiscipulado. En la vida cristiana, nadie “se ha recibido de cristiano” ya.

P. Fabián Alesso (Paraná): Pareciera obvio este ejemplo que vos ponías del chico que a la noche a lo mejor llamaba a la mamá, “que”, “nada”: la importancia del contacto y también la importancia de la presencia, del saber que estamos. También es un tema que compartíamos como una necesidad propia, como punto de partida para que se pueda dar entonces ese ambiente de confianza y de comunicación en el cual vivir nuestra tarea formativa. El trato personal también: lo que por un lado es negativo (el poco número de seminaristas), por otro lado nos favorece para un trato más personal, un conocimiento más personal de cada uno. Estas son algunas cosas que hemos compartido, de esta pedagogía de Dios y cómo aplicarlas para nuestra tarea formativa.

P. Blunda: Lo que va saliendo sobretodo a partir de esto, es una criteriología. No ha sido mi intención tampoco proponer demasiado acciones concretas, eso más bien espero que vaya surgiendo en el diálogo de ustedes, que son los que conocen más el terreno, en el que está trabajando cada uno. Pero sí me parece importante que, a partir de estas reflexiones se vayan deduciendo criterios formativos, aplicables a las distintas dimensiones y etapas formativas, porque derivan de la pedagogía de Dios.

P. Marcelo: Está saliendo mucho de lo que ya se dijo y no quiero repetir, pero un signo de la madurez de la relación con la Palabra, es el proceso desde esta relación personal a una lectura eclesial de la Palabra que se da sobre todo en las categorías de la pastoral, la dimensión pastoral. Cómo la palabra no solamente es un lugar donde yo me encuentro con Dios. Esta riqueza que tal vez está acentuada en introductorio, en filosofía, e inclusive puede ser que el chico se haya sentido llamado desde una palabra sin trabajar toda esa dimensión personal, como la madurez del proceso formativo. Esa palabra se hace palabra desde el lugar de discernimiento de la realidad de la historia, de la comunidad donde está, de interpretación, de interpelación, y es interesante observar como los seminaristas ya van leyendo la realidad desde una clave eclesial. Eso parecía como un indicador si se quiere, también como instrumento pedagógico para ver la madurez del crecimiento. Es decir que la intimidad no se transforme en intimismo sino en alteridad, y alteridad dentro de la comunidad.

P. Blunda: Cuando viene el gozo de sentirse parte del rebaño y desde el nosotros leer el texto.

P. Marcelo: De hecho inclusive a la hora de compartir esa lectura, también van integrando las dimensiones. Esto me parece otro indicador importante en la madurez del proceso: ¿de qué manera se van integrando las otras dimensiones? Si se trasciende meramente lo académico para ver también lo espiritual, lo pastoral, es decir, ¿de qué manera se van interrelacionando, intercomunicando, las distintas dimensiones en la persona, que es la que penetra el misterio, la que vive el misterio, la que anuncia el misterio, en esa realidad? También lo que por ahí compartíamos es cómo vivir de una manera amplia la palabra de Dios y descubrir la palabra vivida en los testigos de la fe. Se da la oportunidad también de ver la pastoral como lugar para seguir escuchando lo que Dios dijo en la vida de otro; muchos de nosotros tenemos las experiencias de hospitales, cárceles, de distintas dimensiones donde hay testigos de la fe que se han encontrado con la Palabra. Cómo escuchar, cómo acompañar pedagógicamente a la escucha de lo que Dios le ha dicho a otros, lo que ha salido al encuentro de otros, que me parece que va mucho con esto que vos señalabas (hoy recién hablábamos con Fernando), tan rico de pastor y cordero en esa imagen, como una oportunidad de ponerse siempre como discípulo frente a un Dios que habla de distintas maneras (en la realidad, en la historia, en la pastoral), y pensar la misma comunidad del seminario como lugar de escucha de esos testigos de la fe. Es decir, el hermano que está al lado es un hermano llamado, es un hermano que ha salido al encuentro, que ha escuchado palabras y como comunidad entera, no solamente los seminaristas sino también los formadores y demás.

1.23. La mediación fraterna

A mi me ha impactado lo que ha dicho el papa en la última alocución a los padres sinodales, una cosa muy sencilla sobre el tema de la *necesidad de escuchar*: “La palabra de Dios está hecha para ser escuchada, no sólo para ser leída. Tenemos la *necesidad de que otros nos lean la palabra*”.

«El *Instrumentum laboris* hablaba de la polifonía de las Sagradas Escrituras. Y podemos decir que ahora, en las contribuciones de este Sínodo, también hemos oído una bella polifonía de la fe, una sinfonía de la fe, con muchas contribuciones, incluso por parte de los delegados fraternos. Así hemos experimentado realmente la belleza y la riqueza de la Palabra de Dios» También ha sido una escuela de escucha. Nos hemos escuchado unos a otros. Ha sido una escucha recíproca. Y precisamente escuchándonos unos a otros hemos aprendido mejor a escuchar la Palabra de Dios».

Hay allí un *elemento pedagógico* clave: si Juan dice “¿quien puede amar a Dios a quien no ve, si no ama al hermano a quien ve? aquí podríamos decir “¿quién puede decir que escucha la Palabra de Dios si no es capaz de escuchar al hermano?”

«Hemos experimentado la verdad de las palabras de san Gregorio Magno: “La Escritura crece con quien la lee”. Sólo a la luz de las diferentes realidades de nuestra vida, sólo en la *confrontación con la realidad* de cada día, se descubren las potencialidades, las riquezas escondidas de la Palabra de Dios. Vemos que en la confrontación con la realidad se abre de modo nuevo también el sentido de la Palabra que nos es donada en las Sagradas Escrituras».

Aquí nosotros en Latinoamérica tenemos una tradición muy fuerte de *lectio divina*, que no es en el modo clásico europeo, sino en el modo concreto de los *círculos bíblicos*. No podemos dejar caer este tesoro. Así que no es sólo el texto de la Palabra de Dios, sino la experiencia, es decir, la realidad misma de la gente, la vida, la experiencia, y desde ahí la lectura de la Palabra que, dice el papa, hace que la palabra descargue sentidos que estaban en esa reserva de sentidos de la Palabra y que nosotros no habríamos sido capaces de descubrir si no lo hubiésemos puesto en contacto con esa realidad.

«Así, nos hemos enriquecido realmente. Hemos visto que ninguna meditación, ninguna reflexión científica por sí misma puede sacar de esta Palabra de Dios todos los tesoros, todas las potencialidades que se descubren sólo en la historia de cada vida.

No sé si el Sínodo ha sido muy interesante o edificante. En todo caso ha sido conmovedor. Nos hemos enriquecido con esta escucha recíproca. *Al escuchar a los demás, escuchamos mejor también al Señor mismo.* Y en este diálogo del escuchar aprendemos la realidad más profunda, la obediencia a la Palabra de Dios, la conformación de nuestro pensamiento, de nuestra voluntad, al pensamiento y a la voluntad de Dios. Una obediencia que no es ataque a la libertad, sino que desarrolla todas las posibilidades de nuestra libertad».

Paso al párrafo final que era el que quería destacar: «Ahora debemos empezar a elaborar el documento postsinodal con la ayuda de todos estos textos. También esta será una escuela de escucha. En este sentido, permanecemos juntos, escuchamos todas las voces de los demás. Y vemos que *sólo puedo entrar en la riqueza de la Escritura si el otro me la lee.* Siempre necesitamos este diálogo, escuchar la Escritura leída por el otro desde su perspectiva, desde su punto de vista, para aprender conjuntamente la riqueza de este don.

Un sacerdote: “Solo merece ser dicha la palabra que brota del silencio, y sólo es fecundo el silencio que culmina en una palabra” (Romano Guardini). Esta frase que Pironio repetía mucho, citando a Guardini, también para nosotros fue como una síntesis de la fecundidad del silencio pero que se comunica, de la palabra que se comunica.

Miércoles 04 de febrero de 2009 (Por la mañana, 10:30 hs.)

Mons. Buenanueva: Retomando el hilo de las cosas que hemos reflexionado, que me parece muy enriquecedor para todos, en algunas diócesis y seminarios, y hablo por la diócesis de Mendoza, un hecho de la vida que, lamentablemente, se da con cierta periodicidad es el caso de los abandonos ministeriales o de hermanos que no logran sostener en el tiempo la entrega al Señor en el ejercicio del ministerio, desde una opción de vida muy profunda. Esto siempre es un interrogante fuerte para los formadores, para el seminario, para los criterios, para las estrategias que empleamos en la formación. Un patrón más o menos común cuando uno se asoma a estos casos siempre dolorosos es que hay un punto en que la persona parece clausurarse a sí misma a una mirada teologal de la propia vida, y por lo tanto a la escucha de la voz de Dios, y a determinar la propia vida desde esa Palabra que llega fuerte.

Por eso a mi me parece que el proceso formativo es un momento privilegiado para aprender a escuchar la voz de Dios y no endurecer el corazón, como podemos rezar todos los días. Justamente los momentos de crisis, que en un centro educativo, formativo como es un seminario, donde estamos en contacto con adolescentes y jóvenes, son moneda corriente y no tienen porque hacernos perder la serenidad, esto lo sabemos bien creo.

Como formadores nosotros aceptamos que tenemos que acompañar en el camino, guiar, conducir y educar a jóvenes que en algún momento privilegiado tendrán distintos momentos de crisis, zozobras, replanteos. Crisis que pueden ser formalmente espirituales (de aridez en la vida espiritual, en la oración), crisis de tono afectivo, crisis personales por la misma evolución que la persona tiene, creo que son momentos privilegiados para escuchar la Palabra de Dios y aprender de la pedagogía de Dios que ha educado a su pueblo justamente en momentos así de zozobra, de crisis, incluso de infidelidad reiterada.

El modelo cristológico, de la reflexión de la mañana, siguiendo el hilo del P. Cantalamessa, nos lleva al corazón del drama cristológico: Pasión, Muerte, Resurrección, Transfiguración. Son misterios bíblicos, cristológicos que iluminan mucho esto. El abordaje de estas crisis nos ayuda a ese ejercicio de discernimiento permanente, que nos ayuda a los formadores y le ayuda al muchacho a plantarse mejor frente a su propia vida.

P. Blunda: Quizás aquí se deba subrayar nuevamente la necesidad de leer la Biblia desde la realidad de mucha gente, desde nuestra realidad también. A veces nuestras lecturas de la Palabra de Dios pueden ser un poco asépticas, tenemos miedo a mezclarla con las problemáticas reales, los conflictos, las crisis y los problemas. Sin embargo, la vida real está hecha de eso, de conflictos, de problemas. No es una vida que corre toda sencilla.

Creo que a veces nuestras estructuras de formación en el seminario facilitan este problema. Todavía nuestra formación para el presbiterado está demasiado calcada de un esquema monástico. El seminario se parece más a un monasterio que

a la vida real de un cura. Pasado mañana, ese mismo chico que ha estado con toda la vida toda estructuradita hasta en los detalles, tendrá las llaves de toda la casa, la administración de todo el dinero de toda la parroquia, las posibilidades de quedarse hasta la hora que se le dé la gana, sin ningún timbre, sin ningún despertador, sin ninguna nada.

Ha estado educado en un esquema tan estructurado que su lectura de la Palabra de Dios es una lectura muy sistemática, muy serena, muy silenciosa, muy tranquila, muy en la capilla. Y después, cuando esas estructuras no están, tampoco hay lectura, ni oración, ni nada, porque el ritmo de la vida te lleva a estar acelerado todo el santo día, y no estamos preparados para eso, porque no nos han preparado para eso; nos han preparado más bien para una vida ordenadita, monástica, preciosa, pero que no es la nuestra. A veces, incluso, no está preparado ni siquiera para un discernimiento mínimo en el sentido práctico.

Entonces, me temo que también hay una cuestión de estructuras que no están ayudándonos en la maduración de este sentido y en el manejo de las crisis. Las autoridades son las que tendrán que ver este problema, pero –a mi modesto parecer– las estructuras de formación todavía vigentes y que han llevado a la santidad a muchos curas, hoy ya no son las adecuadas para la formación de los presbíteros. ¿Cuáles serán las nuevas? Habrá que buscarlas, no lo sé, yo no tengo la receta. Pero a veces hay que tener la valentía de reconocer que hay una heterogeneidad demasiado fuerte entre lo que es la vida de formación inicial y lo que es la vida de un presbítero normal, no me refiero aquí al activista, hablo de un cura normal. Porque cuando llegue la crisis, ya no tendrá las estructuras que lo ayudaban a gestionarlas en el periodo inicial de la formación.

Habría que encontrar modos concretos de escucha y de lectura de la Palabra de Dios más relacionados con la vida real, y habría que encontrar formas y estructuras de formación en el seminario que no fueran tan heterogenias con lo que es la vida de un cura, con la vida de un sacerdote secular, de un cura del clero. Yo largo la pelotita.

- *P. Marcelo*: En el grupo en el que estábamos éramos todos directores espirituales, y como algo positivo de los seminarios que estábamos ahí representados era que la lectura de la Palabra y concretamente la *lectio* tienen en todas nuestras casas como un lugar bien central, un lugar importante, y desde hace un tiempo. Esto me parece que es un valor que en los últimos años se ha acentuado bastante. La duda que por ahí a mi siempre me queda, y que compartía también ayer en el grupo, es cómo ir acompañando en la hondura de esta lectura. Es decir, el espacio está, los recursos están, la gente sabe cómo hacerlo y suponemos que, esto que decías en el bloque anterior, la escucha es a Dios. San Agustín tiene una oración de la lectura de la Palabra: “Que no me engañe y no engañe a los otros con tu Palabra”. Es un desafío para nosotros el acompañar para que la escucha en la *Lectio* o en otro estilo de oración con la Palabra, sea escucha a Dios. Concretamente, me parece que se maneja mucho a veces en los polos del sentimiento o el raciocinio, también dentro de la relación con la palabra. Dios me habla en la medida en que razoné algo fantástico o Dios me habla en la medida en que sentí algo espectacular, y eso es limitar bastante. Es un desafío también el pensar esta escucha concretamente con algunos criterios. Han estado estos criterios en la tradición de la Iglesia, o vos recién mencionaste alguno respecto de, por ejemplo, el amor a los hermanos. Es un desafío todavía, me parece, el que nos ingeniemos a acompañar a la hondura de esta escucha

P. Blunda: Como que esa lectura necesita de un acompañamiento, habría una necesidad de aprender este arte de acompañar espiritualmente la lectura de la Palabra. Por ahí, resulta un camino interesante la *collatio*, la *lectio* vivida en comunidad. Entre las contribuciones de A. Cencini, hay una trilogía de libros sobre la vida en comunidad. El tercero que se llama “Como ungüento precioso”, que trae modos concretos de aprovechar, de integrar las cosas positivas en la vida, y entre ellas propone la revisión de vida y lo de la *collatio*. Es un librito interesante y además práctico, tiene caminos concretos.

- *P. Alejandro Giorgi*: Un pequeño aporte, Jorge, a lo que acabas de decir sobre el modelo monástico. A mi me resulta interesante. Ya eso lo había escuchado y lo estuve trabajando un tiempo. Cuando le pasé unos aportes escritos a Mons. Giaquinta, me dijo una cosa muy interesante. Me decía que en el mejor lenguaje de Pironio, lo contemplativo, lo monástico, si querés también, es una parte necesaria e integral del ministerio presbiteral, pero por supuesto que es un parte. Ahora, yo recién precisamente escuchándote, me preguntaba esto: nosotros estamos hablando de la *lectio*, y la *lectio* es monástica. Esta práctica actual provino del uso monástico; por supuesto que después con adaptaciones. Tal vez

habría que empezar a ejercitar más una *lectio* pastoral, así como que primero empezó la caridad y después la caridad pastoral. Vemos toda la “pastoralidad” que en PDV Juan Pablo II le da a los consejos evangélicos, la obediencia pastoral. Tendríamos que precisar un poco el lenguaje de la aplicación concreta de la *lectio* a la formación sacerdotal y a la vida ministerial, como una *lectio* pastoral, que integre la escritura como Palabra de Dios pero también la vida de la gente, los signos de los tiempos, y también nosotros, como equipo de formación, que integre a los candidatos con su cultura.

- *P. Ricardo Araya*: Yo quisiera sumar a lo que dice aquí Alejandro. En la zona centro hemos venido trabajando en las reuniones durante el año y hemos captado la importancia de la lectura orante con la palabra, pero nos ha quedado como pendiente cómo hacer una lectura de los signos de los tiempos. Vos decías ayer “lectura creyente de la vida”. Ahí encontramos que nos faltan criterios o un método adecuado porque la realidad histórica en la que Dios actúa es única, la historia es una sola, allí está Dios actuando, allí hay signos de Dios y signos que no son de Dios. ¿Cómo discernir? Nosotros cuando hemos querido este año poder leer lo que pasaba con el campo, encontrábamos que cada uno lee según sus perspectivas políticas familiares o intereses, y ha sido realmente muy difícil hacerles ver la idea de que respetábamos la Palabra, y entonces ahí apareció que esta confrontación con la realidad para salir del intimismo era algo difícil en la que nos faltan elementos prácticos.

- *P. Blunda*: Ese parece que es quizá el desafío principal: este desafío de orar la vida (que el contenido de la oración sea la vida), o este desafío de ser contemplativo en la acción. Es importante distinguir entre lo monástico y lo contemplativo. Lo contemplativo no es patrimonio exclusivo de la vida monástica. María no era monja, era contemplativa. La contemplación en la acción es clave para una vida creyente.

Yo iba mucho al monasterio de Siambón y un monje que me acompañó durante mucho tiempo, me dijo una vez: “Si nosotros (los monjes) no somos contemplativos, no pasa nada, no hay problema. Porque la estructura misma del monasterio me lleva a la contemplación. Pero si ustedes (los curas) no son contemplativos, van muertos”. Se trata de “ser contemplativos”, no sólo por tener *tiempos* exclusivos de oración, sino por cultivar y generar dentro esa *actitud* contemplativa, esa capacidad de contemplar los “misterios” en los “acontecimientos” de la vida. Y eso no se improvisa.

Por eso, una vez llegada la crisis, como decía Monseñor hace un ratito, sería la ocasión para escuchar en plenitud una Palabra de Dios que te arranque del abismo y te salve; pero, esta capacidad de escuchar no se puede improvisar. Si uno no estaba acostumbrado, en lo normal, a esa contemplación del Dios en la vida y a ese discernir la Palabra de Dios en medio de la vorágine, del ajeteo de la vida cotidiana, en el momento en que llega la crisis, difícilmente lo podamos hacer. Si uno quisiera ser jugador de rugby, no puede sólo esperar a jugar partidos, tiene que entrenarse. Si no hay entrenamiento, te quiebran a la primera jugada.

Entonces, creo que ahí es donde nosotros tendríamos que ser capaces de encontrar caminos pedagógicos adecuados al cristiano y al cura del clero. Nosotros somos “seculares”, es decir, por definición vivimos en medio del mundo. Durante mucho tiempo, hemos vivido pidiéndole prestadas a los religiosos, espiritualidades y recursos de espiritualidad y de piedad. Pero el Concilio ha dicho muy claramente que nuestra identidad es distinta, nuestra forma de vida es diferente, y nuestra mística y nuestra ascética tienen sus acentos particulares.

Hemos dejado de lado, desechado medios ascéticos propios de una mística que no era la nuestra; pero no hemos elaborado sistemáticamente medios ascéticos apropiados a una mística pastoral, una mística de comunión, una mística eclesial. Quizás los vivimos (el trabajo en equipo, las reuniones, el diálogo, el discernimiento comunitario...), cada uno a su manera, pero no lo hemos elaborado sistemáticamente. Nuestra generación quizás tenga esa tarea. Pero no hay todavía recetas, cosas hechas. Las tenemos que buscar nosotros y ese va a ser el aporte que podamos hacerle a la vida de la Iglesia, en la Argentina por lo menos.

Hay experiencias, se van dibujando cosas. Sería bueno compartirlas y sistematizarlas. Y éstos son los ambientes, estos encuentros, el de los formadores, los de los vicarios de pastoral, y habrá otros más. Aquí tendríamos que aprender a compartir lo que cada uno ha ido descubriendo, por más que nos parezca humildecito, pobrecito, y que tengamos ese respeto humano que nos impide comunicarlo. Yo creo que es aquí donde podemos enriquecernos mutuamente.

- *Mons. Giaquinta*: Se dijo que el seminario tiene una estructura más bien monástica, que no prepara para la vida de un cura normal. Me pregunto: ¿la vida de un cura es “normal”?

Sin ironía, porque ciertamente toda vida hacia la adultez tiene algún salto cualitativo. El chico que sale de la facultad de medicina tendrá un estrés, le valdrá una descompostura el tener que estar un día en una sala de cirugía, y si es jefe de la operación, mucho más. Hay un estrés normal, y nuestros presbíteros tienen estrés normal, como todo otro hombre.

Pero —es una consideración que yo hago, la expongo más como inquietud que como afirmación, para que se la piense— además del estrés normal que tiene un neo presbítero, el neo presbítero y el cura joven, tiene un panorama... Al menos, me refiero al cura del interior, si bien soy de Buenos Aires, yo viví en Viedma. La primera parroquia estaba a 156 km del primer compañero, el último a 1200 km. Después conocí, viví con pasión en Misiones, y no menos, en Resistencia. Entonces, hablo desde esa experiencia.

El grado de estrés que tiene el cura joven no puede ser comparado al de ningún profesional moderno, porque tiene un campo tan amplio. Hablo del profesional por analogía, porque también el cura es una realidad humana, y la podemos comparar con otras realidades humanas, por tanto. Él va desde la atención a un moribundo subitáneo al colegio parroquial, a la indemnización de un empleado, a las diez o veinte o sesenta capillas que atender, procurando que no pase por la lluvia meses y meses sin que la gente tenga la Eucaristía. Es un cúmulo de estrés desconocido.

Yo, con toda la autocrítica que he procurado hacerme cuando era obispo activo, pienso que a mis curas les he impuesto un peso desproporcionado. Me pregunto: ¿es la vida de un cura “normal”? ¿El seminario puede preparar para ese tipo de vida?

Digo acá que ciertamente el seminario tridentino-vaticano es necesario, ciertamente. Pero a la vez decimos que la adolescencia se ha prolongado. Es un dato, al menos, no discutido: lo dicen los psicólogos, los superiores, los muchachos, nosotros los obispos. Un “adolescente prolongado”... también lo éramos antes, atención, éramos más adolescentes de lo que pensábamos. Pero en fin, hoy decimos que la adolescencia se ha prolongado; sin embargo, a esos adolescentes prolongados los ordenamos presbíteros. Y en la práctica cuántas veces en el interior, queramos o no el neo presbítero ya es un párroco o un “administrador parroquial” (lo disfrazamos bajo la imagen de administrador parroquial). Después nos quejamos de que no sabe rendir cuentas la curia, etc., etc. Pero es que ¿el seminario puede preparar para el cúmulo de tareas que hoy se le exige a un presbítero?

Esta bien, hemos de mirar el seminario, pero ¿no hemos de mirar también el término del seminario? Yo me pregunto, querría plantearle a mis hermanos obispos, ¿el seminario, que es necesario, puede preparar para la ordenación presbiteral? Es un esquema que nunca criticamos. Es un esquema que hemos recibido, es casi un dogma, además hacen falta sacerdotes, otro dogma, y entonces tenemos que ordenar, y estarnos contentos cuando ordenamos.

Ahora, yo miro —no es un estudio— cuánta gente que ha fracasado... Pero no sólo modernamente. Miro a mi historia, miro a mis compañeros de Roma de La Plata, hombres eximios, queda Ponferrada, el gran Ponferrada, ¿los demás? A quienes yo miraba atónito, eran sacerdotes, no sólo Jerónimo Podestá, todos han desaparecido.

Estoy admirado de los equipos de formadores: he asistido a las reuniones admirables de los equipos de formadores de Resistencia, yo no creo que mis superiores de Buenos Aires o de Roma tuviesen la conciencia de equipo y de responsabilidad que yo he visto en los superiores de Resistencia, y no una vez. Asisto a las reuniones de superiores de Buenos Aires, ¡que maravilla! He asistido a las reuniones de obispos del NEA, ahora con el cardenal Bergoglio, ¡que maravilla!

O sea, siempre podemos mejorar el seminario. ¿Pero está sólo en el seminario el problema? ¿O tal vez hay otra cosa que hemos de revisar? Porque todo el ministerio, por empezar, toda la teología sacramental del orden la hemos concentrado durante mil quinientos años en el presbítero y hemos concentrado toda la pastoral en el presbítero. ¡Toda la pastoral! Y no hemos salido de allí. Estamos cuarenta y cinco años después del concilio y la teología del sacramento del orden todavía no la hemos asumido. Y por tanto, es imposible también poder asumir otro tipo de pastoral.

Estas situaciones son todas muy discutibles y las propongo para que se discutan. A mi me gustaría haberlo hecho antes con mis hermanos obispos. Pero en fin, creo que nosotros somos los principales colaboradores de los obispos, es un grupo presbiteral eximio el que está aquí reunido, por eso lo propongo: mejoremos el seminario, lo podemos mejorar siempre, pero ¿está todo en el seminario?

- *P. Blunda*: Ahí nos queda una tarea interesante: ¿Le podemos pedir tanto al seminario? ¿Le podemos pedir todo al seminario? Creo que el redescubrimiento este de la formación permanente, hoy más claro, puede darnos una pista. Es decir, al seminario ahora no le llamamos formación presbiteral solamente, sino que somos conscientes que es formación inicial, pero la formación es mucho más que eso y no se le puede pedir todo al seminario. Lo de Mons. Giaquinta es un desafío grande: replantearnos incluso la teología, la concepción y la vida ministerial.

VII. La formación para el ministerio de la Palabra (I)

La hermenéutica o el arte de interpretar bien lo que el otro dice o hace

Quisiera dar un paso más en este esfuerzo de acercamiento a la Palabra de Dios y a su papel fundamental en la formación. Hemos redescubierto y subrayado el valor de la Sagrada Escritura en la vida y en la espiritualidad de los cristianos, especialmente de los futuros presbíteros, y hemos valorado esta Escritura precisamente por su cualidad de Palabra de Dios como realidad teándrica.

I.24. Palabra divina y humana

Como en Jesucristo las dos naturalezas humana y divina están íntimamente unidas, pero no confundidas, así sucede en la misma Biblia con palabra humana y palabra divina. La inspiración, esta cualidad de la palabra bíblica de ser palabra de Dios, le viene del haber sido *inspirada por Dios*. Aquí sería bueno recoger de nuevo la teología de la inspiración, sobre todo a partir de sus dos expresiones bíblicas: en la carta de Pedro y en la carta de Timoteo, como lo hace también R. Cantalamessa en sus meditaciones a la curia romana (“La lectura espiritual de la Biblia” 14/04/08).

En 2Tm 3,16 “toda Escritura inspirada por Dios es útil para...”, el término *theopneustos* no tiene sólo un sentido pasivo, referido al producto de la inspiración, sino también tiene un sentido activo: la Escritura es una palabra transida de la presencia del Espíritu, del sople del Espíritu y por tanto *capaz de inspirar a Dios* o de exhalar el Espíritu en quien la escucha. Esta perspectiva ofrece una interesante manera de aproximarse a la Biblia.

Entonces, la inspiración bíblica no sólo hace que la Biblia sea “inerrante” –que es más bien un concepto negativo– sino que le da toda esa riqueza inigualable que posee. La inspiración funda positivamente esa inagotabilidad, esa fuerza, esa vitalidad, que tiene la palabra de Dios, subrayada de una manera tan clara por la *Dei Verbum*.

Así, para san Agustín la Escritura no sólo porque es inspirada por Dios, sino porque respira a Dios, emana a Dios, es inspiradora de Dios. Hablando de la creación, él dice que Dios no hizo las cosas y después se fue, sino que las cosas venidas de Él permanecen en Él. Y lo mismo se aplica a la Palabra de Dios: venidas de Dios las palabras de la Biblia permanecen en Dios y Dios en ellas.

El Espíritu Santo está en la Escritura, por eso *Dei Verbum* dice que la voz del Espíritu Santo puede resonar todavía hoy en ella. Es como si el Espíritu Santo se hubiera encerrado en ella: él habita en la Biblia y la anima sin descanso con su sople divino. Así como Heidegger decía que la palabra es la casa del ser, nosotros podríamos decir que “la Palabra es la casa del Espíritu Santo”.

La constitución *Dei Verbum*, recogiendo este hilo de la tradición, dice que las Sagradas Escrituras inspiradas por Dios –inspiración pasiva– y escritas de una vez para siempre, comunican inmutablemente la Palabra de Dios y hacen resonar la voz del Espíritu en las palabras de los profetas y de los apóstoles –inspiración activa.

Frente a esta palabra no hay que caer en ninguna de estas herejías bíblicas: ni el docetismo bíblico ni en el ebionismo bíblico. La Palabra de Dios no adquirió apariencia simplemente de palabra humana sino que *se hizo palabra humana* y esta palabra no es mera palabra humana sino Palabra de Dios.

«El inconveniente más grave de cierta exégesis exclusivamente científica, es que no da el paso más allá de lo meramente humano de la palabra y cambia completamente la relación entre el exegeta y la palabra de Dios. Pero no se puede permanecer neutral ni puede pretender uno dominar científicamente esta palabra sino más bien dejarse dominar por ella».

I.25. El arte de interpretar

Es el Espíritu Santo el que da vida a esa palabra y el que es capaz de comunicarnos vida; y en ese sentido, sin embargo, uno experimenta la dificultad de la interpretación de esta Palabra, porque como *toda palabra humana está sujeta a interpretación*. Por eso, en este momento dar paso al tema de la interpretación de la Biblia en la Iglesia: el tema de la hermenéutica.

Hermenéutica, en sentido amplio, es el arte de interpretar bien lo que otro dice y aquí, sin meternos en las profundidades técnicas de la cuestión, vemos que la hermenéutica es sencillamente una cuestión de todos los días. Víctor Fernández tiene un libro que se llama “Quiero comunicarme contigo”, que es un intento simpático y muy bueno de aplicar lo que nosotros sabemos de la Biblia y de la hermenéutica, a las relaciones humanas.

La hermenéutica en realidad es la clave de toda buena relación humana sana, positiva, feliz, enriquecedora: apunta a una mejor comunicación con los demás, supone confianza en las posibilidades del encuentro y en el poder de la palabra; si uno dialoga es porque tiene confianza en esa palabra y quiere interpretarla bien, y la hermenéutica supone la superación del encerramiento en los propios criterios del aislamiento que nos atrofia y nos amarga. No podemos evitar comunicarnos: todo nuestro ser es expresión y entra en una corriente de comunicación que no podemos frenar, y que sólo en parte es consciente. Nos estamos comunicando permanentemente, lo queramos o no, lo sepamos o no. Entonces, o lo asumimos o nos dejamos simplemente llevar por la corriente.

La hermenéutica sirve entonces para que el emisor, que quiere comunicar algo a los demás, codifique adecuadamente su mensaje en función del receptor (si quiere ser entendido por él) y esa hermenéutica sirve también para que el receptor decodifique correctamente esa palabra en función del emisor, conociendo al otro que me está hablando.

Cuando nos acercamos a la Palabra de Dios en la Escritura, nos encontramos con una palabra que en muchos sentidos *está muy lejos* de nosotros: está lejos en el idioma. Necesitamos de la mediación hermenéutica de un traductor, para que nos pase del hebreo, del arameo, del griego, al castellano; o bien necesitamos aprender el hebreo, el arameo y el griego, para entrar en contacto con ella. Necesitamos ineludiblemente una mediación porque hay una *distancia* lingüística con nosotros, y también una distancia temporal enorme, son más de dos mil años o tres mil años de distancia en el tiempo. Es un libro escrito por hombres y en lenguaje humano, pero por hombres de hace mucho tiempo, de otro lugar, de otra cultura, y en un idioma muy distinto al nuestro.

Esa distancia hace necesaria la hermenéutica. Si es necesaria en el trato normal con los otros *para poder entender lo que el otro me dice* y no escucharme a mí mismo, con mucha más razón frente a la Biblia. Porque, con demasiada frecuencia, lo que leemos en la escritura es lo que queremos encontrar en ella, lo que escuchamos es lo que nos gusta sentir. Y, a veces, de manera inevitable. Se habla de *inatención selectiva*, es decir, uno va buscando una cosa y no ve más que eso que va buscando, sin ver otras cosas. Desgraciadamente pasa esto en todas las dimensiones: en el trabajo científico, en nuestro camino espiritual y en nuestra lectura de la Escritura. Entonces, necesitamos salvar esta distancia por medio de una sana interpretación de la Escritura.

I.26. La interpretación de la Biblia

Por eso, porque “Dios habla en la Escritura por medio de hombres y en lenguaje humano” (DV 12), “para conocer lo que Dios quiso comunicarnos, el intérprete de la Escritura debe estudiar con atención *lo que los autores querían decir* y Dios quería dar a conocer con dichas palabras”. Es decir, nadie puede libar la miel de la palabra divina si no muerde todo el espesor de ese panal de la palabra humana, si no mastica bien esa dimensión humana de la Biblia.

Así como el Señor lo dice en una y otra parte del sermón de Juan 6: “El que no come mi carne y bebe mi sangre no tiene vida en Él”. Tenemos que morder, masticar esa carne de la palabra humana de la Biblia si queremos llegar a ese mensaje que el Señor quiere comunicarnos.

El documento sobre “La interpretación de la Biblia en la Iglesia”, después de retomar la teología de la palabra de Dios, tomando como clave el misterio de la Encarnación, desarrolla algunos de los métodos exegéticos, y después habla sobre la interpretación: el estudio por un lado y la interpretación o la hermenéutica por el otro, la exégesis y la hermenéutica.

Lo hace inspirado en esta analogía de la fe que nos ilumina el misterio de la Biblia a la luz del misterio del Verbo encarnado: el verbo encarnado como *analogatus princeps* y entre los *minora analogata* el misterio de la Sagrada Escritura.

En el cap. IV este documento aterriza en cuestiones que tienen mucho que ver con la vida pastoral, la vida espiritual de todos los cristianos: «Aunque la interpretación de la Biblia sea tarea particular de los exegetas, no les pertenece, sin embargo, como monopolio, ya que comporta, en la Iglesia, aspectos que van más allá del análisis científico de los textos. La Iglesia, en efecto, no considera la Biblia simplemente como un conjunto de documentos históricos concernientes a *sus orígenes*» (IBI, IV).

En esto insiste mucho hoy el papa Benito: no podemos reducir la Escritura a un documento del pasado. Por lo tanto, por muy necesarios e indispensables que sean los métodos científicos de tipo literarios e histórico, no son suficientes. Uno tiene que dar un paso más. La Iglesia acoge la Biblia «como palabra de Dios que dirige a ella y al mundo entero, en el tiempo presente» (IBI, IV).

Dice *Dei Verbum*: «Dios habla en la Escritura a los hombres en lenguaje humano y por medio de hombres», *Dios habla*, en presente, y habla a todos los hombres de todos los tiempos y tiene que poder decirnos algo a nosotros. De ahí que necesitemos buscar los caminos que nos acerquen a esa palabra.

Entonces, «esta convicción de fe –Dios nos habla a nosotros hoy– tiene como consecuencia la práctica de la actualización y de la inculturación del mensaje bíblico, así como los diversos modos de utilización de los textos inspirados, en la liturgia, la Lectio divina, el ministerio pastoral, y el movimiento ecuménico» (IBI, IV).

1.27. La actualización

Aquí el documento de la comisión bíblica quiere desarrollar estos tres aspectos. En primer lugar habla de la *actualización* del mensaje, donde estableceríamos los principios y veríamos cómo aplicar esto cuando hablemos de la animación bíblica de la pastoral y de la animación bíblica de la formación de los futuros pastores. Este es el desafío nuestro de que toda la formación esté animada de esta inspiración bíblica.

Ya en la misma Biblia se puede constatar la práctica de la actualización, de hecho la escritura crece en virtud de esa necesidad de actualizar, de releer; esa relectura continua es la relectura de los hechos a la luz de la inspiración de Dios, es la que lleva a la puesta por escrito, no es meramente una historia sino una palabra con mensaje de Dios. Pero eso mismo, aun escrito es objeto de relectura, y por eso, en los primeros documentos, por hablar en términos clásicos, el yavhista relea esa historia anterior, a la luz de la experiencia actual de la monarquía; el sacerdotal hará toda una relectura de los documentos anteriores y de la historia del pueblo de Dios a la luz del acontecimiento del exilio; y el deuteronomista, lo mismo, y después los distintos libros.

Los rabinos, por la conciencia de que no se ha cumplido del todo, dicen: “si Israel hubiese cumplido plenamente la Torah no habría sido necesaria la revelación de los Profetas; si Israel hubiese escuchado a los Profetas, no habría sido necesaria la revelación de los Escritos”.

Va creciendo la Palabra de la Biblia en virtud de esa actualización progresiva y la misma Biblia nos traza caminos para la actualización: «*textos más antiguos son releídos a la luz de circunstancias nuevas*» (IBI, IV, A). Esto nos da una clave de lectura: leer los textos a la luz de los acontecimientos, aplicando los textos a una situación presente del pueblo de Dios, lo cual nos permite leer también los acontecimientos a la luz de los textos. «Basada sobre estas mismas convicciones, la actualización continúa siendo practicada necesariamente en las comunidades creyentes» (IBI, IV, A).

Pone algunos principios de esta actualización: ¿Qué significará la actualización? ¿Qué principios tiene?

1. «*La actualización es posible*» (IBI, IV, A, 1), en primer lugar, porque la Biblia tiene una plenitud de sentidos que van mucho más allá de los sentidos que nosotros hayamos podido descubrir en un determinado momento, circunstancia. San Efrén nos lo decía de una manera preciosa, muy plásticamente como buen poeta que es. Incluso, los lingüistas modernos, los filósofos del lenguaje moderno, hablan de ello: cada texto encierra en sí una plenitud de sentido, una reserva de sentido. Cuando leemos un texto, de alguna manera producimos una clausura del sentido, dicen ellos, es decir, señalamos

que el texto dice tal cosa y es verdad, pero no sólo dice eso. Tenemos que ser conscientes que el texto dice mucho más de lo que he logrado captar en esa circunstancia y en ese momento. Eso hace posible que en otro momento ese texto pueda volver a ser leído y se pueda encontrar en él cosas distintas, nuevas. No contradictorias, pero sí nuevas, por la polisemia del texto. El texto tiene muchos sentidos, pero no cualquier sentido. Así, una vez que uno *estudia* el texto, puede encontrarle después *sentidos* nuevos.

Así «la actualización es posible, porque la plenitud de sentido del texto bíblico le otorga valor para todas las épocas y culturas (cfr. Is. 40,8; 66,18-21; Mt 28,19-20). El mensaje bíblico puede a la vez relativizar –hacer relativo, no significa quitarle valor, sino ponerlos en relación con algún valor fundamental– y fecundar los sistemas de valores y las normas de comportamiento de cada generación.» (IBI, IV, A, 1). En el encuentro del evangelio con la vida de cada uno o el encuentro del evangelio con la cultura de un pueblo, se produce algo nuevo. Esa buena noticia viene a impactar en la corazón de la vida personal, en su conciencia, o en el corazón de la cultura, en su núcleo de valores y actitudes, para producir en ella un cambio (EN, 19-23 pueden ayudarnos a entender esa cuestión, ese impacto). Pero lo primero, «la actualización es posible» (IBI, IV, A, 1).

2. «La actualización es necesaria porque, aunque el mensaje de la Biblia tenga un valor duradero, sus textos han sido elaborados en función de circunstancias pasadas y en un lenguaje condicionado por diversas épocas» (IBI, IV, A, 1). Como son circunstancias y lenguajes distintos del nuestro, hace falta una labor de actualización. «Para manifestar el alcance que ellos tienen para los hombres y las mujeres de hoy, es necesario aplicar su mensaje a las circunstancias presentes y expresarlo en un lenguaje adaptado a la época actual. Esto presupone un esfuerzo hermenéutico que tiende a discernir a través del condicionamiento histórico los puntos esenciales del mensaje» (IBI, IV, A, 1).

El documento pasa revista de los distintos métodos y aproximaciones al texto bíblico; al final de cada uno hace una valoración de sus posibilidades, sus riquezas y sus límites. Menciona incluso el acercamiento del fundamentalismo, aunque de éste menciona lógicamente sólo rasgos negativos. Ahora bien, en nuestras lecturas de la Sagrada Escritura nosotros no estamos exentos del riesgo de un cierto fundamentalismo. Cuando buscamos demasiado apresuradamente una aplicación del texto, a veces hacemos saltos ilícitos desde el texto a la aplicación inmediata a la vida. ¿Cual es el antídoto de este fundamentalismo? Antes de preguntarme *qué me dice* el texto, preguntarme *qué dice el texto objetivamente*. Eso exige un estudio, exige por lo menos que uno maneje un material que nos proporcione las líneas, los carriles dentro de los cuales yo podré encontrar sentidos nuevos. Porque, como decía hace un momento, el texto tiene una polisemia, muchos significados pero no cualquiera.

3. «La actualización debe tener constantemente en cuenta *las relaciones complejas que existen en la Biblia cristiana* entre el Nuevo Testamento y el Antiguo, ya que el Nuevo Testamento se presenta a la vez como cumplimiento y superación del Antiguo. La actualización se efectúa en conformidad con la unidad dinámica, así constituida» (IBI, IV, A, 1). Unidad dinámica de Antiguo y Nuevo Testamento, pero también dinámica, porque progresiva. La clave está en el misterio pascual, en el acontecimiento que es Jesucristo. Esto es también consecuencia de esta consideración de la fe que recibe la Escritura como un libro único; la unidad de toda la Sagrada Escritura es uno de los principios de la hermenéutica creyente que enumera DV 12c.

4. «La actualización se realiza *gracias al dinamismo de la tradición viviente* de la comunidad de fe. Esta se sitúa explícitamente en la prolongación de las comunidades donde la escritura ha nacido, ha sido conservada y transmitida» (IBI, IV, A, 1). Como dice el nombre de la traducción argentina de la Biblia, la Biblia es el “Libro del Pueblo de Dios”, y por lo tanto debe ser leída en el seno de ese pueblo. Para captar el sentido profundo que este texto tiene ha de ser leído en ese contexto.

«En la actualización, la tradición cumple un doble papel: procura, por una parte, una protección contra las interpretaciones aberrantes –es decir, que no tienen nada que ver con el sentido del texto–, y asegura, por otra, la transmisión del dinamismo original» (IBI, IV, A, 1). La Tradición es entonces *la vida misma de la Iglesia*. La Iglesia no es sólo destinataria o receptora de la Tradición, sino que es el *vehículo de la Tradición*. El Pueblo de Dios es el sustento, el vehículo, en donde esa Tradición es tal.

5. «Actualización no significa, pues, *manipulación de los textos*. No se trata de proyectar sobre los textos bíblicos opiniones o ideologías nuevas, sino de buscar sinceramente la luz que contienen para el tiempo presente. El texto de la Biblia tiene autoridad en todo tiempo sobre la Iglesia cristiana; y aunque hayan pasado siglos desde el momento de su composición, conserva su papel de guía privilegiado que no se puede manipular. El magisterio de la Iglesia “no está por encima de la palabra de Dios, sino a su servicio, no enseñando sino lo que fue transmitido; por mandato de Dios, con la asistencia del Espíritu Santo, la escucha con amor, la conserva santamente y la explica fielmente” (DV, 10)» (IBI, IV, A, 1). Respecto de la actualización, el documento también enumera algunos *métodos* que fueron empleados en la historia, tanto en la historia de la tradición hebrea como de la tradición cristiana y de los Padres. «Inspirada por filosofías hermenéuticas, la *operación hermenéutica* comporta luego tres etapas: 1) escuchar la Palabra a partir de la situación presente; 2) discernir los aspectos de la situación presente que el texto bíblico ilumina o pone en cuestión; 3) sacar de la plenitud de sentido del texto bíblico los elementos que pueden hacer evolucionar la situación presente de un modo fecundo, conforme a la voluntad salvífica de Dios en Cristo» (IBI, IV, A, 2). Fíjense que estos tres elementos están en la base de esta práctica de *lectura popular* de la Biblia o de los *círculos bíblicos*: leer la Sagrada Escritura desde un contexto particular.

«Gracias a la actualización, la Biblia ilumina múltiples problemas actuales, por ejemplo: la cuestión de los ministerios, la dimensión comunitaria de la Iglesia, la opción preferencial por los pobres; la teología de la liberación; la condición de la mujer. La actualización puede también estar atenta a los valores cada vez más reconocidos por la conciencia moderna, como los derechos de la persona, la protección de la vida humana, la preservación de la naturaleza, la inspiración a la paz universal» (IBI, IV, A, 2).

Uno se puede preguntar: “¿En dónde habla la Biblia de estas cosas?”. No, la Biblia no habla de eso, pero la pregunta debería ser ¿cómo puedo yo leer a la luz de la Palabra tal situación? ¿Y como puedo leer desde esa situación la Palabra? Creo que ésta es una veta muy importante de lo que debería ser la formación de los presbíteros, porque esto es el pan nuestro de cada día.

Por supuesto esto tiene sus límites. «Para estar de acuerdo con la verdad salvífica expresada en la Biblia, la actualización debe respetar ciertos límites y abstenerse de posibles desviaciones. Aunque toda lectura de la Biblia sea forzosamente selectiva, se deben eliminar las lecturas tendenciosas» (IBI, IV, A, 3).

Ahí está la cuestión: para ser objetivo uno tiene que saber que está leyendo sólo un aspecto y sólo desde ese punto de vista, debe saber que hay otros aspectos y que hay otros puntos de vista, pero eso no nos exime de hacer la actualización y de leerlo.

Le tenemos miedo a la parcialidad y la vida está hecha de parcialidad, le tenemos miedo a la provisionalidad y la vida es provisional, le tenemos miedo a la imperfección y la vida es imperfecta, pues. Entonces, uno, con la humildad de quien sabe que es *homo viator*, simplemente tiene que hacer este camino con esta conciencia y aprovechando esta riqueza. Entonces, «aunque toda lectura de la Biblia sea forzosamente selectiva, se deben eliminar las lecturas tendenciosas, es decir, aquéllas que, en lugar de ser dóciles al texto, no hacen sino utilizarlo con fines estrechos (como es el caso de la actualización hecha por sectas, por ejemplo la de los Testigos de Jehová)» (IBI, IV, A, 3). Atención, porque esta lectura contextualizada y esta tentación a la lectura tendenciosa no la tienen sólo las sectas, también la tenemos nosotros. No hay vacunas contra esto.

«La actualización pierde toda validez si se basa sobre principios teóricos que están en desacuerdo con las orientaciones fundamentales del texto de la Biblia mismo; como, por ejemplo, el racionalismo opuesto a la fe o el materialismo ateo» (IBI, IV, A, 3). Si no se admite la posibilidad de la intervención de Dios en la historia, que no se abra la Biblia ni siquiera, porque no tendría sentido.

«Es necesario proscribir también, evidentemente, toda actualización orientada en un sentido contrario a la justicia y a la caridad evangélicas, como las que querrían apoyar sobre textos bíblicos la segregación racial, el antisemitismo o el sexismo, masculino o femenino. Una atención especial es necesaria, según el espíritu del Concilio Vaticano II (NA,4), para evitar absolutamente actualizar algunos textos del Nuevo Testamento en un sentido que podría provocar o reforzar actitudes desfavorables hacia los judíos. Los acontecimientos trágicos del pasado, al contrario, deben ayudar a recordar

sin cesar que, según el Nuevo Testamento, los judíos siguen siendo "amados" por Dios, "ya que los dones y la llamada de Dios son sin arrepentimiento" (Rm 11,28-29)».

Las desviaciones serán evitadas, si la actualización parte de una correcta interpretación del texto y se efectúa en la corriente de la tradición viva, bajo la guía del Magisterio eclesial -es decir, hay que partir de una correcta lectura del texto, antes de intentar una actualización, y esto lo subraya bien al final para que quede claro-. De todas maneras, los riesgos de desviación no pueden constituir una objeción válida contra el cumplimiento de una tarea necesaria» (IBI, IV, A, 3).

Que me pueda dar la corriente si meto los dedos en el enchufe, no significa que no pueda utilizar, sino que deba utilizar la electricidad, es decir, los riesgos no pueden eximirnos de una tarea necesaria: «la de hacer llegar el mensaje de la Biblia a los oídos y al corazón de nuestra generación» (IBI, IV, A, 3).

I.28. La Inculturación

El documento contiene un párrafo breve pero muy interesante. Tenemos claro que actualización del mensaje bíblico es distinta de la exégesis. Una cosa es el estudio, la exégesis de la Biblia, y otra, que empieza después, es la tarea de encontrar los sentidos que hay detrás. Ésta ya no sería la tarea de la exégesis propiamente dicha, sino de la hermenéutica, que busca esa actualización del mensaje.

La inculturación es la otra tarea fundamental. «Al esfuerzo de actualización, que permite a la Biblia continuar siendo fecunda a través de la diversidad de los tiempos, corresponde el esfuerzo de inculturación, para la diversidad de lugares, que asegura el *enraizamiento del mensaje bíblico* en los más diversos terrenos. Esta diversidad no es, por lo demás, jamás completa. Toda cultura auténtica, en efecto, es portadora, a su modo, de valores universales establecidos por Dios» (IBI, IV, B).

Entonces, la inculturación del evangelio es el proceso de la evangelización de una cultura. Supone este trabajo previo de la actualización, pero se continúa entonces con el esfuerzo de hacer que ese mensaje enraíce, eche sus raíces, en una forma concreta de vida. Esto no es opcional, porque acuérdense del principio de Ireneo, citado por el Concilio, en *Ad Gentes*: "lo que no es asumido no es redimido".

Y esto habría que aplicarlo también a la vida de nuestras comunidades concretas, no pensemos en "los negritos del África". Pensemos en nuestras realidades concretas y en las particularidades que tiene cada una, porque no son iguales nuestras comunidades en Argentina a las de Roma o a las de Alemania; no son iguales las de Tucumán a las de Buenos Aires, no es lo mismo de una parroquia a la otra, y no es lo mismo una persona que la otra, con todo su proceso personal. Entonces ¿cómo lograr que esa Palabra de Dios se vaya haciendo carne en la vida concreta de las personas?

Análogamente, habría que aplicar esto también al proceso formativo. Nosotros solemos aplicar en la formación – inconsciente y desgraciadamente– una pedagogía que es muy igualitaria. Y a veces tenemos la tentación de aplicar la "ley del ligustro": al ligustro se lo corta parejito y si una ramita empieza a destacar por ahí se le aplica la tijera para que quede todo el ras. Así, todos los seminaristas tienen que ser igualitos. Nosotros solemos aplicar ese rasero, y normalmente el rasero que aplicamos es el que nos ha servido a nosotros. Pensamos que también tiene que servir evidentemente para los demás, y a veces los metemos en moldes demasiado iguales unos a otros.

Nos perdemos así la posibilidad de cultivar formas particulares de vivir la vida cristiana en cada uno, e incluso talentos y carismas particulares. Sabemos que es difícil manejar una comunidad con muchas diversidades, pero no se puede cercenar por esa dificultad toda la riqueza que tienen las personalidades diversas y con los carismas y talentos que a cada uno el Señor le pueda haber concedido para el bien de todos.

Inculturación significará entonces a nivel más amplio, esa tarea de hacer que el mensaje bíblico que he discernido y he actualizado, eche sus raíces concretamente en ese ámbito, en esa persona, y que esa persona sea capaz de decir el evangelio con sus palabras. Dicho de otro modo, que sea capaz de vivir la propuesta de Jesús, según su modo particular, su vocación específica, su idiosincrasia.

«El fundamento teológico de la inculturación es la convicción de fe, que la palabra de Dios *trasciende* las culturas en las cuales se expresa» (IBI, IV, B). Trasciende la cultura de Israel y la cultura helenística en la que vivieron las comunidades en

la antigüedad, pero trasciende también la cultura alemana, la cultura romana, la cultura argentina. Entonces, es posible y es necesario que se inculture. «La palabra de Dios trasciende las culturas en las cuales se expresa, y tiene la *capacidad de propagarse en otras culturas*, de modo que pueda llegar a todas las personas humanas en el contexto cultural donde viven» (IBI, IV, B).

Me pregunto: ¿qué atención le prestamos a esas características, a esos *rasgos culturales concretos* de nuestros seminaristas? Me refiero a la diversidad según su origen, según su extracción social, según su condición económica, según su origen étnico, según su corriente inmigratoria de la cual es hijo, nieto o bisnieto, según la subcultura a la que pertenece (cultura juvenil, universitaria, obrera, etc.). ¿Que atención le prestamos a ese rasgo con el cual nos ha venido ese chico llamado por Dios, no por nosotros? Porque quizás nosotros hubiéramos elegido otros, no esos. Si Dios lo ha llamado así, ¿quien soy yo para quitarle esos rasgos, porque se me da la gana de que sea un estándar presbítero? Son interrogantes que me planteo.

Entonces, la misma Biblia nos señala desde el libro del Génesis una *orientación universal*. El papa estaba insistiendo mucho en esa distinción entre lo local y lo universal, entre la necesidad del enriquecimiento, la pluralidad cultural, y la apertura a lo universal. «Esta convicción emana de la Biblia misma, que desde el libro del Génesis toma una orientación universal (Gn 1,27-28), la mantiene luego en la bendición prometida a todos los pueblos gracias a Abraham y a su descendencia (Gn 12,3; 18,18) y la confirma definitivamente extendiendo a “todas las naciones” la evangelización cristiana (Mt 28,18-20; Rm 4,16-17; Ef 3,6)» (IBI, IV, B). “Vayan a todas las naciones”, dice el Señor, rompiendo explícitamente los límites de la misión en las fronteras de Israel.

«La primera etapa de la inculturación consiste en *traducir* en otra lengua la Escritura inspirada» (IBI, IV, B), dice aquí en términos de la inculturación ampliamente considerada. En eso, la *gran ruptura*, el primer paso grande se ha dado con la traducción al griego conocida como versión de los LXX.

«Aunque es una etapa fundamental, la traducción de los textos bíblicos no basta, sin embargo, para asegurar una verdadera inculturación. Esta se debe continuar, gracias a una interpretación que ponga el mensaje bíblico en relación más explícita con los modos de sentir, de pensar, de vivir y de expresarse, propios de la cultura local. De la interpretación se pasa en seguida a otras etapas de inculturación, que llegan a la *formación de una cultura local cristiana*, extendiéndose a todas las dimensiones de la existencia» (IBI, IV, B) Esto lo vamos a retomar mañana cuando hablemos de la animación bíblica de la pastoral.

Nos queda aquí resonando esta pregunta: ¿cómo conseguir nosotros esta práctica de la actualización? ¿cómo practicarla nosotros primero, y cómo enseñarles a los demás, a los seminaristas a leer el texto desde la vida y a leer la vida desde el texto, a actualizar, a encontrar el mensaje que esta palabra de Dios tiene *para nosotros hoy y aquí*? ¿y cómo lograr que ese mensaje se exprese después? ¿qué orientaciones pedagógicas deberíamos ser capaces de encontrar nosotros para lograr que ese mismo mensaje, ese mismo proyecto evangélico se exprese en esa vida concreta del futuro cura que se nos ha encomendado en la formación? Mañana entonces charlaremos sobre eso.

VIII. La formación para el ministerio de la Palabra (II)

El arte de transmitir adecuadamente el mensaje

Jueves 05 de febrero de 2009 (08:30–10.00 hs.)

Ayer decíamos que queríamos pasar a un segundo aspecto de esta reflexión sobre la Palabra de Dios en la formación de los futuros sacerdotes. En las primeras reflexiones nos hemos detenido sobre todo en un primer aspecto que nos pone a *nosotros* como receptores de esta Palabra y nos plantea la necesidad de acercarnos a ella, por ser destinatarios de esa Palabra. Pensábamos primero en nosotros como formadores y después en los seminaristas, en cómo ayudarles a ser cada vez más claros y directos receptores de esta Palabra de Dios y de su mensaje. En este segundo

momento, en cambio, nos preguntaremos cuáles son los elementos que nos pueden ayudar –a nosotros y a los futuros pastores– en orden a la *comunicación* de dicho mensaje a los demás.

Por eso quisiera que en estos dos bloques de la mañana pudiésemos invertirlos en este tema: ¿cuáles son los criterios que tendrían que guiarnos en la preparación para una mejor comunicación del mensaje? Digamos esto *en orden al ministerio de la Palabra*, ya que –nos recordaba monseñor Giaquinta– éste es el primero de los ministerios del presbítero, como claramente lo enuncia *Presbyterorum Ordinis*.

Aunque podríamos pensar en muchas cosas, tendríamos que centrarnos sobre todo en dos núcleos: la homilía y la pastoral en general, lo que llamaríamos “la animación bíblica de la pastoral”.

I.29. La comunicación humana

Antes de entrar de lleno a estos dos temas, tendríamos que recordar algunas cosas que hemos dicho en estos días anteriores. Ayer mismo hablábamos de la hermenéutica y de esa necesidad que tenemos de aprender a interpretar al otro y de aprender a expresarnos nosotros mismos. Necesidad de aprender a interpretar al otro, para comprenderlo mejor, y de aprender a expresarnos, para que el otro nos entienda mejor. En una primera instancia, intentábamos aplicarlo a la *comprensión* del texto bíblico. En esta segunda instancia, intentaremos aplicarlo a la *comunicación* de ese mensaje.

Si el receptor (el lector de la Biblia) tiene que intentar ponerse del otro lado y preguntarse cuál es la intención del emisor (el autor), cuando hay que comunicar es al revés: si uno quiere ser entendido, tiene que ponerse en el lugar del receptor, del lector u oyente. Es decir, tiene que formular el mensaje según y conforme a la sensibilidad y a la comprensión del receptor.

Nos tenemos que poner en el lugar del receptor. Pero puede que nosotros no conozcamos suficientemente al receptor como para saber por qué código o a través de qué canal podemos llegar más fácilmente. Hemos experimentado dificultades a la hora de comprender personas o textos; la misma dificultad la puede tener quien nos escucha a nosotros.

Habría que recordar también que no sólo hay un emisor y un receptor sino que hay más cosas en el medio. Lo primero que hace el emisor es *codificar* el mensaje, por lo cual el receptor tendrá que decodificarlo. Los problemas suelen surgir allí, en el momento de la codificación y la decodificación. Recién en ese momento se da la real emisión del mensaje. El mensaje codificado se emite mediante un determinado *canal*.

Los inconvenientes pueden estar en cualquiera de las instancias intermedias entre el emisor y el receptor: en las dificultades que hay en el código, porque uno ha elegido un código inadecuado, un lenguaje no oportuno para comunicarse, o en el canal que simplemente no está abierto. Entonces, lo primero es asegurarse que haya un canal de comunicación. Puede haber *ruidos* externos que impidan o que dificulten esa comunicación. La cadena de la comunicación es mas compleja de lo que uno piensa.

Decíamos ayer entonces que, si bien esta hermenéutica se puede aprender en libros, se pueden aprender principios y criterios, también es cierto que la hermenéutica todo un arte: el arte de comprender al otro y de hacerse entender por el otro. Aprender a comunicarse adecuadamente, transmitiendo realmente lo que querríamos comunicar o, al revés, aprender a decodificar –en el diálogo pastoral– lo que el otro está queriendo transmitirnos.

Nosotros nos preocupamos de atender al *mensaje*. Éste suele ser nuestro interés primordial y casi siempre gastamos toda la energía en el tema, el mensaje, el *contenido*, (entendiendo por “contenido” los contenidos conceptuales). Pero esa es sólo una parte de toda la comunicación. Cuando uno prepara una charla, una homilía o una catequesis, el contenido conceptual no es lo único. El mensaje puede ser no simplemente una idea, una noción o

concepto; sino que también una propuesta de actitudes, un modelo de conducta, de acción. Lo que se quiere transmitir quizás no sea en ese momento una idea clara sino otra cosa, y por esa confusión a veces no logramos comunicar lo que queríamos comunicar sino otra cosa distinta.

Cuando hablamos del código, hablamos no sólo de la lengua (del castellano en este caso), sino de los muchos *registros* del castellano, los cuales difieren entre sí y que tendríamos que ser capaces de distinguir para manejarnos mejor en la comunicación pastoral. El lenguaje de la calle, el lenguaje académico, el lenguaje eclesiástico, en el lenguaje seminarístico, el lenguaje exegético, son todos registros distintos de la lengua. La lengua es el castellano, pero tiene muchas variantes.

Habría que distinguir fundamentalmente el lenguaje activo y pasivo. El lenguaje *activo* es el que nosotros manejamos normalmente, el que somos capaces de usar más o menos correctamente. Pero también somos capaces de entender un registro del lenguaje mucho más amplio; aunque no lo manejamos ni lo utilizamos diariamente, lo entendemos bien. Éste sería el lenguaje *pasivo*.

Entonces, cuando hablo de lenguaje activo, me refiero al registro de la lengua que la gente usa para comunicarse, y cuando digo lenguaje pasivo, me refiero al registro que la gente no usa, pero sí entiende. No se trata necesariamente del lenguaje *coloquial*. Por ejemplo los profesionales usan, además del lenguaje coloquial, el lenguaje de su propia profesión; sucede lo mismo con curas, docentes, adolescentes, agricultores, deportistas.... Deberíamos ser capaces de utilizar también otros lenguajes, dependiendo del auditorio que tengamos delante.

A veces, en la comunicación con la gente podemos manejar el registro del lenguaje pasivo, que no es el idioma que la gente usa cotidianamente, pero es un idioma que la gente entiende igualmente. Entonces, no hay por qué restringirse siempre al registro activo del lenguaje. También se puede variar, dependiendo de lo que uno quiera provocar: se puede alternar el lenguaje activo con el lenguaje pasivo.

Para determinados momentos de la comunicación, cuando queremos implicar mucho más al auditorio, cuando queremos que la gente se identifique con lo que decimos, normalmente usamos ese registro activo, la lengua que la gente usa; lo subrayaremos incluso en el tono, en las palabras, en el vocabulario. Pero también podemos comunicarnos con el lenguaje pasivo, asegurándonos que sea realmente un lenguaje que la gente entiende, aunque no lo use todos los días. Con el "código" me refiero, entonces, a esos registros o niveles que pueden ayudarnos a comunicarnos mejor.

Desgraciadamente no siempre tenemos en cuenta eso. A veces se escuchan homilías que parecen repetición de libros y uno se pregunta qué entenderá la gente. Cuando no tenía parroquia, en los años de vicario pastoral, solía ir los lunes a "escuchar Misa" en alguna parroquia, poniéndome del otro lado, y me daba cuenta de lo que la gente tiene que aguantar cuando participa en nuestras misas y del esfuerzo que tienen que hacer. Es bueno ponerse del otro lado, para que cuando nos toque de nuevo, aprendamos a manejar adecuadamente tiempos, tonos, palabras, mensajes y a dosificar las distintas formas de la comunicación.

- *Mons. Giaquinta*: Lenguaje activo y lenguaje conceptual, ¿son lo mismo? Porque en el emisor también puede haber un lenguaje afectivo. Uno no transmite sólo ideas, uno transmite un sentimiento, no solo suscita sino que uno transmite una actitud de vida. Ese elemento que llamo afectivo, ¿sería lo pasivo?

- *P. Blunda*: No, yo me estaba refiriendo solamente a los registros del lenguaje, porque estaba hablando más bien del código. Pero este otro aspecto es interesante para retomarlo ahora. No forma parte simplemente del código, sino también del mensaje. Es tan importante porque en realidad no se puede transmitir sólo ideas e incluso estas ideas no entran sólo por ser ideas. Normalmente llegan mucho mejor cuando se expresan en un *lenguaje integral*, cuando uno

transmite no solamente elementos conceptuales, fríos, descolgados, sino cuando esos elementos conceptuales forman parte de todo un conjunto que configura la propia vida.

Porque uno no sólo transmite algo con las palabras que dice, sino también con el tono, con el giro elegido para hacerlo, con la postura del cuerpo que uno adopta, con el volumen que uno emplea, con la forma de presentarse ante a la gente. Es decir, hay un conjunto de elementos de la comunicación que forman parte del código y del canal, pero que a la vez, también son mensaje. Es lo de Marshall McLuhan (1911-1980): “el medio ya es mensaje”.

El canal, el medio que elijo para comunicarme, transmite ya un mensaje en sí mismo. No es lo mismo, por ejemplo, que el vicario o el rector vaya a visitar a un cura o a un seminarista para preguntarle cómo está y para sugerirle algo, a que le mande una carta y lo notifique de eso mismo. El medio elegido, el canal que empleo ya dice mucho. Y dice más que los contenidos, provocando a veces efectos mayores que esos contenidos. El cura o seminarista del ejemplo se pueden enojar y embroncar, pensando que el otro podría haber ido a visitarlo y habérselo dicho personalmente, en vez de mandarle una carta. Ese tipo de cosas forma parte del canal, y ese canal no es neutro, no es inocuo. Forma parte de la comunicación, transmite un mensaje.

En orden a la homilía también tendríamos que pensar en los distintos elementos: si el receptor va a ser capaz de decodificar el mensaje y si el código que uno elige es suficientemente unívoco, como para que el otro entienda lo que uno le está queriendo decir y que no se preste a otras interpretaciones que uno ya no podrá manejar.

I.30. La función pragmática de los textos

Quisiera que fuésemos ahora a los textos bíblicos, para ver otro aspecto que me parece importante que captemos. Vamos a leer el capítulo 24 del libro del Éxodo. Intentemos reconstruir la escena que se está narrando allí.

¿Qué hay en el texto? ¿Quiénes son los personajes? Moisés, Aarón, los setenta ancianos y el Señor. ¿Qué le pide Dios a Moisés? Que suba, que comunique al pueblo estas palabras. ¿Dónde están estas palabras? El Señor le comunica primero a Moisés sus leyes y les pide que las transmita, que las ponga por escrito. V. 4: “Moisés entonces puso por escrito todas las palabras del Señor”. Al día siguiente construye el altar al pie de la montaña. ¿Qué pone después además del altar? Doce piedras conmemorativas, una por cada tribu de Israel. Y le pide a algunos jóvenes que ofrezcan holocaustos, sacrificios. Parte de la sangre la derrama sobre el altar, y la otra parte la rocía sobre el pueblo. “Tomó a continuación el código de la alianza y lo leyó en presencia del pueblo”. ¿Qué dice el pueblo? Cumpliremos y obedeceremos todo lo que el Señor ha dicho. En ese momento recién Moisés rocía la sangre sobre el pueblo. Entonces aquí está el Señor y el pueblo, que quieren sellar una alianza. Pero, ¿qué hay en el medio? Hay otro elemento: el *libro* que Moisés escribe. Desde ese momento hay ya un libro escrito, que Moisés lee y el pueblo escucha. Fíjense que a ese libro se le dice “el libro de la alianza del Señor”, “el libro de la Ley”.

En la realidad —ya fuera de esta narración— cada vez que Israel lee, cada vez que el lector lee este capítulo 24 del Éxodo ante una asamblea, esta escena se reproduce en otra escala. Toda esta *escena* está contenida en un *texto* que ahora se lee. Ahora hay un lector que proclama ese texto y una asamblea reunida que escucha ese texto. Es decir, en el acto mismo de leer, el lector está provocando que se reproduzca en el *hoy* de la asamblea litúrgica la misma escena que está narrando: hay un nuevo Moisés, alguien que ocupa el lugar de Moisés, que lee un libro —el mismo libro del que se habla en el texto (éste es el elemento en común)— y, otra vez, hay una asamblea que está escuchando la lectura del libro. Como el lector está reproduciendo el acto, la acción y las actitudes de Moisés, la asamblea se ve invitada a asumir el rol de aquel pueblo, de aquella asamblea. ¿Cuál es la actitud y cuáles son las palabras de aquel pueblo? “Cumpliremos todo lo que el Señor nos ha dicho”.

Entonces, ¿este texto contiene simplemente una información? ¿Sólo cuenta un hecho del pasado? Más bien está queriendo *reproducir* en el hoy el mismo esquema comunicativo que se describe en la escena narrada. Y está queriendo inducir a la asamblea de hoy, persuadir a los oyentes de hoy a adoptar la misma *actitud* y a tomar la misma *decisión* que tomó el pueblo de Israel en el desierto; de manera que se renueve la alianza que Dios hizo con su pueblo en aquel momento.

En toda *asamblea litúrgica* se reproduce este mismo esquema. Pero aquí quiero subrayar cómo un texto de la Sagrada Escritura puede constituir no simplemente, ni principalmente una información, sino que está queriendo proponer un *modelo de acción*. Este es un aspecto de los textos que no solemos tener en cuenta y sin embargo muchos de los textos de la Escritura –por no decir directamente “todos”– tienen esta función.

Cuando pensamos en la intención del autor del texto para poder interpretarlo, no podemos pensar exclusivamente en las ideas del autor, sino en la *intención pragmática* del autor, es decir qué quería provocar el autor cuando escribió este texto para nosotros. Entonces aquí consideramos el lenguaje no simplemente en su aspecto sintáctico, es decir en la estructura de unión de los distintos elementos con los que formamos una frase, un párrafo o un discurso. No nos fijamos solamente en los significados objetivos que las palabras tienen, es decir, en su aspecto semántico o en aquellas cosas a las que se refieren las palabras tomadas como referencias. Aquí queremos fijarnos en la función pragmática del texto: esta pieza del lenguaje, que es el texto, es también un modo de actuar. Su “decir” es un modo de “hacer”, como lo mostraba el famoso libro de John Langshaw Austin (1911-1960) del año 1962: “*How to do things with words?*” (= “¿Cómo hacer cosas con las palabras?” o bien “Cuando el decir es hacer”, como reza la traducción francesa).

Siempre el decir es hacer, siempre el discurso, el lenguaje, la comunicación oral es más que transmisión de conceptos, es también una forma de influir en los demás y de modificar la realidad. Esto también lo tenía en cuenta la más clásica disciplina de la retórica, entendida como “el arte de persuadir mediante el discurso. “Persuadir” significa lograr que se modifiquen ideas, convicciones, conductas, en el otro. Y esto, no mediante la constricción física, obligando o forzando al otro, sino cambiando su manera de pensar, de sentir o de ponerse frente a determinadas realidades.

Los textos bíblicos pueden y deben ser también analizados desde este punto de vista. Esto nos da pie para desarrollar muchos recursos pastorales. Hemos traído a colación en estos días algunos textos del Nuevo Testamento, como el primer encuentro de Jesús con sus primeros discípulos Juan y Andrés, el encuentro de los discípulos de Emaús, el camino de Felipe con el ministro de la reina de Candace y otros más. Estos textos no son simples narraciones inocentes de acontecimientos ocurridos hace tiempo, son *medios* a través de los cuales el evangelista o el autor del texto quiere proponer a sus oyentes, a la comunidad destinataria, un determinado *modelo de acción*. Por eso, el analizar los distintos personajes y la interacción entre ellos, es clave a la hora de interpretarlos y de comunicar lo que estos textos quieren producir.

A veces, operamos una suerte de *inatención selectiva* en los textos, porque vamos buscando determinadas cosas y en ellas nos paramos; no vemos más. Como ejemplo, pongamos el texto de la vocación de Samuel (1Sm 3) que hemos leído en los grupos. Ustedes han recogido hermosas reflexiones acerca de la vocación de este chico, de cómo la descubre, y del papel tan hermoso que desempeña el santo sacerdote Elí. Pero no han leído bien el texto, o por lo menos no lo han leído en su integridad; porque hay más... ¿Qué más hay en el texto? En el contexto histórico y en el contexto literario de este cap. 3, hay una cosa que llama la atención en primer lugar: el chico escucha la voz de Dios, pero no Elí. Para Elí y los suyos esto “ya no era común”. Elí vivía “al amparo del Altísimo, a la sombra de las alas del Omnipotente” (Sal 91), es decir en el templo. Y eso es lo que hace desde ahora también Samuel. En una especie de *incubatio sacra*, duerme ahí para esperar un oráculo. Elí era el sacerdote, el profesional religioso de ese momento, el que estaba a cargo y, sin embargo, ya no era capaz de escuchar la voz de Dios.

Este relato está puesto en este lugar para marcar el comienzo de una etapa nueva en la historia de Israel. Ahora, es Samuel quien escucha la voz de Dios, ¿qué le dice el Señor a Samuel? ¿Cuál es el oráculo que Samuel recibe? Es la destrucción, el castigo de Elí y de su dinastía, es la descalificación del viejo sacerdocio. Además inmediatamente antes de ese relato se cuentan las iniquidades de los hijos de Elí y lo mal que se portaban.

¿Ven cómo nosotros hemos ido enseguida a lo que nos interesaba y nos hemos dejado de lado todo el resto del mensaje? No nos hemos dado cuenta de que el autor no sólo estaba elogiando a Samuel y mostrando que él iba a ser un profeta y un líder especial en el pueblo de Israel, sino que lo estaba queriendo comparar con el viejo sacerdote, que queda así descalificado, porque ya no es capaz de escuchar la voz de Dios y, por lo tanto, ya no es apto para guiar los destinos de su pueblo.

Nosotros enseguida hemos ido al “¡Que bueno! Nosotros tenemos que adoptar la actitud de Elí que es capaz de ayudar a los muchachos a escuchar la voz de Dios”. Está muy bien, pero ya que nos hemos puesto en el papel de Elí, prestemos atención: no sea que nosotros ya no seamos capaces de escuchar la voz de Dios hoy y nos volvamos ineptos para guiar al pueblo, y el Señor esté manifestándosele más a estos jóvenes que a nosotros, viejos decrepitos que no somos capaces de escuchar la voz del Señor. En el seminario, si vamos a hacer de Elí tengamos cuidado, porque por ahí el Señor le habla más a ellos que a nosotros. O quizás ellos son más capaces de escucharlo más cristalinamente que nosotros, con todo nuestro tinglado y el montón de estructuras que ya tenemos montadas.

Bueno, con esto quería mostrar que ese texto no está sólo allí para narrar y traer una información sino que ha sido puesto por el autor –el “Deuteronomista”– para legitimar determinadas personas y grupos, y deslegitimar y descalificar a otros. En este texto están en juego dos sacerdocios, dos formas de profecía, dos líneas distintas de liderazgo dentro del pueblo de Israel. Esto es simplemente un ejemplo –no entraremos en los vericuetos de la historia deuteronomista– pero nos sirve para darnos cuenta de que en los textos hay mucho más que conceptos; hay *tomas de postura* frente a la vida, concretamente hay tomas de postura desde el punto de vista político, social y económico. Sólo hay que saber interpretar para poder entender correctamente. No simplemente para aplicarlo como tal, porque hay que hacer primero una operación hermenéutica y ver cómo se actualiza, cuáles de todas esas opciones encerradas en el texto son actualizables.

Diálogo

P. Daniel Blanco o P. Daniel Ferreira (?): Lo que se da es un hecho de comunicación: Moisés comunica las palabras de Dios, pero no lo hace sólo a través de palabras, también hace cosas, gestos, y eso integra el mensaje también. Decías que las palabras producen hechos, pero también algunos hechos son palabras y dicen mucho más que las palabras. A veces la palabra puede decir formalmente o conceptualmente un contenido pero el lugar que se eligió para decirlo u otros hechos que acontecen, contradicen o invitan a otra lectura, y eso también hay que tenerlo en cuenta.

P. Blunda: Sí, a veces borramos con el codo lo que escribimos con la mano. El modo de decirlo o el gesto con el que acompañamos la palabra, desdicen lo que expresamos verbalmente o incluso transmiten el mensaje contrario. También en las relaciones humanas sencillas esto es bastante común este “doble mensaje”. Es importante cuidar que el gesto diga lo mismo que dice la palabra; de otra manera estaríamos diciendo algo sólo por cumplir, mientras que en realidad estamos dando otro mensaje por otro canal.

Fíjense lo que dice Moisés leyendo el libro, lo que hace Moisés leyendo el libro, pero también lo que ha hecho: ha erigido un altar y ha colocado alrededor del altar doce estelas, doce piedras, doce menhires, uno por cada una de las tribus de Israel, y después con la sangre de los sacrificios ha rociado, ha derramado la mitad de la sangre sobre el altar. El altar es signo de Dios, porque lo que se pone sobre el altar va dirigido a Dios.

Después que el pueblo aceptó las palabras del libro, Moisés roció al pueblo, ya no a las doce estelas, piedras, sino directamente al pueblo. La sangre es compartida por Dios y por el pueblo, la sangre, que es la vida, es derramada sobre el altar y derramada sobre el pueblo. Entonces, esta alianza no sólo se sella mediante la palabra, mediante el mutuo consentimiento, sino también mediante el gesto. Es la misma sangre, la misma vida derramada sobre unos y otros.

Además, se puede pensar –según una de las interpretaciones probables del “comieron y bebieron” del v.11– que hubo también un banquete sagrado en la montaña, un banquete que es igualmente signo de una alianza. Entonces, estas dos cosas son claves: así como hay *palabras que hacen*, hay *gestos que dicen*, gestos decidores o elocuentes.

Otro sacerdote: ¿En qué medida la historia personal o el momento histórico del emisor y el receptor son también un obstáculo? Porque, por ejemplo, el emisor puede estar contento y el receptor triste, o alguno de los dos puede estar en crisis y, por más que haya elegido un código adecuado o transmita el mensaje adecuadamente, la historia personal se convierte en obstáculo.

P. Blunda: Sí, la historia personal evidentemente puede ser un *ruido*, que dificulta la comunicación. Esto lo hemos experimentamos más de una vez como curas, por ejemplo, el tener que hablar en un casamiento cuando se ha muerto un amigo queridísimo o tener que hablar en un velorio cuando uno viene de festejar el casamiento de una hermana. Por supuesto que hay un esfuerzo, hay toda una ascesis de ponerse en el lugar del otro, en la misma línea de aquello de san Pablo: “llorar con el que llora, reír con el que ríe” y mucho más que en el hablar, también en el acompañar existencialmente a los otros.

Monseñor Giaquinta: Al hablar del texto completo de Samuel, has tocado un punto que me toca mucho. Yo ansío que aparezca Marción y me borre de la Biblia un montón de pasajes, que la purifique, porque hay pasajes que me molestan muchísimo. Pasajes que siempre leí como anécdotas pasadas, no sabría decir hasta cuando, pero me animo decir hasta que fui obispo, y tal vez, hasta obispo emérito: “¡Pobre Jesús! Lo que le hacían estos escribas y fariseos, lo que eran capaces de hacerle”. O sea que los leía como anécdotas dolorosas de un pasado, sin ningún acento evangélico, sin ningún acento profético *para mí*. Por eso, es lógico que ansíe que venga Marción de vuelta.

Pero he aquí que descubro que san Pablo me da una versión totalmente distinta, en la carta a los romanos y en la carta a los corintios, al menos, donde dice “todo esto del pasado fue escrito por nosotros” (1Cro 10). O sea, me refiero a la “intención eclesial” –yo la llamo así– de todo texto litúrgico. Al ver las proposiciones del Sínodo 2008, me parece que este tema no sale.

Me pregunto, primero para mí: en nuestros seminarios, uno puede entrar medio escriba y terminar discípulo. Pero ¿no acontece que uno comience discípulo y termine escriba? Un escriba y fariseo hipócrita, porque está el buen escriba que sabe sacar de su tesoro lo viejo y lo nuevo. “Escriba” no es una palabra demonizada en el lenguaje de Jesús. Pero me lo pregunto en mi vida espiritual y pastoral –y me lo pregunto por mi generación clerical, por mi Iglesia actual– si no estamos con esa mentalidad: “Pobre Jesús, lo que eran capaces de hacerle eso judíos”. O sea, me descubro haciendo una lectura anti-judía –no antisemita, pero sí anti-judía– y no una lectura profética, evangélica o eclesial, y no sé si ésta era la intención.

Ante la proclamación del Evangelio, nos ponemos de pie, respondemos “Gloria a ti Señor Jesús” y nos sentamos para escuchar; pero después el predicador sigue en otra línea. O sea todo lo gestual por un lado, como si fuese profético (nos ponemos de pie, respondemos, nos sentamos), y después el predicador va por su cuenta, no conforme a la “intención eclesial”. No se lo aplicó a sí mismo y no lo aplica a la comunidad.

P. Blunda: Eso parece un elemento clave: a la hora de leer los Evangelios, preguntarnos por la intención que el evangelista ha tenido al incluir esta parábola, al incluir esta narración de esta escena de la vida de Jesús, y no engañarnos

fácilmente pensando que se trata de una anécdota inocente puesta simplemente porque se acordaban de eso, porque todavía les dolía lo que los fariseos le habían hecho al pobre Señor, sino que puede haber allí en la intención del autor, un propósito preciso de invitar a la asamblea a una conversión, persuadirla de algo para que cambie.

Otro sacerdote: Retomando lo que decía Daniel de los gestos: es verdad todos los gestos son palabra, todos los gestos hablan, alguno más claramente pero todos hablan. En este sentido, entre personas nunca hay monólogos. Incluso la homilía es un diálogo, porque si uno está predicando y la gente mira los ventiladores, están diciendo un montón de cosas que uno puede captarlas o no y corregir la manera, el modo, el mensaje. Entonces, siempre estamos dialogando y siempre estamos simultáneamente emitiendo y recibiendo, si estamos atentos al receptor. En este momento, me estás mirando, con lo cual me estás diciendo que me prestás atención. Si estuvieras mandando un mensajito con el celular me estarías diciendo otra cosa. Lo mismo pasa cuando leemos la Palabra: también dialogamos con el texto, porque expresamente nos pasó esto con el texto de Samuel, porque de alguna manera también nosotros le decimos cosas al texto, le hacemos preguntas, vamos buscando y vamos escuchando, y según la reacción que el texto va provocando en nosotros, lo abordamos de una determinada manera. Es también un diálogo.

P. Blunda: Interesante porque ese *feedback*, digamos, es una de las claves para mejorar la comunicación. Decíamos que el emisor tendrá que pensar en el receptor a la hora de codificar y a la hora de formular su mensaje. Pero no solamente antes, sino durante, también tiene que corroborar que efectivamente el canal sigue abierto y que no están dormidos; corroborar que la persona está entendiendo, a veces por los gestos, las actitudes o los rostros de las personas.

Otro sacerdote: Siguiendo también en la línea de lo que decía Daniel, creo que vos tocaste un punto que por lo menos a mí me moviliza mucho, que es el lenguaje simbólico. La liturgia es propiamente un lenguaje simbólico y por eso se proclama la palabra, no se lee, bueno, todo lo que sabemos. Vos el otro día hablabas una cosa muy interesante que es la sinergia entre lo conceptual y lo no conceptual, lo gestual, que es propiamente el lenguaje litúrgico, pero voy a esto que salió el otro día en uno de los grupos: es muy interesante como, para los bichos de ciudad como yo, el lenguaje simbólico, hay que también decodificarlo hoy. Esto lo trato de trabajar en el seminario con los seminaristas, que asombrosamente son muy refractarios a lo simbólico, a ciertas cosas simbólicas. Un ejemplo muy concreto: hacemos una celebración de la palabra con los textos del domingo, y les pido que a la celebración le incluyan un gesto para de algún modo iluminar o condimentar la Palabra, mejor dicho para expresar la Palabra de Dios, pero les cuesta muchísimo. Entonces, siendo que decimos que la religiosidad popular tiene un caudal de lenguaje simbólico importante, la liturgia también tiene un caudal, pero, hay que decodificarlo. Por ejemplo, celebrando bautismos, me doy cuenta que a veces hay que decodificar por qué se utiliza el óleo: “¿Ustedes saben por qué nos llamamos cristianos? ¿Qué significa la palabra Cristo? Porque somos ungidos, en aceite”. Bueno, ese tipo de cosas me hace reflexionar mucho porque después hay otros lenguajes simbólicos. Me llaman mucho, mucho la atención los recitales multitudinarios de rock en la televisión, porque están llenos de lenguajes simbólicos: luces, bengalas, antorchas; es la misma luz que nosotros usamos. De pronto hay símbolos litúrgicos, símbolos cristianos que hay que decodificarlos hoy, o mejor dicho, darles contenido cristiano.

P. Blunda: Haría aquí consideraciones más amplias, pero bueno. De algunos símbolos ya estamos extrañados, no nos dicen nada. Entonces, lo fácil sería cambiarlos por otros. Hay muchos signos y símbolos que se pueden cambiar por otros pero hay algunos que forman parte tan entrañable y están tan unidos con nuestra tradición evangélica, nuestra tradición apostólica, nuestra tradición cristiana, que muy difícilmente encontremos otros exactamente decidores de la misma manera que éstos. Por esto digo lo de la educación bíblica: la mejor manera de entrar a la liturgia es la Biblia, porque la liturgia cuaja en el molde bíblico. Al revés se puede decir lo mismo también, la mejor manera de comprender la Biblia es la liturgia. Pero si la mayoría de nuestra gente y de los candidatos al sacerdocio que entran al seminario, no tiene esta sensibilidad frente a los signos bíblicos, el único camino es el de la familiaridad con el mundo bíblico. Y aquí aparece otra cuestión. Esta familiaridad con la Biblia nos va a ir introduciendo en un lenguaje distinto, en un mundo mítico-simbólico distinto. Es decir, a medida que entramos en el discurso bíblico, vamos a ir adquiriendo una simbología, un

lenguaje, una estructura incluso distinta. Uno va absorbiendo poco a poco este lenguaje, que permite que uno pueda luego celebrar con esos símbolos y con esas palabras. Entonces, muchas de estas palabras bíblicas que están en la Biblia preñadas de un contenido muy rico, también a nosotros nos van a abrir la posibilidad de esta celebración y de esta comunicación gestual y simbólica.

Avanzo un poco, completando lo que decíamos respecto de esta inatención selectiva, con otro problema que tenemos también a la hora de la lectura de los textos. A veces leemos de una manera y no alcanzamos a captar determinados relieves del texto. Pero también es verdad que *nos resistimos* a descubrirlos. Por ejemplo, fue muy curioso cuando se hizo el trabajo de limpieza de las pinturas de la capilla Sixtina. Si uno conocía la capilla Sixtina antes de la restauración y entraba después y miraba, dice “Madre mía, esta ya no es mi capilla Sixtina”. Nos llenábamos la boca hablando de los colores pastel que había usado Miguel Ángel y ahora uno vemos colores chillones, colores fuertes, y a mucha gente no le gusta. Le gustaba más como era antes. Y claro, se habían escrito tantas cosas acerca de los colores elegidos por Miguel Ángel, que cuando nos damos cuenta de que eso no era verdad, que los colores reales eran distintos, quedan descalificadas muchas opiniones, muchos escritos y muchos gustos.

Prestemos atención, porque con el Evangelio nos pasa igual. Tenemos nuestra manera de interpretarlo y ¡que no venga ningún exegeta o ningún predicador a decirnos otra cosa respecto de ese Evangelio! Cuando descubrimos que no era como pensábamos, sino que Jesús estaba queriendo decir tal otra cosa, nos quejamos silenciosamente diciendo por dentro: “¡Ah no, éste ya no es mi Jesús! Y este otro, ya no me gusta”. Hay gente que incluso se aleja de la Iglesia por eso. Estaba tan aferrada a un modo de vivir su fe, que no soporta que nadie se la cambie. Pero también a nosotros nos puede pasar que tengamos esa resistencia a descubrir las cosas tal como son o, por lo menos, a descubrir cosas que no habíamos descubierto antes en los textos bíblicos. Puede ocurrir que no nos gusten porque nos obligan a modificar nuestra opinión en otras cuestiones, o a cambiar actitudes en otros aspectos.

I.31. La Palabra de Dios en la liturgia

Bien, querría pasar ahora a los diversos usos de la Biblia en la liturgia tal como nos lo propone el documento, para detenernos específicamente en el tema de la homilía.

En el capítulo que estamos leyendo (IBI, IV, C, 1), la PCB habla de los usos de la Biblia en la Liturgia. «Desde los comienzos de la Iglesia, la lectura de las Escrituras ha formado parte de la liturgia cristiana, parcialmente heredera de la liturgia sinagoga. Hoy, todavía, es sobre todo [yo diría que para la mayoría es: “solamente”] en la liturgia donde los cristianos entran en contacto con las Escrituras, en particular en ocasión de la celebración eucarística dominical».

«En principio, la liturgia, y especialmente la liturgia sacramental, de la cual la celebración eucarística es su cumbre, realiza la actualización más perfecta de los textos bíblicos [tanto que el mismo Jesús se hace presente en persona con todo su misterio salvífico], ya que ella sitúa su proclamación en medio de la comunidad de los creyentes reunidos alrededor de Cristo para aproximarse a Dios. Cristo está entonces “presente en su Palabra, porque es él mismo quien habla cuando las Sagradas Escrituras son leídas a la Iglesia” (SC, 7) [este número 7 de *Sacrosanctum Concilium* sobre las presencias de Cristo en la liturgia habría que reflexionarlo y estudiarlo a fondo]. El texto escrito se vuelve así, una vez más, palabra viva» (IBI, IV, C, 1).

Antes de ser escrita en la Biblia, la Palabra de Dios fue vivida por un pueblo. Ahora el desafío consiste en que esa Palabra vuelva a ser Palabra viva: se vuelva a proclamar y vuelva a ser vivida por los que celebramos. Es decir, que vuelva a ser acontecimiento, mediante ese sacramento de la Palabra que es la Sagrada Escritura.

I.32. El leccionario

La reforma litúrgica decidida por el Concilio Vaticano II se ha esforzado en presentar a los católicos un más rico alimento bíblico. Los tres ciclos de lecturas de las misas dominicales otorgan un lugar privilegiado a los evangelios, para poner a la luz el misterio de Cristo como principio de nuestra salvación. Al poner en relación, regularmente, un texto del Antiguo Testamento con el texto del evangelio, este ciclo sugiere frecuentemente el camino tipológico para la interpretación de la Escritura. Como se sabe, ésta no es la única lectura posible (*IBI*, IV, C, 1).

Uno de los elementos necesarios para aprender a preparar la homilía es conocer el leccionario, que no quiere decir ir a ver en la agenda las lecturas, sino conocer la estructura del leccionario y los principios que rigieron la selección de las lecturas, el orden sucesivo y el acercamiento que se establece entre determinados textos del Antiguo y del Nuevo Testamento. Esto está en continuidad con la tradición de la lectura patrística, la que hacían los autores del Nuevo Testamento y también los del Antiguo. Para conocer dicha estructura, son útiles los *prenotanda* del leccionario, que indican –por lo menos a grandes rasgos– cuáles fueron los principios que rigieron la estructuración del leccionario. Son textos normalmente bastante desconocidos.

Este conocimiento del leccionario puede darnos a nosotros la pista de la intención, no tanto del autor de la Biblia, pero sí de la Iglesia en su liturgia: ¿por qué la Iglesia pone en este domingo este texto y no otro? ¿Por qué pone este trozo del Antiguo Testamento junto con este otro? Esta relación entre los textos es la que nos guía y nos indica cuál es el mensaje que se quiere transmitir.

Hay tiempos litúrgicos muy cuidadosamente estructurados. Es verdad que el primer ciclo de leccionario que se elaboró fue el B, pero la estructura tipo es la del ciclo A. El esquema es muy claro especialmente en Cuaresma y en Pascua.

Uno se da cuenta de que el miércoles de ceniza representa como gran pregón de la Cuaresma. Después, de los cinco domingos de Cuaresma, el primer domingo apunta a un mismo mensaje en los tres ciclos (las tentaciones de Jesús) y el segundo domingo también (la transfiguración de Jesús). Muestran el comienzo y la meta del camino humano, es decir, desde dónde nos saca el Señor y adónde nos quiere conducir, la situación del hombre caído y la vocación del hombre transfigurado en Cristo. Y no sólo en el evangelio. Por ejemplo, la primera lectura del segundo domingo en el ciclo A es el relato de la vocación de Abraham, que nos plantea el tema de nuestra vocación: ¿a dónde apunta nuestro camino? ¿a dónde nos quiere llevar el Señor?

En cambio, los otros tres domingos –tercero, cuarto y quinto– tienen más bien una estructuración horizontal. El ciclo A contiene la gran simbología bautismal, en tres textos tomados del evangelio de Juan: “el agua” y la samaritana; “la luz” y el ciego de nacimiento; y finalmente “la vida” y la resurrección de Lázaro. En cambio, el ciclo C despliega la iniciativa misericordiosa y salvadora de Dios. Va desarrollando toda la cuestión de la misericordia, mediante la lectura de las parábolas de Lucas. Esto sólo para poner algunos ejemplos de la estructuración del leccionario y de lo ilustrativo que puede resultar conocer esa estructura, a la hora de ponerse a predicar o, más bien, de preparar una homilía.

El leccionario surgido de las directivas del Concilio (SC, 35), debía permitir una lectura de la Sagrada Escritura “más abundante, más variada y más adaptada”. En su estado actual, no responde sino en parte a esta orientación. Sin embargo, su existencia ha tenido felices efectos ecuménicos (*IBI*, IV, C, 1). El leccionario católico salido del Concilio ha sido adoptado por muchas iglesias evangélicas. Eso ha sido muy importante, porque ha promovido una comunión interesantísima entre las iglesias –sobre todo entre las llamadas “iglesias históricas”–, por el hecho de estar meditando cada domingo, en muchas de las iglesias cristianas, la misma Palabra de Dios.

En algunos países, ha permitido, además, medir la falta de familiaridad de los católicos con la Escritura (*IBI*, IV, C, 1) y ver que extraños se sentían. Los más jóvenes no se acordarán. Yo me acuerdo vagamente de lo que era la lectura

litúrgica antes del Concilio. Eran muy pocos los textos que se leían (en comparación con los que –gracias a Dios– tenemos ahora) y se volvían a leer muchas veces a lo largo de las celebraciones del año.

La liturgia de la palabra es un elemento esencial en la celebración de cada sacramento de la Iglesia (*IBI*, IV, C, 1). No puede haber celebración sacramental sin proclamación de la Palabra de Dios. Mejor, no hablemos de la confesión... Pero habría que pensar qué clase de sacramento celebramos cuando no hay una mínima presencia de la Palabra de Dios proclamada. Claro, los consejos que damos están inspirados en la Escritura. Lo creo; pero la liturgia de la palabra es un elemento decisivo en la celebración de cada sacramento de la Iglesia.

Dicha liturgia de la Palabra no consiste en una simple sucesión de lecturas, sino que debe incluir igualmente tiempos de silencio y de oración» (*IBI*, IV, C, 1). A veces parece que nuestros coros tienen una especie de *horror vacui* –el principio de la física antigua según el cual la materia tiende siempre a llenar los huecos– un miedo al silencio: apenas terminan la lectura empiezan con una canción; concluye el canto de comunión y comienzan con el de acción de gracias. Es decir, los silencios son tan importantes como las palabras en la Liturgia. Más vale que nuestra homilía sea dos minutos más corta, para que dejemos un minuto de silencio. A veces optamos por las formas breves de las lecturas y después largamos un chorrizo de homilía que no tiene fin.

Esta liturgia, en particular la Liturgia de las Horas, acude como fuente al libro de los Salmos para hacer orar a la comunidad cristiana (*IBI*, IV, C, 1). Este libro de los Salmos es para nosotros un tesoro. Es una “pequeña Biblia”, un resumen de toda la Biblia, como se ha dicho muchas veces en la tradición de la Iglesia. Reúne como una tipología de las diferentes situaciones por las que nosotros podemos pasar, y permite una infinidad de trayectos y caminos de actualización. Además, nos ofrece la posibilidad de un aprendizaje de la oración. Pone en nuestras bocas las palabras con las cuales podemos dirigirnos al Señor. Como signo de su amorosa condescendencia, nuestro Dios “nos pone en la boca las palabras con las cuales podemos dirigirnos a Él”, como dicen los Santos Padres.

Esto sugiere la necesidad de que la participación en la liturgia esté preparada y acompañada por una práctica de lectura de la Escritura.

Si en las lecturas “Dios dirige su palabra a su pueblo” (Instr. Gral del Misal Romano, 33), la liturgia de la Palabra exige un gran cuidado, tanto para la proclamación de las lecturas como para su interpretación. Es, pues, deseable que la formación de futuros presidentes de asambleas y de aquellos que los acompañan, tenga en cuenta las exigencias de una liturgia de la palabra de Dios fuertemente renovada. Así, gracias a los esfuerzos de todos, la Iglesia continuará la misión que le ha sido confiada, “de tomar el pan de vida de la mesa de la palabra de Dios, como de la del cuerpo de Cristo, para ofrecerlo a los fieles” (*Dei Verbum*, 21)» (*IBI*, IV, C, 1).

I.33. La homilía

Cuando el texto de la PCB habla del ministerio pastoral, hace una serie de recomendaciones para la predicación: Recomendado por *Dei Verbum*, 24, el recurso frecuente a la Biblia en el ministerio pastoral toma diversas formas, siguiendo el género de hermenéutica del cual se sirven los pastores y que pueden comprender los fieles. Se pueden distinguir tres situaciones principales: la catequesis, la predicación, y el apostolado bíblico (*IBI*, IV, C, 3).

«La homilía, que actualiza explícitamente la Palabra de Dios, forma parte de la liturgia» (*IBI*, IV, C, 1), no es un paréntesis en la misma. Por lo tanto, habría que darle continuidad a los distintos momentos del drama litúrgico, de la celebración litúrgica. No puede ser un paréntesis y no puede tampoco ocupar el lugar principal, sacar del ritmo a todo, no puede ser la mitad de la celebración homilía. Uno tiene demasiadas experiencias negativas respecto de eso, y cuando éramos jóvenes también hemos exagerado en el tiempo de la predicación. Hay un ritmo que la homilía tiene que

respetar, tiene que haber como una continuidad entre las distintas partes y una mutua referencia de la homilía al resto de la liturgia.

Vamos a leer, entonces, lo que indica acerca de la predicación simplemente: Observaciones análogas [a las de la catequesis] se aplican al ministerio de la predicación, que debe sacar de los textos antiguos un alimento espiritual adaptado a las necesidades actuales de la comunidad cristiana» (IBI, IV, C, 3). Es realmente en la homilía donde uno hace el esfuerzo mayor de actualización de los textos. De la homilía siempre se nos ha enseñado, que tiene que tener tres puntos de referencia: la vida de la comunidad concreta a la que nos dirigimos, los textos bíblicos que se han proclamado, en su sentido auténtico, y la celebración en la que nos encontramos. Entonces tiene que poder atender a esos tres aspectos. Hay un subsidio que editó el CELAM hace unos veinte años. Entonces, los elementos de los que consta una homilía, no tanto las partes en el discurso oratorio sino las referencias, serían:

- el elemento vital, es decir, el punto de partida en la vida de la comunidad, el elemento de experiencia que va a servir de base para poder recibir el mensaje;
- el elemento exegético, es decir, la interpretación del mensaje de la Escritura proclamada; y
- el elemento litúrgico, es decir, la actualización en la celebración que estamos viviendo.

La homilía debería poder aterrizar en la celebración, debería guiar sin solución de continuidad al banquete eucarístico. Deberíamos ayudar a conectar la vida con la Palabra y la vida con la celebración, en un esfuerzo de unificación, de integración de la vida creyente.

Aunque pueda tener elementos catequísticos, la Biblia no es estrictamente hablando una catequesis, pertenece a otro género literario. La explicación de los textos bíblicos durante la homilía no puede entrar en muchos detalles. Conviene, pues, poner a la luz los aportes principales de esos textos que sean más esclarecedores para la fe y más estimulantes para el progreso de la vida cristiana, comunitaria o personal. Presentados esos aportes, es necesario hacer obra de actualización e inculturación, según cuanto ha sido dicho antes. Para esta finalidad, son necesarios principios hermenéuticos válidos. Una falta de preparación en este campo tiene como consecuencias la tentación de renunciar a profundizar las lecturas bíblicas, contentándose con moralizar o hablar de cuestiones actuales, sin iluminarlas con la palabra de Dios (IBI, IV, C, 3). La gente se da cuenta cuando preparamos o no la homilía, no hace falta mucho esfuerzo. Cuando no la preparamos mucho, enseguida vamos a la moralización o a hablar de lo que hemos leído en el diario a la mañana. Son las dos salidas, lo que tienen o no tienen que hacer y lo mal que andan las cosas en este mundo, y “vaya a ver dónde terminaremos”. Seguramente se debería evitar una insistencia unilateral sobre las obligaciones que se imponen a los creyentes» (IBI, IV, C, 3).

El documento insiste mucho en esto. La homilía tiene que ser prolongación del Evangelio, y por eso, en primer lugar, Buena Noticia. Tiene que ser anuncio de salvación, tiene que ayudar a descubrir lo que Dios está haciendo ya en la vida. En segundo lugar, tendrá que invitar a un cambio de vida y dar las actitudes con las cuales hay que acoger esta salvación. Por eso insiste el texto: «se debería evitar una insistencia unilateral sobre las obligaciones que se imponen a los creyentes. El mensaje bíblico debe conservar su carácter principal de buena noticia de salvación ofrecida por Dios. La predicación será más útil y conforme a la Biblia si ayuda a los fieles, primero a "conocer el don de Dios" (Jn. 4, 10), tal como ha sido revelado en la Escritura, y luego a comprender de modo positivo las exigencias que de allí derivan» (IBI, IV, C, 3).

Bien, hacemos una pausa. Después continuamos un poco con esto y con unas aportaciones acerca de la animación bíblica de la pastoral, que creo que pueden ser interesantes.

Creo que se va dibujando cada vez más claramente este tema en la propuesta, sobre todo en Latinoamérica. Quizás México y Chile son los que más explícitamente han trabajado en esta línea, pero también nosotros en Argentina venimos en esa misma dirección.

Jueves 05 de febrero de 2009 (10:30–12.00 hs.)

Este tema de la homilía ha sido también una preocupación en la Asamblea del Sínodo. Algunos de los obispos han hecho referencia a ello y ha pasado también a una de las proposiciones del Sínodo: el tema de la homilía. Sobre todo recogiendo lo que aportó la alocución, la propuesta de Mons. Ricardo Blázquez Pérez, hasta entonces presidente de la Conferencia Episcopal Española, obispo de Bilbao:

«*La homilía* es parte integrante de la celebración eucarística en el día del Señor. Ocupa un puesto privilegiado en el ministerio de la Palabra de Dios; es uno de los servicios más importantes que pueden prestar el obispo y el presbítero a la comunidad de los fieles cristianos.

Es oportuno que en la preparación de la homilía, el predicador se haga al menos tres preguntas: *¿Qué dicen las lecturas* que van a ser proclamadas en la celebración? *¿Qué me dicen* personalmente a mí? *¿Qué debo yo comunicar* a los participantes en la Eucaristía? Sin convertir la homilía en catequesis, debe tener un contenido doctrinal claro y vigoroso. Aunque parezca paradójico, el presidente de la celebración es el primer destinatario de su predicación [para tenerlo presente siempre: cuando uno predica tendría que verse sentado en el primer banco, es la única manera de ser honesto para predicar]. No es una palabra dirigida sólo a otros, y desde luego no es una palabra lanzada contra otros. El predicador se incluirá a sí mismo, también por la forma de hablar, en las exhortaciones, correcciones y llamadas a la conversión dirigidas a la comunidad [aquí vuelvo al lenguaje, incluso al manejo de la primera, la segunda y la tercera persona, en cuanto a la manera de dirigirme a los demás]. En la homilía convergen la vida de cada persona con sus necesidades y esperanzas y el anuncio de la Palabra de Dios. Existe un trasiego entre vida y celebración que debe facilitar el predicador. La homilía debe ayudar a los oyentes a interpretar la historia a la luz de la muerte y resurrección de Jesús como Él hizo a los discípulos de Emaús.

La homilía es un eco de la predicación de Jesús en la Sinagoga de Nazaret. Después de hacer la lectura de un pasaje del Profeta Isaías, proclama: “Hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír” (Lc 4,21). La homilía no es sólo la narración de lo dicho, ocurrido y escrito en el pasado, sino actualización con la fuerza del Espíritu Santo de lo que el Señor dijo e hizo. Lo proclamado como realizado “in illo tempore” e “in diebus illis” se cumple también “hodie”. La liturgia de la Iglesia es lugar privilegiado en que las Escrituras son Palabra de Dios para la comunidad» (Ricardo Blázquez, VII Congr. Gral., 9-10-08, sesión postmeridiana).

Aquí hay que guardarse de algunas tentaciones. Podemos nosotros adoptar muchos medios para ayudarles a los muchachos a prepararse como predicadores, pero no nos olvidemos que la que más hondo va a calar en el corazón de los muchachos es la forma en que nosotros predicamos en el seminario. Y ahí tenemos que tener mucho cuidado, porque la homilía tiene que ser homilía. No podemos aprovechar el momento de la homilía para decirles a los muchachos las cosas que no les hemos podido decir porque no los hemos visto, porque no estamos nunca en el seminario, porque tenemos muchas ocupaciones afuera, entonces les vomitamos todo lo que les queremos decir (las correcciones, el otro que llegó tarde, el otro que no preparó tal cosa) y les enrostramos todas estas cosas en la homilía. Eso no es una homilía y estamos deformando a los muchachos. Cuando aprovechamos la homilía para esto, estamos contribuyendo a hacerlos malos predicadores, y eso perdonen pero es una tentación muy a la mano, lo he visto demasiadas veces. Uno también se siente tentado en la parroquia a veces a aprovechar, pero tiene que morderse la lengua y respetar el momento sagrado en el que está y la necesidad de proclamar la Buena Noticia de salvación que los textos bíblicos contienen. La mejor forma de enseñarles a los seminaristas a predicar es predicar bien nosotros, preparando bien la homilía, y que sea expresión de una lectura de fe de la Palabra, de una lectura de fe de la vida y de una vivencia honda de la celebración del misterio de Cristo que está aconteciendo, esa es la mejor manera. No hay mejor receta que esa.

Después hay otros recursos que uno puede encontrar. A mi me ha resultado especialmente buena la experiencia que he hecho con los seminaristas los fines de semana. Llegaban los sábados y se iban los domingos, y antes de comer teníamos

una hora para preparar con ellos la homilía del domingo. Ellos conocían las distintas comunidades a las que cada uno había sido enviado. Leíamos los textos bíblicos y juntos pensábamos la homilía. Nos preguntábamos ¿qué aspecto de la vida de nuestras comunidades podría iluminarse con este texto que acabamos de escuchar? Entonces cada uno hacía su aporte y entre todos decíamos cuál podía ser el punto de partida, cuál el mensaje, y en qué lenguaje podíamos hacerlo llegar de la mejor manera. Ha resultado una buena experiencia.

También se puede hacer ese intento en el seminario: que cada uno prepare con sus compañeros de diócesis o de pastoral o por curso, lo que podría ser la homilía del fin de semana.

En los primeros años de cura, nos juntábamos durante la semana con los compañeros para preparar la homilía, junto con un cura mayor. A veces, nos reuníamos los miércoles antes de comer. Eso también resultó lindo mientras duró.

Puede haber otras formas de estructurarla, pero puede ser un buen itinerario comenzar con una *experiencia de la vida* de la comunidad, partir de un hecho que es conocido o vivido intensamente por la comunidad destinataria, y desde ahí hacer el *anuncio que la Palabra de Dios* contiene, desembocando finalmente en el cumplimiento de ese don de Dios en la misma *Eucaristía*. Tiene la ventaja de que uno capta inmediatamente la atención de la gente con algo conocido, algo vivido, algo sentido, algo que preocupa, que interesa porque es parte de la vida. Puede ser una noticia por todos conocida, algo que se ha vivido en la comunidad, una experiencia común en la vida de las familias, en la vida del trabajo o algo que tenga que ver con la vida de la comunidad local, para partir de ahí y recién ver qué nos dice el texto a eso.

En general, en la preparación se ha hecho al revés: primero ha leído los textos y después ha pensado qué aspecto de la vida de la comunidad puede iluminar. Pero a la hora de decir la homilía, de transmitirla normalmente, es mejor si se parte desde ahí y recién se proclama el texto: se prepara la tierra y recién se echa la semilla. Al final debería uno conducir el discurso a la celebración.

También ayuda el que uno sea claro en la manera de estructurar la homilía. Así, normalmente, la gente ya conoce como es: “Ya está por terminar el padre, porque vuelve al principio”, o como un cura que había en mi parroquia que cuando decía “para terminar”, la gente sabía que normalmente le faltaban diez minutos. Un profesor nos decía que había un dicho en alemán que dice “más largo que predicador buscando el amén”...

En el subsidio del CELAM se pueden encontrar muchas cosas interesantes para esta cuestión de la preparación de la homilía. Pero no nos olvidemos que esta cuestión se aprende sobre todo por contagio, por lo que uno escucha decir en el seminario, sobre todo. El documento de Aparecida, hablando de los seminarios y casas de formación religiosa, dice eso justamente: «Un espacio privilegiado, escuela y casa para la formación para los discípulos misioneros [...] El tiempo de la primera formación es una etapa donde los futuros presbíteros comparten la vida» (DA, 316). Más que un lugar, el seminario, es un tiempo, un período, una etapa de la vida que nos da la oportunidad de ingresar en esa comunidad de discípulos, crecer en nuestra condición de discípulos y permanecer siendo discípulos.

IX. La animación bíblica de toda la pastoral

I.34. Historia de una opción pastoral

En el período anterior al Concilio, se utilizaba más bien el término del “apostolado bíblico”. Hubo también un “movimiento bíblico” que preparó de algún modo el Concilio y anticipaba su invitación a poner al alcance de todos la Palabra de Dios.

En mi casa, creo que había la única traducción de los originales que nosotros conocíamos era la de Nacar-Colunga, editada por la BAC. No era fácil conseguir Biblias en castellano. Aquí en la Argentina el trabajo más importante fue el de Mons.

Straubinger. Su esfuerzo por traducir la Palabra de Dios ha sido un gran aporte, y se hizo en un momento en que no era común una empresa de tal envergadura.

Hoy gracias a Dios, tenemos a nuestro alcance muchas traducciones. Pero no nos olvidemos que esta situación es muy reciente. Entre el Pueblo de Dios en general, todavía queda una enorme tarea por delante para poner al alcance de todos no sólo el libro –el texto–, sino la Palabra de Dios –su mensaje– con todo lo que esto significa.

Después del Concilio empezó todo este trabajo de llevar la Palabra de Dios que se llamó “pastoral bíblica”, comprendido como uno de los campos de la pastoral de conjunto. Pero hoy parece que estamos en una tercera y nueva etapa que no concibe la pastoral bíblica sólo como uno de los campos del apostolado, el que tiene por objeto la Biblia –y que tendrá que seguir existiendo–, sino más bien el propósito de hacer una animación bíblica de toda la pastoral de la Iglesia, que toda la pastoral orgánica esté animada por este espíritu que nos transmite la Sagrada Escritura y que hable el lenguaje bíblico, que proponga la Palabra de Dios, que facilite el encuentro con Jesucristo en la Palabra. Es decir, que todos los aspectos y dimensiones de la pastoral estén inspirados en la Sagrada Escritura.

El momento pastoral en el que nos encontramos parece ser el momento clave. El Episcopado mexicano y el chileno lo han hecho más explícito. El nuestro quizás todavía no, pero ya lo está practicando en su modo de encarar sus proyectos pastorales, por lo menos en lo que ha sido la elaboración de las “Líneas Pastorales para la Nueva Evangelización”. En esta segunda edición ha estado muy presente. Esta modalidad responde también a lo que decían en las alocuciones del Sínodo Mons. Raymondo Damasceno Assis y Mons. Santiago Silva Retamales.

«El Concilio Vaticano II hizo una afirmación que parecía obvia pero que en la práctica no lo era tanto, y así abrió un gran horizonte. Afirmó que la Sagrada Escritura, Palabra de Dios escrita “bajo la inspiración del Espíritu Santo” (DV 1), es “como el *alma de la Teología*” (DV 24), así como el “apoyo y vigor de la Iglesia, y fortaleza de la fe para sus hijos, alimento del alma, fuente pura y perenne de la vida espiritual” (DV 21)».

Esta última afirmación ha tomado cuerpo en la V Conferencia General de los Obispos de América Latina y el Caribe en Aparecida realizada el año pasado, al proponer explícitamente un cambio de enfoque en el 248: «Se hace, pues, necesario proponer a los fieles la Palabra de Dios como don del Padre para el encuentro con Jesucristo vivo, camino de “auténtica conversión y de renovada comunión y solidaridad” (EAm 12).

Esta propuesta será mediación de encuentro con el Señor si se presenta la Palabra revelada, contenida en la Escritura, como fuente de evangelización [...]. La importancia de una “pastoral bíblica”, entendida como animación bíblica de la pastoral, que sea escuela de interpretación o conocimiento de la Palabra, de comunión con Jesús u oración con la Palabra, y de evangelización inculturada o de proclamación de la Palabra. Esto exige de parte de los obispos, presbíteros, diáconos y ministros laicos de la Palabra un acercamiento a la Sagrada Escritura que no sea solo intelectual e instrumental, sino con un corazón “hambriento de oír la Palabra del Señor” (Am 8,11)» (Aparecida 248).

I.35. Formación de los futuros presbíteros

Entonces, se trata de «pasar de una pastoral bíblica a una “animación bíblica de toda la pastoral” (DA 248). Pues bien, estas indicaciones tienen repercusión directa en la *formación de los futuros presbíteros*. La formación presbiteral en los tiempos actuales debe poner la Palabra de Dios en el lugar central, como bien nos recordó S.S. Benedicto XVI en su discurso inaugural en Aparecida: “Al iniciar la nueva etapa que la Iglesia misionera de América Latina y El Caribe se dispone a emprender [...], es condición indispensable el *conocimiento profundo y vivencial de la Palabra de Dios*” [...].

En el contexto actual de la Iglesia en América Latina y el Caribe es necesario y urgente que el proyecto formativo y el currículo de los seminarios, además de destacar la *formación académica* en la Sagrada Escritura, ponga un mayor cuidado

en la capacitación de los formandos en una *espiritualidad bíblica sólida*, haciendo uso creativo de todos los medios al alcance, dando una especial relevancia a la Lectio Divina. El reto es lograr que los futuros presbíteros, ya desde su formación inicial, aprendan a *confrontar sus vidas en el espejo de la Palabra* de Dios y alcancen el *conocimiento de Dios* en la fuente viva de su Palabra. Para ello es necesario que aprendan a estar en un permanente y profundo contacto con la Palabra de Dios. Pero no sólo por razones funcionales, es decir por motivos académicos o pastorales, sino como un elemento constitutivo vertebral que *moldee su proyecto de vida* durante la formación inicial y pueda continuarlo ya siendo presbítero» (Mons. R. Damasceno Assis).

El seminario es el tiempo, la etapa en la que los sujetos aprenden los principios de la formación permanente. Como ayer nos recordaba Mons. Giaquinta, no le podemos pedir todo al seminario; pero sí le podemos pedir que sea el período, el tiempo en el cual *aprendemos a aprender*, aprendemos a formarnos, porque después no tenemos formadores, salvo el Espíritu Santo que hace el intento de hacerse escuchar en nuestro corazón.

«Por otra parte, sin perder nunca el *alto nivel del estudio* bíblico que se requiere para un futuro pastor -alto nivel del estudio bíblico, no nos sonriamos-, no podemos olvidar que su desempeño será ante todo en medio de la comunidad eclesial. Esto hace necesaria y urgente también una esmerada preparación para realizar una adecuada “animación bíblica de la pastoral”, sin perder de vista que el *munus* de la Palabra profética, por naturaleza, requiere ministros *pedagogos en la fe*, que sepan colocar “en el principio” de toda actividad de la Iglesia la semilla viviente y vivificante de la Santa Palabra». Esta es la base de la animación bíblica: colocar en el principio de toda actividad de la Iglesia la semilla viviente y vivificante de la Santa Palabra.

«En fin, es necesario que los futuros presbíteros aprendan a nutrirse cada día con el Pan de la Palabra y a encontrar a Cristo en la Sagrada Escritura. Sólo así podrán forjar una recia y sólida espiritualidad, nutrida del Evangelio; y serán capaces de hacer que la Palabra de Dios sea realmente el “alma de la evangelización y del anuncio de Jesús a todos” (DA 248)» (Mons. R. Damasceno Assis).

Esta invitación a la animación bíblica de la pastoral aparece ya en los aportes de la *Dei Verbum*, cuando en el capítulo 6 se hablaba tímidamente de poner la Biblia al alcance de la gente, de facilitar el acceso a la Sagrada Escritura, de formar ministros de la Palabra. La DV hablaba en categorías de diálogo, como ya hemos recordado, categoría propia de las relaciones interpersonales caracterizadas por la libertad y la comunión creciente. Si la revelación es por naturaleza dialógica, la labor pastoral tendrá que seguir los mismos carriles. Entonces, ¿cómo estructuramos nuestros proyectos pastorales en los distintos niveles, diocesanos, parroquiales? Tendrían que tener esta dimensión dialógica que tiene la Palabra, tendrían que fomentar la libertad y la comunión, tendrían que construir comunión.

La Sagrada Escritura, entonces, se entiende como mediación de esta revelación que es un acontecimiento salvífico. La Comisión Bíblica nos daba en su documento estos elementos, estos aportes interesantes: la actualización de la Sagrada Escritura, su inculturación y los distintos usos que ella tiene en la vida de la Iglesia. Es importante subrayar que el documento invita a facilitar el acceso de todos a la Palabra de Dios. ¿Qué significa esto? En primer lugar significa ese fácil acceso del que habla DV 22, y que insiste aquí la comisión: el acceso material, el *acceso al texto*; es decir, el hecho de poseer una Biblia (o por lo menos un Nuevo Testamento), pero también el *acceso al sentido* de esa Palabra, al sentido literal del texto pretendido por los hagiógrafos, y el *acceso a la actualización*, es decir, al sentido que ese texto tiene para nosotros hoy y aquí. Tendríamos que buscar los medios para que todo el mundo pudiese tener acceso fácil al libro: materialmente, al sentido literal del texto y a la actualización, es decir, que todos pudiésemos aprender a descubrir lo que Dios quiere decirnos a nosotros hoy y aquí en la Palabra bíblica.

I.36. Formación bíblica de los agentes de pastoral

Pero esto exige también prepararse en la interpretación de la Biblia. Aún cuando tengamos toda la confianza que debemos tener en el *sensus fidelium* y en la acción del Espíritu Santo en el corazón de las personas, eso no nos exime de emprender una tarea decidida en *la formación bíblica de los agentes de pastoral*.

Pienso, por ejemplo, en primer lugar a los *catequistas*, ¿cuál es la formación que tienen los catequistas respecto de la Palabra de Dios? ¿Son ellos capaces de entenderla rectamente y de explicarla adecuadamente? ¿Cuál es la base, el texto que tienen en su mano cuando transmiten la fe a los demás? Un catecismo simplemente, pero ¿qué papel ocupa la Biblia en la transmisión de la fe? Y nosotros también podemos estudiar cosas buenísimas en el seminario, tener una hermosa formación teológica, pero en el fondo, nuestro diálogo con la gente no se da con la Suma Teológica, ni con la *Mysterium Salutis* bajo el brazo, sino con la Biblia en la mano. El lugar de encuentro es la Biblia, no las grandes enciclopedias, ni tampoco obras secundarias de autores sagrados o de santos, por más santos que sean, sino la Palabra de Dios.

Otro aporte interesante en esta línea es el que ha hecho Juan Pablo II en *Ecclesia in America*, recogiendo los aportes del Sínodo de América. En ella insiste en el *encuentro* con Jesucristo y habla muchas veces de la Escritura fundamentalmente como el *lugar* teológico privilegiado de encuentro con Jesucristo y como único *itinerario* que conduce a la santidad (la santidad propuesta universalmente), el itinerario de santidad en el encuentro con la Palabra de Dios (EAm 12-13).

También la *Novo Millennio Ineunte* invitaba, como lo hemos recordado al principio, a esa lectura atenta y renovada escucha de la Palabra de Dios, tanto individual como comunitariamente, e invitaba a todos los cristianos a partir de esta escucha para convertirse en servidores de la Palabra. Servidores de la Palabra que significa ser facilitadores de un encuentro personal con Jesucristo. Porque la conversión, la evangelización auténtica, se produce gracias a ese encuentro personal y transformante como lo han recordado aquí los obispos retomando la enseñanza del Papa.

Entonces, se trata de despertar *una nueva pasión por la Palabra*, que cada uno pudiera decir lo que dice Jeremías (15,16): “Cuando encontraba palabras tuyas las devoraba. Tus palabras eran mi gozo y la alegría de mi corazón, porque tu Nombre ha sido pronunciado sobre mí, Señor, Dios de los ejércitos”. Esa pasión por la Palabra se convierte en *pasión por la evangelización*. Porque es “como un fuego que te quema por dentro”, como dice el mismo Jeremías (20,9). Uno no se puede callar cuando ha sido encendido por dentro con esa palabra.

I.37. Los planes y proyectos pastorales

Tras las huellas de Juan Pablo II, algunos episcopados han propuesto orientaciones para esta animación bíblica de la pastoral, para poner en práctica la *Dei Verbum*.

Entonces, cuando uno piensa en la “animación bíblica de la pastoral”, piensa no sólo en proponer los *contenidos* de la Sagrada Escritura, sino también, en primer lugar, en seguir su *método*, en aprender, en asimilar la *pedagogía* de Dios a la hora de pensar un itinerario pastoral, un proyecto pastoral amplio.

Para elaborar sus propuestas pastorales, algunos episcopados han asumido la costumbre de tomar un texto del evangelio extenso y significativo al que le dedican, por ejemplo, un capítulo central del documento programático. Por ejemplo, las líneas pastorales de Chile para este próximo quinquenio, toman el capítulo primero de Juan, el encuentro de Jesús con los primeros discípulos, dedican un capítulo para explicar ese texto y después lo toman como guía en la estructuración de la propuesta.

Según esta modalidad, no se usa el texto como argumento bíblico, sino como fuente inspiradora de lo que viene después. No conciben primero un plan pastoral y buscan después un texto que lo justifique, como en la antigua dogmática que sentaba su tesis y después buscaba el *argumentum Scripturae*. Al revés: desde la contemplación de un texto bíblico y

desde la asimilación de sus propuestas, descubriendo el texto como modelo de acción, se comienza a pensar un plan pastoral que obedezca a esos cauces, a esos criterios. Los personajes del texto se transforman en modelos de vida cristiana y en modelos de agentes evangelizadores. El mensaje del texto bíblico adquiere un carácter transversal, en todo el resto de la propuesta pastoral se sigue ese modelo descubierto en el texto.

Nosotros podríamos tomar este mismo texto o muchos otros, para pensar un itinerario catequístico. Uno podría asumir, por ejemplo, la curación del ciego de nacimiento en Juan 9, interpretarlo en su contexto literario e intentar sacar de ahí las líneas para una propuesta pastoral. Se podría tomar Juan 4, el encuentro de Jesús con la samaritana, un ejemplo de dialogo.

Sería cuestión de hacer nosotros mismos el ejercicio y encontrar qué propuesta pastoral nos presenta el texto; según él qué pedagogía pone en práctica el Señor allí y cuál será el propósito del autor del evangelio cuando presenta dicho texto a su comunidad, qué estará queriendo provocar en nosotros, qué actitudes, qué tomas de postura. Uno podría asumir también quizás el ejemplo de los discípulos de Emaús. Podríamos leer el texto. [*Se lee el pasaje bíblico Lc 24, 13-24*]

Recapitemos lo que hemos leído. ¿Quiénes son estos que vienen por el camino? Son discípulos de Jesús, pero ¿cuál es la condición de estos discípulos? Están decepcionados. ¿De dónde vienen? ¿A dónde se van? Se van a su casa. No tiene más sentido seguir en Jerusalén, no hay nada que esperar, esto se terminó. Ésa es la situación. Una situación de dispersión y de desilusión, como la que muchos bautizados viven hoy: en la Iglesia no hay nada que hacer, ya no podemos esperar nada de la comunidad. Éste es el punto de partida: la dispersión, la desilusión de la Iglesia, el descreimiento.

Si ésta era la situación inicial ¿qué les pasa en el camino? Es interesante porque es una situación de camino. En el camino Jesús se aparece, pero no explicita su presencia, no empieza mostrando la tarjeta o la credencial. El Señor se presenta tímidamente, sin hacer alardes de nada. ¿Y cuál es la primera acción de Jesús? Se acerca, se hace cercano, se pone a caminar junto a los discípulos, en la dirección en la que ellos van. Se van de Jerusalén, se van de la comunidad, se van de la Iglesia, y Jesús se pone al lado de ellos.

¿Qué más hace el Señor? ¿comienza a reprocharles? No, primero se pone en camino, camina al ritmo de ellos, y empieza preguntando: “¿De qué hablaban?”, “¿Qué les pasa que están con esas caras?”. Es un acercamiento y un interés por los problemas del otro, un interés por el otro y su situación. Hay pregunta, hay sensibilidad, hay una sensibilización por la situación del otro. Este es el primer momento.

“¿Qué ha pasado?”, dice el Señor. Se hace el tonto, *se hace* que no conoce la situación, porque sabe que ellos necesitan hablar. Y se pone a escucharlos. Aquí Jesús es “una gran oreja” que escucha, como habría que hacer ante mucha gente, que necesita en un primer momento simplemente una oreja que escuche con respeto, que los *escuche de verdad*, no profesionalmente; no como un psicólogo al que uno le paga por cada sesión, sino alguien que escuche de verdad y que se interese por uno. Ese es el primer momento del trabajo que Jesús está haciendo con los discípulos.

Y ellos, ¿qué hacen? Los discípulos podían haber adoptado dos actitudes: Podrían haberse cerrado, podrían haberle dicho “¡Qué te importa!”. Esa respuesta también era posible, porque estaban tan amargados. Pero decidieron abrirse. Hizo falta una primera decisión de parte de ellos: la decisión de aceptar el interés del otro: “Tú eres el único forastero en Jerusalén que ignora lo que ha pasado en esto días”.

Ellos contaron su experiencia con Jesús, los aspectos positivos y negativos. Contaron lo grandioso que era este “profeta poderoso en palabras y en obras. Nosotros esperamos..., pero nuestros jefes lo mandaron matar y ya han pasado tres días...”. Según la mentalidad de ellos, si han pasado tres días, ya no hay nada que hacer, ya está podrido en su tumba. “Unas mujeres nos han dicho que lo han visto, pero son mujeres, qué van a decir, andan inventando, viven viendo cosas ahí. También han ido los nuestros pero no han visto nada”: la desilusión. Cuentan su experiencia, su experiencia de una

parte del misterio de Cristo, la pasión de Jesús y su pasión. Una vez que Jesús termina de escucharlos, ¿qué sigue? [Se lee el pasaje bíblico Lc 24, 25-27]

Ahora Jesús los interpela, les hace caer en cuenta de que no han sido capaces de ver todo lo que se podía ver: “y les fue interpretando en la Escritura todo lo que se refería a Él”. Aquí Jesús la interpreta la vida, la experiencia, a la luz de la Palabra, a la luz de la Biblia. Éste es el momento de la *proclamación*, de la *iluminación*.

Jesús empezó escuchando, ahora sí habla, ilumina, proclama un mensaje: después que ha establecido con ellos el vínculo que les permitirá comunicarse adecuadamente. Ellos lo escuchan ahora, porque Él los había escuchado primer. Él puede explicarles las cosas en la lengua de ellos, porque conoce su lenguaje, su sensibilidad, sus preocupaciones, sus problemas. Por eso, puede hablarles ahora de manera que ellos reciban la palabra que les dice como *buena noticia* para ellos, y no como simple información.

Y se ve que Jesús les hablaba de un modo especial, porque cuando ellos vuelven atrás con la memoria, dicen “pero qué tontos, cómo no nos dábamos cuenta: ¿Acaso no ardía nuestro corazón por dentro cuando nos explicaba las Escrituras?”. Es decir, no era una clasecita lo que les estaba dando Jesús: les hablaba de las Escrituras con ardor, con fervor.

De ahí “la evangelización nueva en su *ardor*” de la que habla Juan Pablo II o “el *fervor* de la evangelización” como le llamaba Pablo VI. Es lo que sucede cuando uno habla con la alegría del Evangelio. Si nosotros no nos creemos la Buena Noticia, no vamos a poder convencer a nadie. Si no es buena noticia para nosotros, no vamos a saber “vender el producto” como lo que es de verdad; lo vamos a malvender, lo vamos a quemar. Cuántas veces nosotros quemamos la Palabra de Dios y su mensaje, le hacemos pasar un papelón...

Esa iluminación ha ido abriendo algo en ellos, ha hecho arder su corazón. Pero ¿qué pasa después? [Se lee el pasaje bíblico Lc 24, 28-29a]

Al comienzo, estos hombres iban tan desilusionados pensando en sus cosas, encerrados en sus problemas, en su individualismo, pensando sólo en su propio drama, llorando sus propias penas, que ni siquiera se habían dado cuenta del “tipo éste” que venía a su lado. ¿Y ahora, de dónde salen esas actitudes nuevas? ¿Qué ha pasado en la vida de ellos que ahora se han hecho tan solidarios? Ahora son capaces de preocuparse por este infeliz que andaba solo por el camino, se empiezan a interesar por el otro: “Quédate con nosotros, la tarde está cayendo, el sol se pone, ¡qué vas a seguir por el camino! Seguí mañana. Vení con nosotros”.

Ésta es la segunda decisión importante que ellos han tomado. Han escuchado su Palabra y esa Palabra les ha dicho algo muy importante a ellos, tanto que ahora sienten que ya no pueden prescindir de este peregrino, que es una presencia indispensable para ellos y por eso le piden “Quédate con nosotros”.

¿Cómo sigue la historia? [Se lee el pasaje bíblico Lc 24, 29b-31] Jesús entra a la casa, se sienta en la mesa y parte el pan. Es una expresión típica: la *fractio panis*. Por ese gesto lo reconocen. Y no es que Jesús tuviese una forma particular de agarrar la hogaza de pan y partirla. ¿Por qué formas lo reconocen? El hecho es que en este momento se produce el reconocimiento, en el momento de compartir la mesa. Noten ustedes el movimiento de mayor intimidad que se pone en evidencia en el texto: primero están en el *camino*, después entran al *pueblo*, luego a la *casa*, y al final se sientan a la *mesa*. Jesús cada vez está más dentro de la vida de esta gente. Pero ¿qué pasa al final? En ese momento de intimidad lo reconocen, pero desaparece de su vista: Jesús ya no está con ellos, ahora está *en ellos*. Hay ahora un grado de mayor intimidad aún, una profunda comunión se establece entre Jesús y los discípulos; tanto, que ellos tomarán una tercera decisión. ¿Qué hacen?

Sigamos el texto. [Se lee el pasaje bíblico Lc 24, 32-35] El haber sido evangelizados por Jesús ahora los hace a ellos de nuevo plenamente *discípulos* y los convierte en *missioneros*. Vuelve a empezar la misión y aquí está la tercera decisión: volver a Jerusalén para anunciar lo que hemos visto y oído, la experiencia que hemos tenido del Señor.

El itinerario propuesto en nuestro texto refleja la historia de la comunidad primitiva, la historia de los primeros discípulos. Pero no sólo refleja esta realidad sino que propone un *modelo de acción* para todas las comunidades cristianas: pasar de la desilusión, la dispersión, la división, a la comunión y a la misión; volver a recuperar la condición de discípulos, escuchando de nuevo a Jesús.

La primera decisión es la de acoger la Palabra, dejarse iluminar, aceptar la Palabra del Señor, la segunda decisión implica decidirse por Jesús, recibirlo en la vida para siempre, acogerlo existencialmente, y la tercera decisión es emprender la misión: “no podemos callar lo que hemos visto y oído”.

Este itinerario del camino de Emaús propone en realidad un *itinerario pastoral*, es decir, puede ser el modelo de una acción pastoral. Este texto podría ser asumido a la hora de inspirar un itinerario pastoral en una comunidad pequeña, en una parroquia, en una diócesis, en la Iglesia entera. De hecho, el documento de Santo Domingo, al comienzo, propone esta narración de los discípulos de Emaús como un texto inspirador para la misión en América Latina.

El texto es un paradigma de la “nueva evangelización”, porque estos muchachos de Emaús eran ya discípulos, pero discípulos desilusionados de la Iglesia, desilusionados de Cristo, desilusionados de la vida. Discípulos que se han ido cada uno a su lado y ahora hay que traerlos de vuelta a la comunidad y comprometerlos de nuevo en la misión. Por eso es el modelo de la nueva evangelización. Son interesantes las analogías que podemos encontrar: cada uno de los personajes, actitudes y acciones pueden significar un modelo para lo que nosotros podemos hacer.

Los obispos chilenos tomaron este texto como modelo para elaborar unas orientaciones para la pastoral bíblica en 2006. El capítulo II del documento se titula: «“¿Qué es lo que vienen conversando por el camino?”: Palabra de Dios e interpelación de la vida»; el capítulo III: «“Y empezando por Moisés... les explicó las Escrituras”: Palabra de Dios y promesa cumplida del Padre»; el capítulo IV: «“Tomó el pan, lo bendijo y lo partió...”: Palabra de Dios, anuncio y celebración de la fe» y el capítulo V: «“Se pusieron en camino y regresaron a Jerusalén”: Palabra de Dios y testimonio de fe».

Diálogo

- *Algún sacerdote*: Entonces, ¿podrías proponer algún texto que pueda ser programático de todo el itinerario formativo sacerdotal, un texto que pueda hacer una unificación, un texto que pueda ser programático del itinerario formativo en un seminario, así como estás planteando el de los discípulos de Emaús para una nueva evangelización de una comunidad, de una diócesis?

- *P. Blunda*: En realidad podrías tomar cualquiera de los Evangelios para hacerlo. Así lo ha hecho el cardenal Martini, en su larga experiencia de pastoral bíblica y de animación bíblica de la pastoral. En todos sus años como arzobispo de Milán, sus cartas pastorales siempre tomaban un texto bíblico como estructurador de su propuesta pastoral. Y también para la pastoral vocacional en su diócesis trabajaba de esa manera (los grupos “Samuel”).

Él dice, por ejemplo, que lo primero que tendría proponérseles a las personas es la lectura del evangelio de Marcos, el evangelio del catecúmeno, de la evangelización inicial; después vendría el de Mateo, que es más eclesial; luego el de Lucas, que es el del discípulo, y al final el de Juan, el del creyente maduro, contemplativo.

Efectivamente, si uno toma el evangelio de Marcos de principio a fin, encuentra allí un itinerario interesante; porque el camino que hacen los discípulos en Marcos es en realidad una propuesta de camino para los que quieren ser discípulos ayer y hoy. Se puede ver la transformación que experimentan los discípulos desde el principio y hasta el fin.

Se podría quizás buscar un texto que sirva para el seminario. Pero yo creo que a pesar de que el período del seminario tenga sus connotaciones específicas, el itinerario no puede ser tan distinto del itinerario de un cristiano normal, en cuanto que se trata fundamentalmente de hacerlo discípulo. Su discipulado después se expresará de una manera particular por el estilo de vida que tiene un presbítero, por el ministerio mediante el cual alcanza él su santificación, pero su carácter de discípulo es análogo al de los demás. Pero no deja de ser interesante el esfuerzo de encontrar un texto inspirador para este caso particular.

I.38. Las tareas de una animación bíblica de la pastoral

Me gustaría puntualizar ahora algunas proyecciones de la animación bíblica en la pastoral tomando como base lo que Mons. Santiago Silva Retamales propone: «La animación bíblica de la pastoral no se lleva sólo a cabo con más acciones centradas en la Biblia, sino abriéndose a las mociones del Espíritu para poner la SSEE como fuente revitalizadora de la vida cristiana y de la misión evangelizadora de la Iglesia. La Iglesia debe encontrar en la Sagrada Escritura «su alimento y su fuerza (cfr. DV 24), porque, en ella, no recibe solamente una palabra humana, sino lo que es realmente: la Palabra de Dios (cfr. 1 Tes 2,13)» (Catecismo, n° 104).

Sin embargo, las acciones son importantes y necesarias para: (a) ofrecer y revalorar el mensaje bíblico como Palabra de Dios en los momentos acostumbrados de la vida eclesial (liturgia, catequesis...). Es decir, que nos tomemos en serio la Biblia en la liturgia, en la catequesis, en la predicación, en la enseñanza de la teología, en la propuesta espiritual, en la dirección espiritual, en la animación de los grupos, etc. (b) Motivar el acceso fácil, personal y directo a los textos bíblicos.

Algunas de las *acciones más importantes*, sobre todo en la dimensión litúrgico-espiritual de la ABP:

a) Revitalizar la proclamación de la Palabra y las homilías en las celebraciones litúrgicas, sobre todo en los tiempos litúrgicos llamados fuertes, pues es «en la liturgia donde los cristianos entran en contacto con las Escrituras [...]» (IBI, p. 113).

b) *Lectio Divina* como ejercicio ordenado y metódico de lectura continua y creyente de la Palabra de Dios, sobre todo si se hace lectura orante de la Palabra y lectura creyente de la vida, de la vida real de todos los días. Sabiendo que la iniciación en la Lectio necesita de un acompañante (como en Hch 8,30-35), y se practica personal o comunitariamente –ya hablamos de la *collatio*–. Esta lectura creyente integra oración y vida, y abre a la conversión, a la solidaridad y a la misión, pues «la Palabra de Dios es la primera fuente de toda espiritualidad cristiana» (Vita consecrata 94).

c) Nutrirse del itinerario de lectura orante de los Padres de la Iglesia y de los maestros espirituales», porque ellos han sabido hacer de la Biblia el alimento de su vida, hablan en lenguaje bíblico. Gracias a Dios, la Liturgia de las Horas nos pone al alcance una serie de textos patrísticos preciosos. La Congregación del Culto Divino prometió un leccionario bienal de lecturas patrísticas y n volumen con moniciones y oraciones sálmicas que nunca salieron. Pero hay en Internet un leccionario bienal, que creo que es el que han hecho los monjes benedictinos de Zamora (www.mercaba.org). Y hay también libros con moniciones y oraciones publicados por varios autores.

Una buena experiencia para los seminaristas ha sido fichar los textos patrísticos para poder buscarlos más fácilmente según sus temas y los textos bíblicos que tocaban. Se les puede sugerir simplemente que, cuando terminen su oración con el oficio de lectura, hagan cada día una ficha del texto: qué temas toca, qué textos de la Biblia comenta, y quién es el autor, para que después puedan buscarlo en un fichero. Entonces, podrán nutrirse del itinerario orante de los Padres de la Iglesia.

d) «Ejercicios espirituales al ritmo de los tiempos litúrgicos, en clima de recogimiento, y como Lectio Divina de textos bíblicos significativos..

e) Formación bíblica permanente y profunda, pedagógica y atenta a los nuevos cuestionamientos, con relevancia espiritual y pastoral para ministros de la Palabra (DV 24-25), [...]; se ha de tener en cuenta “las exigencias de una liturgia de la palabra de Dios [...]” (IBI, p. 115)» (Retamales 1, III, 2.1 d-e).

f) Revalorizar, como les decía al inicio, la estructura del «leccionario» (Retamales 1, III, 2.1 f) para aprovechar, explotar mejor los recursos que tiene la propuesta de las lecturas.

g) «Liturgias de la Palabra que no sean un mero sustituto de la Eucaristía» donde no hay sacerdote, sino que aprendamos a tener también momentos de celebración de la Palabra. Es verdad que la Eucaristía es fuente y cumbre, pero no puede ser lo único, no puede ser la única oración de la Iglesia. Las Liturgias de la Palabra o los encuentros con la Palabra de Dios, antes llamadas paraliturgia, hoy son Liturgias de la Palabra, son verdadera Liturgia. Estas también nos preparan para la Eucaristía y extienden la celebración eucarística a nuestras vidas, permitiendo el diálogo oracional después de la proclamación de las lecturas.

h) En algunas diócesis se trabaja mucho el domingo de la Biblia o la Semana o *Mes Bíblico*. En mi diócesis hemos tenido durante varios años una semana bíblica, y de las semanas bíblicas han salido después grupos ecuménicos de oración por la unidad de los cristianos, también un grupo interreligioso de oración por la paz, ha creado vínculos con iglesias cristianas, musulmanas, judías. Ha dado muy tímidamente sus frutos, sobre todo entre la gente, menos entre los curas.

i) «Enseñar a *orar* y *discernir* con la Biblia a los grupos juveniles, particularmente a los jóvenes responsables de las comunidades (cfr. Catecismo, ns° 2625 y 2653)» (Retamales 1, III, 2.1 i). Este es un tema muy importante: el del discernimiento personal y comunitario a partir del texto bíblico: ¿cómo aprender a iluminar la vida a la luz de la Biblia, a la luz de la Palabra de Dios? Este es un camino importantísimo y creo que estamos aún muy “verdes” en esto.

La animación bíblica de la pastoral tiene como momento importante el momento exegético (Cf. Retamales 1, III, 2.2). Es decir, no se trata de agarrar un texto, ver qué nos dice y ahí nomás aplicarlo apuradamente como receta pastoral. Primero habrá que estudiar los textos para no hacerles violencia, sino terminamos de nuevo como lo que decía antes: el *argumentum Scripturae*. Las traducciones de la Biblia, en primer lugar, tendrían que ser adecuadas, adaptadas, y habría que buscar el modo de facilitarle a la gente una iniciación bíblica (Cf. Retamales 1, III, 2.2 a).

Hay hambre y sed de la Palabra de Dios (Cf. Retamales 1, III, 2.2 b). Eso lo ha suscitado el Espíritu Santo en nuestro tiempo, ya que no ha sido sistemáticamente buscado por nosotros, yo diría que menos: los curas le tenemos un poco de miedo a eso. Si lo hizo el Espíritu Santo, hay que secundar la acción del Espíritu. Si este es uno de los signos del paso del Espíritu en nuestro tiempo, hay que alimentarlo.

Si hay hambre de la Palabra de Dios, nosotros tenemos que darle el alimento que necesitan. Por ejemplo, con cursos sistemáticos, que deberían incluir métodos sencillos pero serios de acercamiento al texto (Cf. Retamales 1, III, 2.2 b). Lo serio no tiene por qué ser complicado, y lo simple no tiene por qué ser tonto, irresponsable. Una forma simple y seria de acercarse es una lectura respetuosa de los textos, con el uso de diccionarios, de comentarios. Por ejemplo, el comentario que sacó la Casa de la Biblia y la Biblia de América son una ayuda interesantísima para eso, son simples y no son complicados. La gente puede tener acceso a eso y hay muchos más: comentarios, diccionarios, atlas, hoy hay muchas cosas en CD y en Internet. Ahí encontramos de todo y es necesario discernir; con tiempo y buen criterio uno puede hacer una selección para ofrecérsela a los seminaristas y la gente en general.

Así dicen los obispos chilenos: «Queremos intensificar nuestros esfuerzos para difundir la Palabra de Dios, para conocerla y gustarla a través de cursos y talleres bíblicos de diferentes niveles» (OOPP 2001-2005, 86).

Nosotros hemos tenido buenas experiencias en la diócesis con los “cursos de iniciación a la lectura de la Biblia”, que eran abiertos a todo el mundo. En la parroquia tenemos una “Escuela de la Palabra” todos los jueves a la noche. Hemos hecho también “cursos de formación de animadores de grupos bíblicos”.

Los operarios tienen muchos recursos pedagógicos preparados específicamente para eso. La Casa de la Biblia en España ha editado una serie de recursos de los que nos podemos valer tranquilamente. También están las traducciones de textos de Mesters de Brasil para un trabajo a nivel popular, y los de la Casa de la Biblia, más afines a una pastoral urbana.

Hay que continuar trabajando por una formación bíblica para los catequistas y por escuelas bíblicas diocesanas, que procuren esa formación bíblica más sistemática (Cf. Retamales 1, III, 2.2 c-d).

I.39. Dimensión teológica y misionera de la animación bíblica

a) «*Empleo de la SSEE* por parte de todos los agentes de pastoral, [...] habría que acostumbrarse, y eso requiere un *cambio de mentalidad* para que toda la acción de la Iglesia brote de una lectura orante de la Palabra de Dios como agua vivificadora» (Retamales 1, III, 2.3 a).

b) «*Un itinerario bíblico* para las comunidades eclesiales» (Retamales 1, III, 2.3 b) que se van iniciando. La Palabra es la que convoca a las comunidades: la fe entra por el oído y es respuesta a una palabra escuchada. La formación de nuestras comunidades tiene que hacerse en torno a la Palabra de Dios y desembocar en la celebración eucarística.

En las reflexiones durante la elaboración de las líneas pastorales (en las que participé como perito), un obispo subrayaba que no nos tenemos que olvidar que la pertenencia a la Iglesia viene por el Bautismo. Aunque la cumbre de la participación está en la Eucaristía, la gente que no va a Misa los domingos sigue siendo parte de la Iglesia. La pertenencia viene por el Bautismo y hay que intentar cultivar esa fe de los bautizados para que lleguen a la participación eucarística, a la participación plena por la comunión eucarística; hay ya una participación, una pertenencia por el Bautismo que hay que alimentar nutriendo la fe con la Palabra de Dios. Creo que hay que tener esto claro, sobre todo en tiempos como los que corren que, según recordábamos, son tiempos de misión o de nueva evangelización.

c) «*“Divulgar el pensamiento bíblico”* (IBI, 15) por los medios de comunicación social» y con los diversos medios a nuestro alcance. Sería interesante poder presentar la Biblia también en los foros de más alto nivel, y no sólo contentarnos con la pastoral popular, que es buena, necesaria e indispensable. Pero hay que ser capaces en los dos sentidos: de “tener la valentía de” y de “prepararse para”.

Se trata de ser capaces de presentar la Palabra de Dios en la universidad, entre los profesionales, en el mundo del arte, de la cultura. Los creyentes no somos unos minoraditos mentales. Pareciera que le tuviésemos miedo. Entre otras cosas, creo que le tenemos miedo con razón, porque en muchos casos no estamos preparados. Entonces, debemos prepararnos y alcanzar un grado suficiente de preparación para presentarnos en la Universidad y poder dialogar, por ejemplo, sobre la literatura en la Biblia y la literatura profana o sobre la poesía bíblica.

¿Por qué no van a conocer los estudiosos de literatura las piezas literarias de la Sagrada Escritura? Están a la altura de las piezas literarias de cualquier otra cultura mundial. ¿Por qué no van a conocer el uso que se hace en el estudio científico de la Biblia de los mismos recursos que se usan en la lingüística en otros campos? ¿Por qué no permitirles que apliquen también a los textos bíblicos esos métodos y que vayan empezando a tomar contacto con esa Palabra, aún aunque sea así?

d) *En la misión y en la pastoral*, hay que procurar utilizar textos bíblicos como lemas de nuestras celebraciones, de las propuestas multitudinarias, de las campañas que hacemos. Empecemos a recurrir a la fuente de la Biblia para hacer estas propuestas. Parece una cosa demasiado sencilla y banal, pero así va entrando el mensaje bíblico: cuando llega por un montón de canales y en sintonía, entonces todos van formándose en esta línea común y creciendo en la comunión de la fe.

Trabajo grupal:

Hagamos un ejercicio: Si tuviéramos que programar el año —olvidándonos de los condicionamientos, de todas las cosas ya pensadas y obligadas y suponiendo que tenemos agenda libre, intentando concretar y aprovechar los elementos que hemos reflexionado y cosechado durante estos días compartidos? ¿cómo programaríamos la vida del seminario? NOA programaría la dimensión espiritual, NEA la dimensión humana, Litoral la dimensión comunitaria, Buenos Aires intelectual, Centro la dimensión pastoral, y Cuyo nuevamente la dimensión espiritual. Pensemos cómo podríamos llevarlo a la realidad en nuestros seminarios. Lo juntaremos al final en un solo archivo y nos lo llevaremos como sugerencia.

Encuentro Nacional de Formadores 2009

EVALUACIÓN

	M Bueno	Bueno	Regular	Malo
Instalaciones y hospedaje	53	2		
Horarios	30	24		
Organización	42	13		
Liturgia	26	20	5	
Comidas	49	4		
Recreación	26	26	4	
Retiro del lunes	14	18		
Tema	39	14	2	
Expositor	31	21	1	
Trabajos en grupo	8	33	13	
Metodología	18	29	9	
Panel para nuevos formadores	4	8	2	
Salida del miércoles por la tarde	29	17	1	
Servicio de los seminaristas	55			

B. Observaciones y sugerencias personales

Se destacó el agradecimiento al Seminario de La Plata, formadores y seminaristas, por su disposición en todo, así como su servicio, disponibilidad, generosidad y cordialidad.

En cuanto a:

La organización:

1. Se agradeció a la Comisión Directiva de la OSAR.
2. Se notó que faltó responsabilidad en la inscripción y participación de varios formadores de algunos Seminarios: hubo “inscriptos ausentes sin aviso”.
3. Se señaló que faltó la presentación de Seminarios y Formadores al inicio del Encuentro.
4. Se sugiere la presencia y participación de otros miembros del Pueblo de Dios – laicos, tanto varones como mujeres, religiosos y religiosas, diáconos permanentes, ... – en algunos momentos y acciones significativas del Encuentro.

Horarios:

1. Varias observaciones pidieron mayor puntualidad para el inicio de las charlas.
2. Se sugirió una aclaración de las puntualidades al comienzo de la semana.
3. “Muy buena la propuesta de tiempos personales, además de los clásicos grupales. Muy ricos los diálogos en plenario”.
4. Otra sugerencia: “podría darse una breve pausa en el lugar, en medio de los bloques de hora y media”.
5. El horario podría darse de otra manera.

Expositor:

1. En este punto se recoge coincidencia al expresar la buena calidad de las charlas, a la vez que, la dificultad para su aterrizaje para nuestra tarea formativa: “Mayor claridad y más aterrizadas la charlas” / “Faltó pedagogía” / “Faltó mejorar el uso de la pizarra; no se ve claramente haber incluido presentación en power - point para reforzar la exposición” / “Excelente” / “Falta de bajada pedagógica y carencia de la nota específica de la formación sacerdotal” / “La exposición y el tema fue muy bueno; quizás faltó un poco más de aplicación a los procesos formativos del Seminario”.
2. Se sugiere revisar el acompañamiento al expositor en el tiempo previo que permita una transmisión clara del tema y la metodología.

Liturgia: las observaciones fueron dispares.

1. Se destacó la sugerencia de celebraciones más expresivas, participativas, inculturadas, que tengan en cuenta el mismo Encuentro y vida de nuestros Seminarios Aprovechar signos y variedad de cantos, teniendo en cuenta la riqueza de las regiones de nuestra patria.
2. “Procurar dar a las celebraciones un ritmo más lento”.
3. “Excelente. Para destacar, *la Schola del Seminario*”.
4. Se sugiere hacer al menos una hora de adoración al santísimo por las vocaciones sacerdotales.
5. En cuanto a la oración, se sugiere dedicar en la semana un momento a la Santísima Virgen (Angelus o Rosario).

Panel para nuevos formadores:

1. Muy bueno el testimonio: sin embargo faltó motivar para que se dé un diálogo; se dio espacio para preguntas, pero no se lo supo llevar adelante.

Recreación:

Buena la oferta, pero no participé del deporte; sí de la película de un día. Faltó variedad de propuestas. La salida del miércoles por la tarde, muy exigida; faltó parada con merienda. Excelente la propuesta -el Museo y la Catedral-, quizás demasiado intenso. Muy buena la sencillez del final en los salesianos, con las empanadas.

Retiro:

Sugerencia organizativa: la charla pudo haber sido en el salón; la exposición del Santísimo de 10,30 a 12,00.

Tema:

1. “Se podría haber trabajado previamente mediante subsidios o instrumentos de trabajo en los Seminarios y para tratar durante el año para que finalmente ser recogiera las experiencias y el disertante iluminaria de manera más práctica los

aciertos y desaciertos en orden a la formación. Los subsidios girarían en torno a: la Palabra en la Revisión de Vida; la Palabra en la Lectio Comunitaria; la Palabra en la Pastoral; la Palabra en la Predicación; Palabra y Liturgia; etc". / "Bueno el tema pero tal vez podría haberse encarado de otra manera" / "No respondió a mis expectativas".

2. Se sugiere elaborar un plan a largo plazo de la OSAR. En etapas. De ahí la búsqueda y programación de temas.

Trabajos en grupo y metodología:

1. Se notó como carencia y se pidió que se trabaje más grupalmente y que se expongan los trabajos grupales, destacando esto último también como importante. Faltó pautar – consignas claras, precisas – y aprovecharlos en plenario. "Demasiada exposición y poco intercambio en grupos".

2. Confusión a la hora de organizar los integrantes de los grupos.

3. Habría que hacer reuniones por región o por formadores del mismo Seminario y en plenario presentar las aplicaciones concretas. Fomentar los trabajos por región.

4. "Quizás la amplitud del salón de charlas no ayudó a la motivación para la participación en los momentos de plenario.

CEMÍN:

Muy buena la presencia de los obispos, que además se notó muy cercana: va un agradecimiento a la CEMIN. Se sugiere que se prevea la presencia del obispo del lugar del Encuentro.

Otros:

Debieran reunirse la Comisión de la OSAR con el expositor para lograr responder a las expectativas – objetivos para cada Encuentro. Reunión más regular de rectores, para tener una visión general de los Seminarios e ir planteando hacia futuro líneas comunes de formación.

	Apellido	Nombre	Seminario	Diócesis / Arquidiócesis de	Región	Cargo y etapa	Años de tarea en el Seminario	Fecha de nacimiento			Dirección de Correo Electrónico
								Día	Mes	Año	
1	Cinquemani	Marcelo	Nuestra Señora Del Rosario	Mendoza	Nuevo Cuyo	Director Espiritual	4	23	8	71	marcelocinque@gmail.com
2	Hernández	Adrián				Formador Introductorio y filosofía	2	8	10	71	Pbro.alhernandez@yahoo.com.ar
3	Panetta	Mario				Formador Filosofía	0	1	1	74	padrepanetta@yahoo.com.ar
4	Casasola	J. Roberto	Ntra Sra de Guadalupe y San José	San Juan de Cuyo		Rector	8	17	3	62	jrcasasola@hotmail.com
5	Gallardo	Víctor Hugo				Formador Introductorio	0	2	4	61	victor.gallardo6@speedy.com.ar
6	Guzmán	Jorge Luis				Formador de Introductorio y Filosofía	2	26	11	68	jorgeguzmansac@yahoo.com.ar
7	Harica	Jorge Roberto				Formador Teología	2	10	5	58	jorharica@yahoo.com.ar
8	Hernández	Ángel B.				Director Espiritual	5	24	8	63	angelhernandez@xfly.com.ar
9	Nieto	Luis A.				Director Espiritual	3	13	2	59	nietoluissj@gmail.com
10	Kunz	Federico Fernando	San Miguel Arcángel	San Luis		P. disciplina y filosofía y ecónomo	8	4	6	73	ffkunz@hotmail.com
11	Camozzi	Mario Alfredo	Santa María Madre de Dios	San Rafael		Formador Filosofía-Profesor	1	12	9	67	mcamozzi@yahoo.com.ar
12	Martínez	Pedro Daniel				Rector - Profesor	15	5	3	56	scarlosva@yahoo.com
13	Chauque	Sergio Ariel	San Buenaventura	Salta	Nordeste	Formador Seminario Menor	1	14	10	74	sergiochauque@hotmail.com
14	Aversano	Rodolfo Martín	Ntra Sra de la Merced y San José	Tucumán		Formador Teología	2	28	4	75	paversano@arztucuman.org.ar
15	Blunda	Jorge				Profesor		5	7	60	jorgeblunda@gmail.com
16	Chávez	José Melitón				Rector Seminario Mayor	7	2	7	57	jmeliton@arnet.com.ar
17	Diéguez	Gerardo Rubén				Director Espiritual y Director Estudios	7	20	6	69	gerdieguez@googlemail.com
18	Dip	Pablo Antonio				Formador Introductorio	4	3	10	70	dippablo@hotmail.com
19	Ruiz	Manuel Fernando				Formador Filosofía	1	20	3	73	manolofruiz@hotmail.com
20	Lorca albornoz	Marcelo Ariel				Rector Seminario Menor	1	30	5	75	mlorcaalbornoz@gmail.com
21	Romano	Guillermo Rufino				Formador Seminario Menor	1	1	1	69	guillermo_romanopbro@hotmail.com
22	Cruz	Mario Luis	Santiago el Mayor	Santiago del Estero		Rector	6	10	9	71	Marioluiscruz37@yahoo.com.ar
23	Canecín	Adolfo Ramón	La Encarnación	Resistencia		Nordeste	Rector	3	25	3	58
24	Lezcano	Mario Vicente			Prefecto 2º Filosofía y 1º Teología		2	5	2	67	mariolez@yahoo.com
25	Mendoza	Juan Carlos			Prefecto Introductorio		0	16	7	68	-
26	Vallejos	Julio Antonio			Director Espiritual		3	15	7	61	cemictes@hotmail.com
27	Vénica	Walter Guido			Prefecto Pastoral y		2	8	2	66	waltervenica@gmail.com

					Teología					
28	Gonzalez Baez	Eduardo	Santos mártires de las misiones	Puerto Yguazú	Rector del Pre-Seminario	7	13	10	67	-
29	Fernández	Juan Carlos	San José	Santo Tomé	Rector	5	8	2	71	juancfernandezbenitez@yahoo.com.ar
30	López	Carlos			Director Espiritual	2	11	2	75	pcel24@yahoo.com.ar
31	Alesso	Fabián	Nuestra Señora Del Cenáculo	Paraná	Formador Teología	4	23	2	68	fabianaalesso@yahoo.com.ar
32	Horisberger	Gustavo			Rector Seminario Menor	5	23	5	74	pgustavoh@yahoo.com.ar
33	Cattaneo	Armando	Nuestra Señora	Santa Fe de la Vera Cruz	Ecónomo	5	8	11	66	armandocattaneo@hotmail.com
34	Gatti	Diego			Prefecto de disciplina	3	26	9	71	pdlgatti@yahoo.com.ar
35	Mauti	Ricardo			Rector	15	3	10	61	seminario@arquisantafe.org.ar
36	Droz	Germán Andrés	San José	Concordia	Responsable de formación	2	6	10	74	padregerman@yahoo.com.ar
37	Galarza	Ramón			Responsable de formación	7	14	5	59	-
38	Carraza	Marcelo Antonio	María Madre de la Iglesia	Gualeguaychú	Director Espiritual	2	28	12	72	marcelocarraza@yahoo.com.ar
39	Menescardi	Oscar Alfredo			Rector	7	25	8	58	oscarmenescardi@entrerios.net
40	Blanco	Félix Daniel	Nuestra Señora de Loreto	Córdoba	Rector	14	4	11	56	prdanielblanco@yahoo.com
41	Bustos	Marco Anselmo			Director Espiritual	4	17	11	71	marcoanbustos@yahoo.com.ar
42	Ferreira	Daniel	Jesús Buen Pastor	Río Cuarto	Formador	11	19	11	64	pdferreirap@yahoo.com.ar
43	Araya	Ricardo			Rector	7	14	3	60	arayar@arnet.com.ar
44	Ferrari	Roberto			Formador Introdutorio y Filosofía	9	29	11	65	pboby@arnet.com.ar
45	Marcos	Andrés			Formador Filosofía y Teología	4	19	3	74	padreandresmarcos@yahoo.com.ar
46	Meichtri	Gerardo			Director Espiritual	8	14	3	64	gerardomeichtri@yahoo.com.ar
47	Reineri	Eliseo			Formador Teología	1	12	6	67	peliseoreineri@msn.com
48	Giorgi	Alejandro	Inmaculada Concepción	Buenos Aires	Rector	17	25	1	59	alejandro.giorgi@gmail.com
49	Mons. Giaquinta	Carmelo			Director Espiritual	3	22	6	30	carmelojuangiaquinta@gmail.com
50	Delgado	Gabriel	San José	La Plata	Rector	10	22	9	61	ghdelgado@gmail.com
51	Díaz	Alejandro			Formador Introdutorio	1	26	10	69	alejandrodiaz2@gmail.com
52	Mattioda	Carlos			Formador Teología	6	24	6	63	carlosmattioda@gmail.com
53	Monsonis	Mariano			Formador Filosofía	3	15	9	76	pmonsonis06@yahoo.com.ar
54	Barriola	Miguel Antonio			Director Espiritual	3	27	5	34	miganbarriola@yahoo.com.ar
55	Ríssola	Pablo José			Santo Cura de Ars	Mercedes - Luján	Prefecto de Filosofía y Teología	5	31	3
56	Valles	Pablo Miguel	Prefecto del Curso Introdutorio	1			5	11	77	pablmiguelvalles@yahoo.com.ar
57	De Piero	Osvaldo	Pablo VI	Avellaneda - Lanús	Formador Aspecto Humano Afectivo	6	6	7	58	osvaldodepiero2@yahoo.com.ar
58	Inchauspe	Mario	De la Santa Cruz	Lomas de Zamora	Formador Introdutorio	2	27	2	74	marioesdeferro@yahoo.com.ar
59	Laguna	Fernando	San José	Morón	Rector	19	25	5	62	ferlagunatur@gmail.com

60	Carvalho Rodrigues	Lucio Daniel	Maria Reina de los apóstoles	Quilmes		Rector	9	4	3	65	lucio.carvalho@speedy.com.ar	
61	Mazzitelli	Marcelo Fabián				Rector . Etapas, Teología y diaconado.	14	25	6	60	mfmazzitelli@gmail.com	
62	Peña	Francisco	San Agustín	San Isidro		Formador de Introdutorio y Filosofía	2	13	1	70	Francisco.pena@yahoo.com.ar	
63	Pizarro	Raúl				Formador de Filosofía y Teología	1	12	3	73	Raulpi4@hotmail.com	
64	Faraone	Mario	Nuestra Señora de la Esperanza	San Justo		Director Espiritual	14	8	12	58	faraonemario@hotmail.com	
65	Gianfranchi	Sergio Fabián					Formador Introdutorio	7	23	5	72	p.sergian@yahoo.com
66	Ponce	Pablo	San José	San Martín		Vicerrector	2	18	9	71	mirlocura@gmail.com	
67	Guidi	Nicolás Pedro	San Pedro Y San Pablo	Zárate - Campana		Prefecto de Vida Común	0	4	6	82	nicolasguidi@gmail.com	
68	Herrera	Santiago					Rector	14	23	5	64	provicariozaratecampana@gmail.com
69	Lovatto	Hugo					Director Espiritual Externo	0	23	3	74	hugolovatto@yahoo.com.ar
70	Perez	Ariel Ramón					Director Espiritual Externo	10	24	9	63	zaratearielperez@yahoo.com.ar
71	Morales	Ricardo Manuel	Aspirantado Manuel Domingo Y Sol	Operarios Diocesanos		Rector	0	25	2	60	rmorales@arnet.com.ar	
72	Mons. Buenanueva	Sergio	Obispo de la CEMIN	Mendoza	Nuevo Cuyo	Obispo Auxiliar de Mendoza	-	19	12	63	sbuenanueva@gmail.com	
73	Mons. Franzini	Carlos María	Obispo de la CEMIN	Rafaela	Litoral	Obispo de Rafaela	-	6	9	51	cmfranzini@wilnet.com.ar	
74	Mons. Santiago	Hugo	Obispo de la CEMIN	Santo Tomé	Nordeste	Obispo de Santo Tomé	-	12	4	54	hnsantiago@santotome.net	
75	Mons. Marino	Antonio	Obispo de la CEMIN	La Plata	Buenos Aires	Obispo Auxiliar de La Plata	18	11	3	42	marinoantonio@gamil.com	

Resumen de Cuentas del Encuentro OSAR 2009

Alimentación		\$ 10.851,50	
Transporte		\$ 1.600,00	
Secretaría		\$ 850,00	
Art. De limpieza		\$ 850,00	
Liturgia		\$ 120,00	
Ornamentación		\$ 160,00	
Sonido		\$ 450,00	
Sala de esparcimiento y deportes		\$ 244,00	
Seguridad		\$ 400,00	
Inscripciones (69 inscriptos)	\$ 13.800,00	\$ 15.525,50	-\$ 1.725,50

Asamblea Anual Ordinaria

La Plata, 6 de febrero de 2009

A las 8,30 del 6 de febrero, en el Seminario Mayor San José de la Arquidiócesis de La Plata, en el marco de la semana del Encuentro Anual de Formadores de la OSAR, se dio comienzo a la Asamblea Anual Ordinaria – este año con carácter de electiva – presidida por Mons Carlos M. Franzini, presidente de la CEMIN.

Mons. Franzini, luego de la oración inicial, compartió informaciones e inquietudes:

1. Incentivó a los formadores al estudio y la formación sobre la Teología del Ministerio Sacerdotal, lo cual, nos dice, es una preocupación central de la CEMIN. Sugirió para esto el texto de la Oficina del Libro en el cual están volcadas las exposiciones que Mons G. Brambilla hiciera en su visita para el Encuentro Nacional de Responsables del Clero del año 2007, realizado en Pilar, Prov Buenos Aires.
2. Nos compartió que para el próximo Encuentro Nacional de Responsables del Clero 2010 han previsto el tema siguiente, “El sacerdote para el cambio de época”, y han invitado a Mons. Bruno Forte como expositor.
3. También nos habló del nuevo lugar que tomará la animación de la Pastoral Vocacional desde las comisiones de la CEA: ella estará inserta en la estructura de la Pastoral Juvenil a la vez que en la CEMIN, siendo referente un mismo obispo que participará de ambos ámbitos.
4. Recordó, finalmente, la propuesta de la Novena Eucarística Vocacional y sus objetivos: rezar y catequizar para valorar la figura sacerdotal, y pedir por las vocaciones al sacerdocio ministerial y por los sacerdotes.

Luego **agradeció** a todos los que hicieron posible el presente Encuentro Nacional de Formadores: al Padre Jorge Blunda y al Seminario de La Plata, el trabajo de la Comisión Directiva saliente “que pudo llevar adelante su trabajo del Trienio, en medio de inconvenientes conocidos por todos”. Entre otras cosas, subrayó la discreción en el servicio, así como la fluidez y cordialidad en la relación con la CEMIN. Además, exhortó a los formadores sobre la importancia de cuidar y afianzar este espacio de comunión, al que calificó de “casi único” en la Iglesia Argentina, principalmente por la excelente participación y representación, así como por el sostenimiento en su realización y la calidad de los mismos. En esta exhortación llamaba a **no dormirse**, ya que “el virus de la disgregación acecha constantemente la comunión eclesial”. Finalmente, y de cara al momento eleccionario, subrayó la importancia de la disponibilidad, generosidad y responsabilidad para el servicio que se nos encomienda, de aquellos a quienes la asamblea proponga, partiendo del supuesto de que todos estamos suficientemente ocupados. El Padre José Roberto Casasola, luego de agradecer a Mons. Franzini el apoyo y la presencia a favor del servicio de la OSAR, coordinó el tratamiento de los siguientes temas que más abajo se ordenan. Para las aportaciones sobre el próximo Encuentro Anual de Formadores, sobre los objetivos para el Trienio 2009 – 2012, sobre el Encuentro Nacional de Seminaristas Teólogos, así como para la elección de delegados y delegados suplentes de cada región, los formadores dispusieron de noventa minutos en la tarde del jueves 5, trayendo a la Asamblea sus propuestas.

1. Lectura del informe del Trienio 2006 – 2009
2. Informe económico 2008 – 2009.
3. Próximo Encuentro Anual: Elección de fecha, lugar y tema.
4. Objetivos para el Trienio 2009 – 2012
5. Elección de la cuaterna para presentar a la CEMIN para la designación de presidente y vicepresidente de la OSAR
6. Encuentro Nacional de Seminaristas Teólogos 2009: elección de fecha, tema y expositores.

INFORME DEL TRIENIO AÑO 2006 – 2009²

• Acerca de la Comisión Directiva OSAR 2006 – 2009

Integran actualmente la Comisión Directiva: Presidente, Pbro. José Roberto Casasola. Delegados de las regiones: Pbro. Fernando Laguna, (Región Buenos Aires, en la función de secretario); Pbro. Federico Kunz (Región Nuevo Cuyo); Pbro. Gustavo E. Rodríguez (Región Litoral); Pbro. Carlos Montórfano (Región NEA, en la función de Tesorero); Pbro. Daniel Ferreira (Región Centro); Pbro. Marcelo Lorca (Región NOA).

Los Obispos que acompañaron a la OSAR desde la CEMIN a lo largo del Trienio han sido: Mons. Carlos Franzini, presidente de la CEMIN. Mons. Antonio Marino y Mons. Hugo Santiago (quien sucedió a Mons. Gustavo Help), como miembros de la misma, y desde diciembre de 2008 Mons. Sergio Buenanueva.

Formaron	parte	de	la	Comisión	a	lo	largo	del	Trienio:
Mons.	Luis	Urbanc,	presidente	hasta	octubre	de	2006.		
Pbro.	Lucio	Carvalho	Rodrigues,	delegado	región	Bs.	As.	hasta	julio
Pbro.	Héctor	Laffeuillade,	delegado	región	Bs.	As.	hasta	diciembre	de
Pbro.	Rubén	Ippóliti,	delegado	región	N	Cuyo	hasta	agosto	de
Pbro.	Miguel	García,	delegado	región	N	Cuyo	hasta	febrero	de
Pbro.	Martín	Carranza,	delegado	región	Centro	hasta	julio	de	2008.
Pbro.	Néstor	R. Álvarez,	delegado	región	NOA	hasta	noviembre	de	2007.

Pbro. Elio Ricca, delegado región Sur hasta diciembre de 2008.

La Comisión Directiva se reunió dos veces durante el 2006, tres veces en el 2007 y tres veces en el 2008. Además, cada año, en el marco del Encuentro Anual de Formadores tuvieron lugar las reuniones correspondientes.

• Acerca de los Objetivos trazados para el Trienio

Como resultado de la consulta realizada durante la Asamblea Electiva OSAR 2006, en Mendoza, se establecieron los siguientes objetivos para el Trienio, en continuidad con los objetivos Trienio anterior, a saber:

1) Promover la formación permanente de los formadores, afianzando el Encuentro Anual y los Encuentros regionales, favoreciendo la comunión y la integración de todos los Seminarios, ofreciendo instancias de encuentro según las diversas funciones pedagógicas, con especial atención a los nuevos formadores, y procurando trabajar sobre los instrumentos pedagógicos.

El mayor esfuerzo se ha puesto en los Encuentro Anuales Nacionales. Se ha informado y motivado la participación en cursos o encuentros formativos, ya sea a nivel diocesano, regional, nacional, latinoamericano e internacional. El Encuentro Nacional de Formadores 2008 se realizó en el Seminario Nuestra Señora del Cenáculo de Paraná, del 28 de enero al 01 de febrero de 2008. Tema: “El Itinerario de la Formación en la Dimensión Pastoral, a la luz de la Vª Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Aparecida”. Expositor: Pbro. Víctor Manuel Fernández, la participación y evaluación fueron muy positivas

² Dado por la Comisión Directiva saliente, presidida por el P Roberto Casasola, en la Asamblea del 6 de febrero de 2009, en La Plata. Abarca el Trienio, como está dicho, comunicando todo lo general, y detallando sólo lo particular del año 2008 a 2009 inclusive. Para lo particular de los otros dos años 2006 y 2007 se remite a los informes anuales dados cada año, y volcados en los boletines correspondientes (nn 26 y 27).

2) Prestar un servicio de información y comunicación a través del Boletín de la OSAR, completar los datos sobre la realidad de los distintos Seminarios, actualizar y mantener el sitio WEB de la OSAR (www.osar.org.ar) y el Banco de datos de manera que facilite el intercambio de información entre los Seminarios.

Fueron varios los inconvenientes que impidieron que el servicio de información y comunicación funcionara como se esperaba y necesitaba.

Por una parte, se pudo continuar con la edición del Boletín anual, cuyo cuerpo central se dedica al material trabajado en el Encuentro Anual de Formadores. Además, se ha podido sostener la página Web. Últimamente se han dado pasos en su actualización, aunque a lo largo del Trienio, la falta de recursos humanos ha dificultado este trabajo.

3) Alentar la elaboración del Proyecto Formativo en cada Seminario.

Durante el Trienio vieron aprobados sus proyectos formativos los Seminarios de Avellaneda – Lanús y de la arquidiócesis de Córdoba. De este modo, a la fecha, son siete los Seminarios del país que cuentan con este valioso instrumento. Algunos de estos están ya a disposición en la página web. Comenzaron la elaboración de los mismos los Seminarios de San Juan y de Resistencia.

4) Profundizar la relación entre formación inicial y formación permanente y sus implicancias para el proceso formativo en el Seminario, buscando instancias de articulación con los espacios de formación permanente.

Se han aprovechado todas las oportunidades, posibilidades y medios que han estado a nuestro alcance y se ha logrado una fluida comunicación y participación en distintos encuentros, cursos y talleres. El fluido intercambio y comunicación entre la OSAR y la CEMIN, de quien depende el secretariado para la Formación Permanente, ha favorecido la articulación de dichos espacios.

5) Generar un espacio propio en la OSAR para los Seminarios Menores.

Se ha logrado un espacio y tiempo de encuentro y reflexión en los Encuentros Nacionales. La respuesta ha sido altamente satisfactoria.

6) Promover la integración con la OSLAM.

Se ha logrado una fluida comunicación y mutua participación en distintos eventos (Taller de *Lectio Divina*, Encuentro anual, Cincuentenario de la OSLAM, Cursos de formación, etc). Están los pasos dados para afianzar el trabajo como Cono Sur.

Si bien no estaba fijado como objetivo para este Trienio, se vio la necesidad de reformar el Estatuto de la OSAR, para lo cual se hicieron las consultas y asesoramiento pertinentes, dando pasos en los distintos niveles. La Comisión Permanente del Episcopado, en su reunión de agosto de 2008 aprobó la reforma del mismo y lo puso en vigencia desde entonces.

B. INFORME ECONÓMICO OSAR 2008 - 2009

El padre Daniel Ferreira informó sobre el estado de cuentas de la tesorería de la OSAR y sobre el estado de cuentas del presente Encuentro Nacional. Además, informó que la Comisión Directiva, había evaluado la necesidad de actualizar la cuota anual de la OSAR, estableciéndola en \$ 300.- por Seminario.

CAJA EN PESOS

Fecha	Descripción	Ingresos	Egresos	Saldo
1-feb-08				\$ 6.108,70
14-abr-08	Donación (1)	\$ 200,00		\$ 6.308,70
14-abr-08	Pasajes Re I Comisión Directiva en Cba		\$ 1.278,00	\$ 5.030,70
11-ago-08	Pasajes Re II Comisión Directiva en La Plata		\$ 1.900,00	\$ 3.130,70
14-abr-08	Aporte CEMIN 2008	\$ 2.000,00		\$ 5.130,70
11-ago-08	Boletín OSAR nº 27		\$ 2.325,00	\$ 2.805,70
11-ago-08	Aporte por Encuentro de Directores Espirituales		\$ 300,00	\$ 2.505,70
10-nov-08	Mantenimiento página web		\$ 184,53	\$ 2.321,17
17-nov-08	Pasajes Re III Comisión Directiva en Cba		\$ 1.060,00	\$ 1.261,17
17-nov-08	Curso Lectio Divina xa seminaristas, Chile (2)		\$ 160,00	\$ 1.101,17
31-dic-08	Saldo			\$ 1.101,17
6-feb-09	Cuota OSAR 2009	\$ 7.700,00		
6-feb-09	Aporte al Expositor, Pbro Dr Jorge Blunda		\$ 1.700,00	
6-feb-09				\$ 1.101,17

(1) Seminario Pablo VI (Avellaneda - Lanús)

(2) Ayuda del 20 % para los pasajes

CAJA EN DÓLARES

Fecha	Descripción	Ingresos	Egresos	Saldo
1-feb-08				\$ 2.500,00
	Viático de traslado Delegado OSLAM		\$ 800,00	
	Inscripción Delegado OSLAM		\$ 500,00	
6-feb-09				\$ 1.200,00

C. Encuentro de Formadores 2010

Quedaron definidos en la Asamblea **la fecha**, *Lunes 1º al Viernes 5 de febrero*, **el lugar**, Seminario Nuestra Señora de la Merced y San José, de la Arquidiócesis de Tucumán y **el tema** : “*La Formación inicial, en orden a la formación permanente*”. Asimismo, se le pidió y confirmaron la coordinación del Encuentro Mons. Hugo Santiago, miembro de la CEMIN, abocado al área de la Formación Permanente, y a Mons. Carmelo Giaquinta, ambos presentes en la Asamblea.

D. Objetivos para el Trienio 2009 – 2012

Tomando como base los objetivos del Trienio 2006 – 2009, luego de las aportaciones de las regiones y del diálogo en plenario, se propusieron modificaciones en los objetivos 2º y 5º, a saber:

- Para el nº 2 se pidió: 1. Que el banco de datos sea quitado. 2. Expresar: Brindar un servicio de comunicación e información. 3. Sostener y mantener el sitio web, dándole a la página una fisonomía más dinámica. 4. Tener en cuenta la importancia de la “Hoja informativa”.
- Para el nº 5 se proponen los agregados que, a continuación, escribimos en cursiva: “Generar un espacio *real*, en la OSAR para los Seminarios Menores y *Centros Afines*”.

E. Elección de la cuaterna. Delegados regionales

El siguiente momento se dedicó a la elección para conformar la cuaterna que será presentada a la CEMIN, para la designación del Presidente y Vicepresidente de la OSAR, para el período 2009 – 2012, según lo indican los estatutos. En total participaron 27 electores y la cuaterna quedó constituida de la siguiente manera, con orden de prioridad, del primero al cuarto.

1. Pbro. Adolfo Ramón Canecín, rector del Seminario Interdiocesano “La Encarnación”, de Resistencia Pbro. Marcelo Fabián Mazzitelli, rector del Seminario de San Isidro.
2. Pbro. Ricardo Araya, rector del Seminario de Río Cuarto.
3. Pbro. Fernando J. Laguna, rector del Seminario de Morón.

Se leyeron los delegados por región elegidos en la tarde del 5 de febrero, para el Trienio 2009 – 2012:

Buenos Aires:	Pbro. Fernando Laguna
Litoral:	Pbro. Ricardo Mauti
NOA:	Pbro. Marcelo Lorca
NEA:	Pbro. Dante Braidá
Centro:	Pbro. Andrés Marcos
Cuyo:	Pbro. Adirán Hernández

F. Encuentro Nacional de Seminaristas Teólogos

Quedó definida **la fecha**, *del sábado 10 al lunes 12 de octubre*.

Acerca **del tema y los expositores**, sintetizamos lo que sigue:

Entre las diversas aportaciones de las regiones se resaltaró: La importancia de la figura del Cura Brochero; de tomar la riqueza de “Aparecida”; de que la Palabra de Dios tenga un lugar preponderante. Además, se habló del tono festivo que debe tener el Encuentro. En cuanto a los expositores, fueron propuestos varios. Se encargó a la nueva Comisión la definición del tema y los expositores en base a las propuestas hechas.

Siendo las 11 de la mañana del viernes 6 de febrero, se da por concluida la asamblea.

A. Nombramiento de Presidente y Vice. Nueva Comisión Directiva.

La *Comisión Episcopal de Ministerios* de la Conferencia Episcopal Argentina, con la aprobación de la Comisión Permanente del Episcopado, ha designado a los padres **Adolfo Ramón Canecín** y **Marcelo Fabián Mazzitelli** como Presidente y Vicepresidente de la OSAR, respectivamente, para el **Trienio 2009 – 2012**. Queda entonces conformada la Comisión Directiva de la siguiente manera:

Presidente:

P Adolfo R. Canecín, Rector del Seminario Mayor Interdiocesano “La Encarnación”, Arquidiócesis de Resistencia.

Vicepresidente:

P Marcelo F. Mazzitelli, Rector del Seminario Mayor “San Agustín”, Diócesis de San Isidro

Delegados Regionales

Por el NEA	P. Dante Braida	Formador del Seminario “LA Encarnación”, Arquidiócesis de Resistencia	Secretario
Por el Sur	P Marcelo Nieva	Rector del Seminario Mayor San Pedro y San Pablo, Diócesis de Comodoro Rivadavia	Tesorero
Por el NOA	P. Marcelo Lorca Albornoz	Rector del Seminario Menor "San José", Arquidiócesis de Tucumán	
Por Nuevo Cuyo	P. Adrián Hernández	Formador del Seminario Mayor “Ntra Sra del Rosario”, Arquidiócesis de Mendoza	
Por Litoral	P Ricardo Mauti	Rector del Seminario “Nuestra Señora”, Arquidiócesis de Santa Fe de la Vera Cruz	
Por el Centro	P Andrés Marcos	Formador del Seminario “Jesús Buen Pastor”, Diócesis de Río Cuarto	
Por Buenos Aires	P Fernando Laguna	Rector del Seminario San José, Diócesis de Morón	

B. Objetivos para el Trienio OSAR 2009 – 2012

1. Promover la formación permanente de los formadores, afianzando el Encuentro Anual y los Encuentros regionales, favoreciendo la comunión y la integración de todos los Seminarios, ofreciendo instancias de encuentro según las diversas funciones pedagógicas, con especial atención a los nuevos formadores, y procurando trabajar sobre los instrumentos pedagógicos.
2. Brindar un servicio de comunicación e información, lo cual implicará: sostener la edición del Boletín de la OSAR; mantener el sitio WEB de la OSAR (www.osar.org.ar) y llevar actualizada la página, con las novedades de cada Seminario, y *haciéndola más dinámica*; y brindar una sencilla y cordial comunicación a través de la Hoja Informativa.
3. Alentar la elaboración del Proyecto Formativo en cada Seminario.
4. Profundizar la relación entre formación inicial y formación permanente y sus implicancias para el proceso formativo en el Seminario, buscando instancias de articulación con los espacios de formación permanente.
5. Generar un espacio real en la OSAR para los Seminarios Menores y Centros Afines
6. Promover la integración con la OSLAM.

C. Encuentro Nacional de Directores Espirituales – OSAR 2009

Fecha: 29 de Junio al 1º de Julio
Lugar: Mendiolaza – Córdoba
Expositor: P. Ángel Rossi, sj
Tema: Las reglas del discernimiento espiritual en la formación.
Informes: P. Daniel Moreno danielmoreno@cibersoft.com.ar P. Marco Bustos marcoanbustos@yahoo.com.ar

D. Actividades Regionales, Segundo Semestre de 2008³

NOA

Entre las actividades de la región podemos destacar el 3º Encuentro de Seminaristas de Teología en Tucumán. Se realizó desde el viernes 10 de octubre de 2008 hasta el domingo 12, y tuvo lugar en la casa que el Seminario posee en la localidad llamada las Tacanas, a 100 km de la ciudad capital. El lema que se eligió para la ocasión fue “Para mí la vida es Cristo”.

Participaron los Seminarios de Tucumán, Santiago del Estero y Jujuy. Los temas del encuentro estuvieron a cargo de los padres: Wilson Ossa, Ricardo García y Gerardo Dieguez. Los seminaristas coincidieron en el clima fraterno en que se vivieron esos días de convivencia.

Otra de las actividades fue la segunda reunión anual de los formadores del NOA y se realizó en el Seminario Mayor de Tucumán el 4 de noviembre de 2008, también con la participación de los Seminarios de Tucumán, Santiago y Jujuy. Los temas desarrollados giraron en torno al próximo Encuentro Nacional de Seminaristas de Teología, el Encuentro de la OSAR en La Plata y las experiencias que se están llevando a cabo en las distintas diócesis con respecto a la pastoral vocacional. Cada Seminario expuso lo que se está realizando para promover las vocaciones, enriqueciéndonos con los aportes mutuos. La reunión se vivió en un clima de amistad y fraternidad.

Litoral

Durante el año 2008 los formadores de la región litoral pudimos concretar una de las dos reuniones programadas para el año durante la semana de formadores en Paraná. La misma se llevó a cabo el 1º de noviembre en el Seminario de Concordia, estando presentes formadores de los Seminarios de Concordia, Paraná y Gualeguaychú, es decir, tres de los seis que conforman la región. Se dedicó al tema de los criterios de discernimiento para la etapa previa a la admisión (previsto para la reunión que no pudo concretarse) y para la etapa de los ministerios. El mismo estuvo a cargo de los formadores de Paraná Damián Battauz y Ramón Gauna. Algunos de los temas planteados y charlados fueron:

- Las dificultades a la hora de discernir por parte del candidato el aspecto subjetivo y objetivo de la formación. No se desprenden de ciertas costumbres, espiritualidades que traen de sus comunidades o movimientos. Cuesta ver cómo integrarlos en la espiritualidad propia del sacerdote diocesano.
- La problemática de los medios de comunicación, ya sea Internet, celulares y otros que no son usados con criterio. Producen dispersión, contactos fuera de lugar respecto a personas, tiempo y lugar.
- La realidad de las familias de donde provienen los candidatos, no solo en la realidad de sus irregularidades sino también en comportamientos paternalistas, que no ayudan a la formación. Los padres no logran descubrir su rol en la formación. Habría que trabajar más con ellos.
- La realidad económica. Viven prácticamente en la abundancia y con cosas que no se sabe hasta dónde ayudan a la formación de ciertos criterios de vida en orden a la pobreza, desprendimiento y sacrificio. Basta ver a los alumnos de nuestras facultades para darnos cuenta de la diferencia a la hora de vivir los valores antes mencionados. Se nota también en los seminarios cuando vienen candidatos que han pasado por las situaciones de vida que llevaron a asumir estos valores.

³ El primer semestre está volcado en el Boletín OSAR nº 27, de agosto de 2008.

- Hay que seguir apostando a la dimensión humana, sobre todo en el proceso previo al ingreso, en la etapa de acompañamiento y discernimiento, etapa que habría que prolongarla lo que sea necesario, antes que “pararlo” al seminarista cuando ya está avanzado en su proceso formativo.
- Hay que profundizar qué es lo que se quiere lograr con el llamado “año pastoral”. No siempre es la solución a problemas de fondo que tiene que solucionar el candidato. Se cree por otro lado que no es aconsejable hacerlo por “decreto” para todo un curso en cierto momento de la formación, atendiendo a que los procesos son personales.
- Como formadores, ser conscientes de que los candidatos son hijos de una época, sobre la cual hay que trabajar a la hora de ayudar a asumir principios, criterios y consejos evangélicos.

Finalmente, los formadores presentes plantearon la necesidad de reconsiderar si las reuniones regionales serán consideradas como prioridad por los seminarios visto que, aunque previamente estipuladas, llegado el momento de concretarlas, hubo poca participación.

Nuevo Cuyo

El sábado 25 de octubre de 2008, por la mañana, recibidos en el Seminario de San Rafael, celebramos el encuentro de formadores de la región con los obispos de la misma, tal como lo habíamos programado. Estuvimos presentes formadores de todos los Seminarios. El tema tratado fue *la etapa del acolitado (en parroquia), el diaconado y los primeros años de sacerdocio y el acompañamiento por parte del seminario. Que es lo que se está haciendo, que propuestas a realizar.*

Por la mañana, reunidos los formadores llegamos a conclusiones y elementos en común. Entre otros, consideramos que los acólitos cuando están en parroquias cursan “*ad audiendas*” y el complejo, en el Seminario.

Conversamos, además, sobre la excesiva autonomía que vemos en los recién ordenados, como que queman etapas, y se volvió a insistir en buscar párrocos que los acompañen. En la arquidiócesis de San Juan tienen para los primeros años de ordenación cursos de actualización teológica. En la arquidiócesis de Mendoza se realizan dos encuentros de actualización para sacerdotes.

Se hizo mucho hincapié que hasta la ordenación el responsable es el Seminario, de donde se concluyó la importancia del contacto con los párrocos y de incorporarlos en el acompañamiento del proceso formativo.

Por la tarde, ya nos encontramos con los obispos. Mons. Arancibia comentó sobre el equipo de acompañamiento del clero, que organiza cuatro encuentros al año, y responde a un programa formativo que actualmente está en revisión “Acólitos y diáconos en parroquia”, que está a cargo del equipo de formación permanente del clero al cual pertenece por oficio el rector del seminario, lo que facilita la relación con las parroquias. El obispo destina al acólito con una carta al párroco (al que se lo encomienda), donde se dan las pautas de formación.

Mons. Sergio Buenanueva hizo un hincapié al período del acolitado, haciendo valorar el celibato en positivo, incluso está incluido en el curso académico en Espiritualidad Sacerdotal. Se propuso también el curso a nivel nacional sobre la madurez afectiva del sacerdote. También en ésta misma línea se insistió en la formación de los formadores en psicología y afectividad. Otro punto que se rescató en esta línea, es el de la dirección espiritual personal, recuperar la figura del padre espiritual, como una necesidad para el clero y se agregó la disposición para dejarse guiar.

Como tema del próximo encuentro regional de superiores, acordamos compartir y evaluar cómo trabajan los equipos de formadores. Y de aquellos que hicieron cursos para formadores, ver qué aportes interesantes se pueden dar.

NEA

Tal como lo habíamos previsto del 24 al 26 de Julio de 2008 tuvo lugar en 2º Encuentro Regional de Seminaristas en la Basílica de Nuestra Señora de Itatí. Siguiendo el impulso de Aparecida, los seminaristas, acompañados por padres formadores y con la guía del rector del Santuario, realizaron una Gran Misión en la ciudad, comenzando por la periferia y culminando en el centro, llegando incluso a comercios e instituciones.

Los días 14 y 15 de octubre, acogidos cordialmente por el Seminario de Santo Tomé, celebramos el 2º Encuentro Anual de Formadores de la Región en el cual, en un clima fraterno, compartimos tres temas: en primer lugar, la evaluación – muy positiva – del Encuentro – Misión de los seminaristas en Itatí; en segundo lugar, continuamos la reflexión sobre las distintas situaciones familiares de los jóvenes que ingresan a nuestros Seminarios; finalmente, proyectamos el año 2009, teniendo en cuenta el Encuentro Nacional de Seminaristas Teólogos en Cura Brochero. Como gestos de comunión acordamos viajar juntos a Brochero, así como, organizar en la misma fecha el Encuentro Regional de Seminaristas “Filósofos”.

Buenos Aires

El lunes 22 de septiembre de 2008 celebramos en Luján, el Encuentro Anual de Seminaristas de la Región. El mismo fue coordinado por una comisión de seminaristas representantes de cada Seminario, acompañados por el Padre Lucio Carvalho Rodrigues, rector del Seminario de Quilmes. El tema y lema elegido fue: “Hombres de la Palabra al servicio del Pueblo de Dios”, y contó con la exposición del P. Eleuterio Ruiz. La jornada comenzó con la celebración de la Eucaristía en la Basílica de Nuestra Señora de Luján, luego nos dirigimos a la Villa Marista, donde luego de la exposición los seminaristas compartieron en grupos el tema tratado. Después del almuerzo y la recreación, partimos desde la Villa Marista al Santuario de la Virgen rezando el Rosario; ya en el Santuario, el Seminario de Avellaneda - Lanús entregó la imagen de la Virgen de Luján, peregrina en nuestros Seminarios, al Seminario de San Isidro, que celebró en el año 2008 los 50 años de su creación. Estuvimos presentes formadores de 10 de los 12 Seminarios que integran la región.

En este marco nos reunimos los formadores en nuestra tercera reunión anual. En ella, conversamos y compartimos los siguientes temas: el padre Gabriel Delgado, contó la preparación que están haciendo para recibir a los formadores del país en el próximo Encuentro Anual de la OSAR; el padre Mario, formador del Seminario de Lomas compartió la riqueza que significó para su Seminario la participación de uno de sus seminaristas en el Encuentro – Taller sobre la Lectio Divina organizada por la OSLAM en Valparaíso – Chile en el mes de agosto de 2008, compartiendo, además, el material. Finalmente, acordamos para la cuarta reunión, continuar con la reflexión a partir de las crisis sacerdotales, lo cual nos dará más luz a la hora de planificar nuestra tarea formativa.

El viernes 28 de noviembre de 2008, recibidos por el Seminario de San Isidro, celebramos nuestra cuarta y última reunión de formadores de la región del año.

La reflexión de la mañana estuvo a cargo de los Padres Alejandro Giorgi y Ricardo Montiel, y tuvo como finalidad buscar más luz para calibrar la formación en nuestros Seminarios desde las observaciones de la vida ministerial de los sacerdotes recién egresados del Seminario, para lo cual ambos padres trajeron material. El padre Alejandro expuso desde un material de trabajo, desde el que intercambiamos opiniones. Asimismo, el padre Ricardo, coordinó la reflexión desde un cuadro de conceptos tomado del texto de Gastón de Mezzerville.

Una de las conclusiones a las que llegamos es la necesidad que tenemos los formadores de prepararnos en los medios pedagógicos. En este sentido quedó como sugerencia aprovechar – diseñar nuestras reuniones de región 2009 trayendo gente especializada en esta materia.

El Padre Lucio Carvalho Rodrigues, de Quilmes, contó la evaluación hecha con la comisión de seminaristas sobre el Encuentro Regional celebrado en Luján. El parecer general y mayoritario fue muy positivo. Se verá en el año 2009 el modo de que el Seminario de San Isidro entregue la imagen peregrina de la Virgen de Luján a otro Seminario, ya que, en principio, no habrá Encuentro Regional hasta 2010.

Finalmente el P. Fernando Laguna informó sobre lo charlado en la IIIª Reunión de la Comisión Directiva de la OSAR de este año 2009, recibiendo aportaciones en los temas que lo requirieron.

Centro

Continuando con lo programado en el Encuentro OSAR 2008, la Región Centro tuvo su encuentro de formadores, y de seminaristas en la etapa de la filosofía. Participaron de ese encuentro, los formadores de los seminarios mayores de Río Cuarto y de Córdoba, y sus respectivos seminaristas. También participó el rector del seminario menor de Córdoba. El encuentro se realizó en la casa de Nazaret, del seminario de Córdoba, en Los Molinos.

Tanto los formadores como los seminaristas compartimos como tema de diálogo, el de la Palabra de Dios en la formación para el acompañamiento del compromiso de los laicos en la vida pública. El intercambio fue muy rico, y nos dejó la inquietud de continuar reflexionando en esta dirección. Nos hemos propuesto enriquecer los encuentros, con

elementos teóricos que nos ayuden en el ejercicio de la lectura de los signos de los tiempos. Nos parece una clave importante para tener en cuenta y continuar madurando. Nos descubrimos hermanados por la común pertenencia a una misma provincia civil, por lo que enfrentamos desafíos comunes en este campo.

La propuesta para el año 2009 es la de continuar realizando dos encuentros de formadores por año, y aprovechar la oportunidad para hacer encuentros de seminaristas, uno de seminaristas en teología y otro de seminaristas en filosofía.

También nos alegramos como región, por la celebración de los 100 años del edificio que utiliza actualmente el seminario de Córdoba, y que se concretó entre los días 1° y 4 de diciembre de 2008, con una serie de eventos culturales.

A. Encuentro de Representantes de Seminarios del Cono Sur

<i>Fecha:</i>	23 – 27 de marzo 2009
<i>Lugar:</i>	Seminario Interdiocesano Cristo Rey, Montevideo – Uruguay
<i>Objetivos:</i>	• Compartir las problemáticas, desafíos y necesidades comunes en la formación de nuestros seminarios del Cono Sur. • Proyectar actividades y apoyos que podemos darnos como zona del Cono Sur en los próximos tres años.

Este encuentro fue programado en la asamblea extraordinaria de Mérida-México, octubre de 2008.

Participaron del Encuentro los presidentes de cada una de las Organizaciones Nacionales de Seminarios⁴ del Cono Sur

P. Erwin Prieto, Chile, Delegado del Cono Sur para la OSLAM; P. Olindo Furlanetto, Fidei Donum, Brasil; P. José Roberto Casasola, Argentina; P. Cesar Villagra, Paraguay; P. Gonzalo Estevez, Uruguay, que fue el Seminario anfitrión.

y los secretarios de las mismas

P. Ricardo Cortes, Chile; P. Reginaldo Lima, Brasil; P. Esteban Chaparro Vega, Paraguay; P. Fernando Laguna, Argentina

El P Erwin Prieto, delegado del Cono Sur, presentará en la Asamblea de la OSLAM la propuesta de la región para el Trienio, a saber: realizar acciones comunes en dos de los tres años, y la evaluación y proyección en el tercero. De las acciones comunes, una con los seminaristas como destinatarios – como el Curso de Lectio Divina en Chile 2008 –, y la otra con los formadores como destinatarios.

B. XXX Curso Latinoamericano para Formadores de Seminarios

<i>Fecha:</i>	5 al 31 de Julio de 2009
<i>Lugar:</i>	Pontificio Seminario Mayor San Rafael. Ruta 68 - Lo Vásquez. Casablanca. CHILE Tel: (5632) 274-1542 / Fax: (5632) 274 1986
<i>Destinatarios:</i>	Formadores de Seminarios y/o casas de formación y quienes vayan a iniciarse en este servicio.
<i>Objetivo General:</i>	Profundizar las exigencias actuales de la formación en América Latina, teniendo en cuenta la naturaleza del Seminario y su Proyecto Educativo global en el contexto actual del Continente a la Luz de Aparecida.
<i>Informes e inscripción:</i>	Departamento de Vocaciones y Ministerios - CELAM. Carrera 5 N° 118-31 - Apartado Aéreo 51086 - Bogotá, D.C. – Colombia. Tel: (57-1) 657 83 30, 612 16 20 / Fax: 612 19 29. E-mail: devym@celam.org / vocacionesyministerios@gmail.com

⁴ Por la República del Paraguay y la República Oriental del Uruguay, participaron sendos rectores de los Seminarios Nacionales.